

*Biblioteca Austriaca*

# *Friedrich A. Hayek* **Hayek sobre Hayek**

[UN DIÁLOGO AUTOBIOGRÁFICO]

*Edición de Stephen Kresge y Leif Wenan*



*Unión Editorial*

# Hayek sobre Hayek

[Un diálogo autobiográfico]

Edición preparada por  
STEPHEN KRESGE Y LEIF WENAN



*Unión Editorial*  
2013

Título original: *Hayek on Hayek. An Autobiographical Dialogue*  
© 1994 by The Bartley Institute  
Editado por STEPHEN KRESGEY LEIF WENAR  
Routledge, Londres, 1994

Traducción de FEDERICO BASÁÑEZ

ISBN (eBook): 978-84-7209-522-9  
ISBN (página libro): 978-84-7209-493-2

© 2010 para todos los países de lengua española:  
UNIÓN EDITORIAL, S.A.  
c/ Martín Machío, 15 • 28002 Madrid  
Tel.: 913 500 228 • Fax: 911 812 212  
Correo: [info@unioneditorial.net](mailto:info@unioneditorial.net)  
[www.unioneditorial.es](http://www.unioneditorial.es)

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por las leyes, que establecen penas de prisión y multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran total o parcialmente el contenido de este libro por cualquier procedimiento electrónico o mecánico, incluso fotocopia, grabación magnética, óptica o informática, o cualquier sistema de almacenamiento de información o sistema de recuperación, sin permiso escrito de UNIÓN EDITORIAL.

# *Índice*

*Prefacio Editorial* por STEPHENKRESGEY LEIFWENAR

*Introducción* por STEPHENKRESGE

Primera Parte:

*Viena –Nueva York –Viena*

Segunda Parte:

*Londres*

Tercera Parte:

*Un alto en el camino*

Cuarta Parte:

*Chicago–Friburgo*

*Publicaciones y correspondencia mencionadas en el texto*

## *Prefacio Editorial*

La inspiración de *Hayek on Hayek* procede de la propia voz de F.A. Hayek. No tanto de ésta tomada como expresión oral, cuanto de un modo característico de expresarse en el que una mente se revela desde un punto de vista tan único como es el propio. ¿O acaso no representa una ventaja disponer de la voz de Hayek como guía para entender el desarrollo de sus ideas y recordar la experiencia y hechos del siglo anterior, a los que éstas respondían, y a partir de los cuales de hecho emergieron?

Disponemos de dos fuentes primarias para la elaboración de tal guía. La primera la constituyen las notas autobiográficas de Hayek. Escritas a partir de 1945, cubren un periodo de varios años. A modo de introducción a ellas, Hayek anotaba:

Mi reciente elección para formar parte de la Academia Británica hace inevitable que en el futuro alguien se vea en el brete de tener que escribir un breve resumen de mi vida. Dado que entonces se sabrá bien poco de ésta antes de mi llegada a Inglaterra, intentaré ir dejando aquí constancia, de vez en cuando y en la medida en que me sienta inclinado a ello, de algunas de las circunstancias más significativas en mi formación y desarrollo. Lo que aquí escriba no pretende convertirse en objeto de publicación, sino únicamente proporcionar material para quienquiera intente la ingrata tarea de descubrir hechos interesantes en una vida externamente carente de excesivo relieve. Con todo, quizás algo de ella pueda interesar algún día a mis hijos o nietos, si es que llegaren a sentir algo de la fascinación que sobre mí siempre ha ejercido el conocimiento de la suerte de mis antepasados.

Hayek aceptaría posteriormente la publicación de estas notas. Habiéndolas entregado a W.W. Bartley III, quien había emprendido la tarea de escribir su biografía, éste advirtió que las notas deberían publicarse, preferiblemente, tal como estaban. Cuando Hayek otorgó su consentimiento, también sugirió tímidamente que quizás podrían incluirse dentro de una obra biográfica mayor, sugerencia que hemos seguido aquí.

Al ir repasando muchas de las entrevistas a Hayek, advertimos que él mismo ya había proporcionado el esbozo de una biografía intelectual. Tal había sido su clara intención, desde luego, en las muchas conversaciones que mantuvo con Bartley. Estas y otras entrevistas, particularmente las realizadas bajo el auspicio del Oral History Program de la Universidad de California, Los Angeles, constituyen la segunda fuente para este *Hayek on Hayek*.

Puesto que existía considerable duplicación en las preguntas que se le hicieron, también había repetición en sus respuestas. Nuestra tarea ha consistido en seleccionar

las mejores declaraciones de Hayek sobre el desarrollo de sus ideas y sobre los hechos importantes en su vida, y en presentarlas dentro del marco cronológico que proporcionan sus propias notas autobiográficas. Nuestro deseo ha sido preservar la voz del propio Hayek, por lo que la edición del material se ha reducido al mínimo y no hemos intervenido el texto con el aparato usual en estas investigaciones. *Hayek on Hayek* es una conversación, en la que cabe encontrar vivas de nuevo y en directo aquellas ideas por las que leímos a Hayek.

El volumen también incluye una conversación de Hayek con dos profesores de la Universidad de Chicago, sostenida durante una emisión radiofónica en directo en 1945, cuya transcripción completa se reproduce en la tercera parte.

Los editores han proporcionado material adicional bajo la forma de información biográfica y bibliográfica seleccionada, incluida en el índice onomástico. En la introducción se ofrece un breve relato del contexto histórico e intelectual de la obra de Hayek. También se ofrece una lista de las publicaciones y correspondencia mencionadas en el texto para quienes deseen explorar más a fondo dicho material. Las entrevistas revisadas se identifican por números asignados a los respectivos entrevistadores:

Q<sub>1</sub>: Oral History Program, Robert Chitester, presidente, Public Broadcasting de Northwestern Pennsylvania.

Q<sub>2</sub>: Oral History Program, Jack High, Department of Economics, UCLA.

Q<sub>3</sub>: Thomas W. Hazlett, para la revista *Reason* (julio 1992).

Q<sub>4</sub>: Oral History Program, Earlene Craver, Department of Economics, UCLA.

Q<sub>5</sub>: Oral History Program, James Buchanan, Center for the Study of Public Choice, Virginia Polytechnic Institute.

Q<sub>6</sub>: W.W. Bartley III, archivos magnetofónicos, 1984-88.

Q<sub>7</sub>: Oral History Program, Axel Leijonhufvud, Department of Economics, UCLA.

Q<sub>8</sub>: Oral History Program, Thomas W. Hazlett, Department of Economics, UCLA.

Los editores desean expresar su agradecimiento a Ms. Gene Opton, editora asociada de *The Collected Works of F.A. Hayek*, por su escrupulosa supervisión de cada aspecto de la producción de esta obra, y en especial por esa misteriosa capacidad suya para descifrar la caligrafía de Hayek. También a nuestro investigador asociado, Bryan Caplan; a Leslie Graves, por su cuidadosa lectura del texto, y a Mrs. Laurence Hayek y Miss Christine Hayek, por su extraordinaria amabilidad y por el cuidado que han tenido con tantos papeles a través de tantas dificultades. Agradecemos a Bruce J. Caldwell, Naomi Moldofsky, Angelo Petroni y Gerard Radnitzky su aportación de hechos, comentarios y críticas adicionales.

Puesto que *Hayek on Hayek* se produce como suplemento a las Obras Completas de F.A. Hayek, quisiéramos expresar nuestra gratitud a los patrocinadores del proyecto por su constante apoyo. En particular, los editores desean dejar testimonio del impulso y generosidad de Walter Morris, de la Morris Foundation; de John Blundell, actual director del Institute of Economic Affairs y de la Claude R. Lambe Foundation.

STEPHEN KRESGE

LEIF WENAR

## *Introducción*

F.A. Hayek, cuyo nombre completo es Friedrich August von Hayek, nació el 8 de mayo de 1899 en Viena, entonces capital del Imperio Austro-Húngaro. Murió el 23 de marzo de 1992 en la ciudad de Friburgo de Brisgovia, en Alemania, país recientemente unificado tras la caída del Muro de Berlín y el fin de la dominación soviética sobre la Europa del Este.

El colapso del socialismo justifica toda la obra de Hayek. Su libro más conocido, *The Road to Serfdom* [*Camino de Servidumbre*] desempeñó un papel crítico en la restauración de los ideales políticos y económicos que hicieron posible el desmantelamiento de los regímenes comunistas. Que en el proceso quizás jugaran un papel más visible los misiles Stinger, la música rock y los vaqueros es algo que no le habría importado; Hayek, más que nadie, supo mostrarnos cómo los valores se transmiten por los medios más imprevisibles.

Si algunos han podido apodarar como «el siglo americano» a los casi cien años vividos por Hayek, igualmente se habría podido considerarlos el siglo austriaco, ya que en gran medida ha sido a las erupciones intelectuales y culturales procedentes de Viena y Europa Central a las que el mundo ha tenido que responder en este siglo. El asesinato del archiduque Fernando y de su esposa en Sarajevo, el 28 de junio de 1914, desencadenó una violenta reordenación del curso de la historia.

La guerra que los europeos comenzaron en 1914, pensando que apenas duraría unos meses, terminó por destruir no sólo la promesa de una generación, sino las premisas fundamentales de una civilización. El nacionalismo y el socialismo penetraron en el vacío dejado por la autodestrucción de auténticos imperios. La misma naturaleza básica de los seres humanos fue puesta en entredicho, como escribiera Virginia Woolf (en el ensayo «Mr. Bennet and Mrs. Brown»): «En torno a diciembre de 1919, la naturaleza humana cambió.»

Hayek se incorporó a un regimiento de artillería en marzo de 1917, antes de haber completado su educación en el *Gymnasium*. Para él, la guerra habría de durar algo más de un año. Regresó del frente italiano entre el hambre, la enfermedad y el caos. En noviembre de 1918 comenzó a estudiar en la Universidad de Viena.

Como consecuencia de la experiencia de servir en un ejército multinacional, la

guerra cambió sus intereses, que pasaron de las ciencias naturales a las sociales. Más adelante, recordaría: «Fue entonces, más o menos, cuando vi al gran imperio hundirse ante el problema nacionalista. Estuve en una batalla en la que se hablaban once lenguas diferentes. Todo esto necesariamente tenía que atraer la atención sobre los problemas de organización política» (véase p. 51).

Si entonces se discutía el legítimo dominio del imperio, menos seguro aún era el dominio de la mente. La relatividad, la mecánica cuántica, Freud, Proust, los postimpresionistas... estaban alterando de manera definitiva nuestras propias nociones de la existencia física y su percepción. «Dejo la taza y examino mi propia mente. A ella toca descubrir la verdad. Pero, ¿cómo? ¡Qué abismos de incertidumbre al sentir que algo de sí ha sobrepasado sus propios límites! Cuando ella, la investigadora, es a una la región oscura que investigar, donde toda su equipamenta no le servirá de nada. ¿Investigar? Más aún: crear. La mente se encuentra cara a cara con algo que aún no existe y a lo que sólo ella puede dar realidad y sustancia, que únicamente ella puede sacar a la luz.» Así comienza el narrador la dilatada rememoración que constituye para Marcel Proust el recuerdo de las cosas pasadas.

Años más tarde, Hayek completaría una investigación similar en *The Sensory Order* [*El Orden Sensorial*], publicado en 1952. «Lo que llamamos ‘mente’ constituye un orden particular de un conjunto de sucesos que acontecen en algún organismo y están de algún modo relacionados, sin identificarse, con el orden físico de los sucesos del entorno» (*The Sensory Order*, p. 16). «Cuanto sabemos del mundo es sobre la naturaleza de las teorías, y cuanto la ‘experiencia’ puede hacer es cambiar estas teorías» (*The Sensory Order*, p. 143).

## *Educación*

Hayek volvió de la guerra con nociones de italiano y una seria infección de malaria. En la Universidad de Viena empezó estudios en varias especialidades y participó de lleno en la vida social y cultural de la época, aunque en noches alternas cayera postrado por la fiebre. Cuando la Universidad cerró en el invierno de 1919-20 por falta de gasóleo para calefacción, marchó a Zurich, donde tuvo, en el laboratorio del neuroanatomista von Monakow, su primer encuentro con los haces de fibras que componen el cerebro humano, así como su primer contacto con una sociedad «normal», dado que Viena aún se debatía entre los estertores de la inflación y el hambre. En el verano de 1920 marchó a Noruega, consiguiendo finalmente librarse de la malaria y adquirir el suficiente conocimiento de las lenguas escandinavas como para traducir una obra de Gustav Cassel sobre la inflación (que, debido a la inflación en Austria, nunca llegó a publicarse).

Hayek establecería, en estos primeros años de universidad, y para el resto de su vida, las líneas de fuerza de su investigación intelectual. «En la universidad, lo más

importante era que se esperaba de uno que no se confinara sin más a los estudios de su propia especialidad»(véase p. 54). Tampoco se confinaba uno a la universidad, pues gran parte de la discusión intelectualmente más provocativa tenía lugar en los cafés. Así como el alemán culto era el lenguaje de las aulas universitarias, el que se empleaba en la calle era un dialecto cambiante.

La imagen que ofrece Hayek de este periodo es algo diferente y más precisa que otras que han contribuido a la caracterización mítica de Viena. Hayek había nacido dentro de una clase en gran medida responsable de mantener el Imperio Austro-Húngaro, y que no sobreviviría a su colapso. Sin ser la de la alta nobleza ni la de los mercaderes, la clase de los funcionarios administrativos y profesionales no era indiferente a su propio progreso, aunque no por ello dejara de mantener patrones de conducta e inquietudes que la mantenía unida con la de sus iguales en toda Europa.

El padre de Hayek era doctor y botánico, y había confiado poder obtener una cátedra universitaria de botánica. De él, Friedrich August —su madre le llamaba Fritz, apelación que no le agradaba mucho pero que sobrellevó estoicamente— adquirió la capacidad de admirarse ante la complejidad de la biología y la psicología, y también la creencia de que una cátedra universitaria era la más deseable de todas las posiciones.

Los estudios que en concreto seguiría Hayek en la universidad vinieron determinados por consideraciones prácticas. A diferencia de su primo Ludwig Wittgenstein, Hayek no podía contar con el apoyo de la fortuna familiar. De ahí que su elección en primera instancia de una carrera que parecía convenir a su temperamento y talento comprendiera estudios tanto de derecho como de idiomas, con el fin de entrar en el servicio diplomático y obtener quizás más tarde una posición académica o política. Pero con el colapso del imperio desapareció la *Konsularakademie* y, con ella, también sus ambiciones diplomáticas.

En la universidad, Hayek aún dudaba entre estudiar psicología o economía. Al terminar la guerra no quedaba, sin embargo, quien enseñara psicología ni posibilidad alguna de obtener grados académicos en ese campo, mientras que derecho seguía combinando economía con una preparación que permitía dedicarse a la abogacía o a la administración pública. Hayek completó sus estudios en tres años, en lugar de los cuatro habituales, y en 1921 recibió un doctorado en ciencias jurídicas; habiéndose vuelto a matricular, a comienzos de 1923 obtuvo un segundo grado de doctor, esta vez en ciencias políticas (*doctor rerum politicarum*).

La figura dominante en la vida intelectual de la época era Ernst Mach. Para la mayoría, el nombre de Mach resulta familiar únicamente como unidad de medida de la velocidad de aviones supersónicos. La filosofía de la ciencia de Mach era, por decirlo crudamente, que algo no es real si no se deja medir. El«machete»de Mach (más grande y afilado que la simple«navaja»de Ockham) fue blandido contra la espesura metafísica que amenazaba con sofocar el desarrollo de la ciencia. Mach había sido el primer profesor de ciencias inductivas en la Universidad de Viena. Le sucedieron en la

cátedra, expresamente creada para él, Ludwig Boltzmann, Adolf Stöhr y, en 1922, Moritz Schlick. Hayek oyó hablar por primera vez de Schlick en su visita a Zurich. Fundador de la *Ernst Mach Verein* —el Círculo de Viena—, Schlick consiguió dirigir la atención de los filósofos, gracias a combinar un ataque a los fundamentos de la lógica con un empirismo verificacionista, hacia el desventurado intento de distinguir las proposiciones con sentido de las sin sentido. El «positivismo lógico» del Círculo de Viena traería consigo la secuela de Wittgenstein, quien repudiaría en su obra posterior sus primeras aportaciones, y el antídoto de Karl Popper. Hayek, aunque nunca formara parte del mismo, pronto conocería las ideas del Círculo a través de un miembro de su propio grupo, el *Geistkreis*.

La temprana exposición de Hayek a las ciencias naturales le predispuso a aceptar la pretensión de Mach de que no conocemos sino sensaciones. La imagen de los haces de fibras neuronales que examinara en el invierno de 1920, sin embargo, no se apartaba de su mente. Escribió un artículo, que quedaría sin terminar, en el que trataba de trazar el progreso de las sensaciones (impulsos nerviosos) hasta el cerebro, donde adoptaban la forma y consistencia de una percepción. Conforme avanzaba hacia el final del artículo, Hayek advirtió que Mach estaba equivocado. Las sensaciones puras no se perciben; para ello se requieren interconexiones neuronales y alguna forma de clasificación que relacione las experiencias pasadas con la presente. Comenzó entonces a abrirse camino hacia la solución de un problema hasta entonces no reconocido: ¿cómo puede crearse el orden a sí mismo? La solución sonaba un poco a Kant, un poco a Darwin, e incluso un poco a Proust, aunque finalmente sería puramente hayekiana.

«Las ideas originales que haya podido efectivamente tener», escribe Hayek (véase p. 130), «no proceden de un proceso de razonamiento ordenado. Siempre me he considerado una refutación viviente de la posición que sostiene que todo pensamiento acontece en palabras o, más en general, en el lenguaje. Estoy tan convencido como cabe estarlo de haber sido a menudo consciente de tener la solución a un problema —de estar ‘viéndola’ ante mí— mucho antes de poder expresarla en palabras. De hecho, más que éstas, en mis procesos mentales probablemente desempeñe un papel mucho mayor alguna forma de imaginación visual de estructuras simbólicas abstractas (que no tanto de representaciones concretas).» Einstein ha dicho tres cuartos de lo mismo.

La percepción de estructuras es central en toda la obra de Hayek. Quizás se trate de un tipo intelectual de montañismo, y el montañismo lo llevaba en la sangre y en lo más hondo de su ser. «Lo que tenía en mente en esos primeros años era una preocupación puramente práctica, la de encontrar una salida, sin ser del todo consciente de que para ello necesitaba una teoría. Andaba en pos de una teoría, sin saber realmente aún qué era una teoría.»

En octubre de 1921 Hayek presentó una carta de recomendación de su profesor en la universidad, Friedrich von Wieser, a Ludwig von Mises, por entonces asesor financiero en la Cámara de Comercio (una institución oficial, a diferencia de las organizaciones

americanas del mismo nombre). Mises ofreció a Hayek un puesto de trabajo en una agencia temporal denominada *Abrechnungsamt* [Oficina de Cuentas], de la que Mises era uno de los directores, y que se ocupaba de saldar deudas que habían sido bloqueadas por la guerra. El conocimiento que tenía Hayek de francés e italiano, y más tarde de inglés, junto con los de derecho y economía, le cualificaron para lo que era un cargo relativamente bien remunerado. Pero el principal atractivo lo constituía la relación en curso con Ludwig von Mises.

Mises era respetado como economista por su obra sobre teoría del dinero, publicada en 1912. Hayek llegaría a sostener que Mises fue la única persona en todo el mundo germano-parlante que comprendió qué estaba pasando en Austria y Alemania durante la gran inflación que siguió a la guerra y que, más que la propia guerra, fue la que destruyó la clase en la que él mismo había nacido.

Mises publicó en 1922 su gran obra sobre el socialismo, que habría de proporcionar el fundamento para la refutación teórica de la planificación económica socialista. El argumento de Mises se centraba en la función que cumple la libre formación de precios en un sistema de mercado competitivo. Los ajustes de precios reflejan variaciones en las escaseces relativas, que indican a quienes adoptan las decisiones que han de alterar sus asignaciones de recursos. Sin libre formación de precios no cabe asignación eficiente de recursos. En último término, el argumento de Mises condujo a Hayek a abandonar las tendencias fabianas que hasta entonces había adoptado.

El primer entusiasmo de Hayek por la economía arranca de su lectura de los *Grundsätze der Volkswirtschaftslehre* [*Principios de Economía Política*] de Carl Menger, que había sido publicado en 1871, y que sería la obra que ejercería mayor influencia en las subsiguientes generaciones de economistas austriacos. A Menger se le reconoce el estar entre los primeros, con Jevons y Walras, que introdujeron el concepto de utilidad marginal en la economía. Ahora bien, el concepto de utilidad de Menger descansa sobre un análisis del concepto de valor que es opuesto al de la teoría del valor que se encuentra en la economía clásica. Para Menger, el valor ni es una propiedad intrínseca ni forma parte de la esencia de alguna mercancía o esfuerzo. Tierra, trabajo u oro no tienen ningún valor intrínseco como factores; sólo el que se deriva de su uso, el cual únicamente puede determinarse en relación a otros posibles usos. Tales relaciones varían en cada caso e individualmente, pues sólo el individuo puede saber cuánto está dispuesto a renunciar o sustituir para obtener el uso —esto es, el valor— de alguna otra cosa.

El requisito de que el valor esté enraizado en un conjunto de relaciones —alternativas o de sustituciones— es fundamental en mucho de lo que se reconoce como propio de la Escuela «Austriaca» de Economía. En la teoría austriaca del capital, la longitud o complejidad de los sistemas de producción se altera en respuesta a los cambios de precios o tipos de interés, por lo que el papel de éstos como guías para la inversión resulta crucial.

La naturaleza subjetiva, y por tanto indeterminada, del valor no encaja del todo bien entre economistas de inclinación más positivista, que se sienten a disgusto desprovistos de una base inmutable de medida. Ahora bien, los economistas americanos habían ido demostrando que los límites de lo que podía considerarse medible aún no se habían alcanzado. Hayek aprovecharía la posibilidad que le brindaba una beca de investigación en Nueva York para viajar a los Estados Unidos, habiendo logrado ahorrar para marzo de 1923 lo suficiente para pagarse el pasaje a América.

### *Nueva York y los ciclos económicos*

Al echar una mirada retrospectiva, Hayek sentía que había tenido una enorme suerte en la vida por el modo en que cada descubrimiento u oportunidad había conducido a otros. No conseguía explicarse, con todo, su sorprendente decisión de irse a Nueva York en 1923, algo tan fuera de lo ordinario e incluso tan ajeno a su carácter. Incluso se dejó barba para el viaje. Está claro que lo que se trajo de esa visita no tenía mucho que ver con lo que había esperado encontrar allí.

La mayor parte de su estancia en Nueva York la pasó en la biblioteca pública, donde le impresionaron los relatos americanos de la Gran Guerra. Las historias de la guerra que aparecían en los periódicos americanos eran precisas y reveladoras de un modo en que no lo habían sido los relatos austriacos. De hecho, al pueblo austriaco se le había ocultado durante mucho tiempo la verdad sobre el curso de la guerra. El escepticismo de Hayek hacia las actuaciones y motivaciones de los gobiernos puede remontarse a este momento.

Se matriculó oficialmente en New York University, donde comenzó a trabajar en su tesis doctoral (que nunca completó) sobre la cuestión «¿Es compatible la función del dinero con una estabilización artificial de su poder de compra?» Asistió a una conferencia de Thorstein Veblen, con quien no parece tener nada en común excepto haber pasado la malaria. Lo que atrajo su interés fueron las técnicas recién desarrolladas para el análisis estadístico de series temporales en economía, y la opinión por entonces debatida sobre si cabía estabilizar el nivel de precios de una economía mediante el control monetario ejercido por el banco central. Esto último le condujo a estudiar el sistema de la Reserva Federal y la política monetaria estadounidense; lo primero, a iniciar una nueva carrera al regresar a Viena.

Los métodos estadísticos que se desarrollaban en los Estados Unidos bajo el liderazgo de Wesley Clair Mitchell eran notables por la sofisticación de sus técnicas matemáticas, aún desconocidas para los economistas europeos, y por la ausencia de cualquier teoría explicativa. Mitchell era hostil a cualquier análisis que sonara a abstracto, habiendo adoptado un enfoque institucionalista pragmático que debía algo a la escuela histórica alemana que Carl Menger tanto había vituperado.

El acercamiento americano a los problemas económicos consistía en buscar hechos. La economía estadounidense había sido castigada con ciclos expansivos y contractivos que, por muchos hechos que se descubrieran, parecían resistirse a cualquier intento de

prevención y/o explicación. La fase expansiva de lo que acabaría siendo el más desastroso de todos los ciclos ya estaba en curso. Mitchell había publicado en 1913 una monumental obra sobre los ciclos económicos y también fundado el National Bureau of Economic Research, con sede en Nueva York. Hayek asistió a sus clases en Columbia University.

Los esfuerzos americanos por comparar cambios económicos similares —cambios en los precios del maíz o el algodón, por ejemplo— a lo largo de periodos de tiempo se basaban en el supuesto (esto es, en dar como hecho algo aún por demostrar) de que existen regularidades históricas en las causas y efectos económicos. El enfoque pragmático pretendía evadir la necesidad epistemológica de una teoría o hipótesis de las causas de los cambios económicos, sin las cuales no cabía reconocer la relevancia de los hechos, esto es, no había modo de distinguir las causas de los efectos.

La respuesta de Hayek a este enfoque no consistió en rechazar la posibilidad de que existieran las regularidades que las investigaciones estadísticas de los americanos parecían descubrir, sino en desarrollar una teoría que las explicara. A su vuelta a Austria escribió dos artículos importantes, «Das intertemporale Gleichgewichtssystem der Preise und die Bewegungen des ‘Geldwertes’»(1928) [Equilibrio intertemporal de precios y variaciones en el valor del dinero] y «Geldtheorie und Konjunkturtheorie»(1933) [Teoría monetaria y teoría del ciclo]. Este último, con el fin de persuadir a los economistas germano-parlantes para que consideraran las causas monetarias en las fluctuaciones industriales, y dejaran de seguir tras las causas ‘reales’ que, según éstos, cabía encontrar subyaciendo a todo.

El pragmatismo del enfoque americano no ocultaba el verdadero objetivo de los estudios estadísticos, a saber, encontrar un modo de controlar los sucesos económicos investigados. Sólo mucho más tarde comprendería Hayek en toda su importancia la peligrosa presunción de la posición que por primera vez oyera enunciar en una de las clases de Mitchell. Presuposición que Hayek, con posterioridad, denominaría «constructivismo»: la pretensión de que, ya que el hombre ha creado las instituciones de la sociedad y la civilización, puede también alterarlas a voluntad para satisfacer sus deseos o caprichos.

Afortunadamente para Hayek, no recibiría notificación de que le había sido concedida una de las primeras becas Rockefeller, que le habría permitido dilatar su estancia en los Estados Unidos, hasta después de embarcado y con rumbo a Viena, en la primavera de 1924. Retomó su trabajo en el *Abrechnungsamt*, su participación en el *Privatseminar* de Mises y sus discusiones con éste sobre los métodos de investigación económica que había conocido en los Estados Unidos. Mises puso manos a la obra para asegurar la financiación de un instituto dedicado a la investigación del ciclo económico, que se establecería en enero de 1927 con el nombre de *Österreichische Konjunkturforschungsinstitut* con Hayek como director. Y como todo personal, porque durante los primeros cinco años él mismo se encargaría de escribir la mayoría de los

informes emitidos por el instituto.

Esta ocupación no le impidió escribir otras cosas, aunque evidentemente le dejó menos tiempo libre para ello. Con todo, comenzó un concienzudo estudio de la historia de la teoría monetaria (que, por circunstancias posteriores, no se publicaría hasta 1991 en traducción que aparecería como volumen III de sus *Obras Completas*). Un beneficio inesperado de este estudio, mediante el cual Hayek adquirió un conocimiento detallado de la teoría y práctica monetarias británicas, sería la ayuda que le prestó a la hora de obtener un puesto docente en Londres.

Otra de sus relaciones con las ideas americanas tuvo un efecto aún más improbable. Por la época habían sido ampliamente difundidas en los Estados Unidos las propuestas de Foster y Catchings, que Hayek describiría como variaciones de las teorías del «subconsumo» o insuficiencia de la demanda aplicadas a los ciclos económicos. Hayek argumentó contra tales teorías en sus primeras clases como *Privatdozent* en Viena. Su ensayo «Gibt es einen Widersinn des Sparens?» (1929) (traducido posteriormente al inglés como «The Paradox of Saving») llamó la atención de Lionel (más tarde, Lord) Robbins, quien invitó a Hayek a pronunciar una serie de conferencias en la London School of Economics. Tanto éxito tuvieron éstas y tan bien resultó la colaboración con Robbins, que Hayek se quedó en Inglaterra como titular de la cátedra Tooke en la LSE. Hayek ha recogido por escrito las memorias de su vida intelectual durante estas dos décadas en «The Economics of the 1920s as Seen from Vienna» (publicado en el volumen IV de sus *Obras Completas*) y «The Economics of the 1930s as Seen from London» (que aparece en el volumen IX).

*Inglaterra, la LSE y Keynes*

«Los primeros años de la década de 1930», escribe Hayek en esas memorias, «se me antoja el momento más excitante que el desarrollo de la teoría económica ha conocido en este siglo... Los años comprendidos entre 1931, cuando marché a Londres, y, digamos, 1936 ó 1937, me siguen pareciendo un momento culminante y, a la vez, el final de un periodo de la historia de la teoría económica y el comienzo de otro muy diferente.» En 1936, Hayek leyó ante el London Economic Club su conferencia presidencial, que sería publicada al año siguiente como ensayo con el título «Economics and Knowledge». También en 1936, John Maynard Keynes publicó *The General Theory of Employment, Interest and Money*.

Aunque no cabe entender el impacto del cambio en la teoría económica si se prescinde de las conmociones políticas y culturales de la época, queda fuera del alcance de una introducción como ésta el realizar un relato de las mismas, por breve que fuere. Si ya nos resulta difícil hoy a nosotros hacernos idea del cambio que el mundo ha experimentado en este siglo, aún más difícil debió resultar para quienes vivieron dichas conmociones alcanzar a comprender su significado.

Excepto en los anales de Inglaterra, se ha olvidado completamente que la historia del siglo XIX fue ante todo la del Imperio Británico, el mayor que el mundo ha conocido.

Ejerció su poder de dominio política, militar y económicamente. En gran medida, la teoría económica clásica fue la economía del Imperio Británico.

La Gran Guerra había debilitado seriamente el fundamento financiero del imperio. Las inmensas transferencias de capital y las liquidaciones de reservas monetarias necesarias para pagar la guerra eran inconcebibles en términos de las relaciones de intercambio que la teoría económica podía justificar. *Force majeure* no aparece en el diccionario del economista.

Hayek hace notar que John Maynard Keynes se había convertido en un héroe en el continente europeo por escribir *The Economic Consequences of the Peace* [Las consecuencias económicas de la paz]. Keynes sostenía que la derrotada Alemania (y los alemanes se consideraban a sí mismos no tanto derrotados cuanto traicionados y obligados a firmar un armisticio punitivo) no podría pagar las reparaciones que Francia demandaba sin exportar a unos precios intolerables para los otros poderes. Con independencia de la exactitud de las cifras con que Keynes respaldaba su argumento, el caso era real. Mientras los gobiernos discutían, Alemania y Austria sucumbían al hambre y la hiperinflación.

El gobierno británico adoptó dos posiciones que acabarían demostrándose incompatibles y en último término ruinosas. El Gobierno de Su Majestad no abandonaría sus pretensiones de reparación a no ser que los Estados Unidos hicieran lo propio con Inglaterra. E Inglaterra, tras enconado debate, volvió al patrón-oro con la libra a su paridad anterior a la guerra. La City de Londres pronto se vio incapaz de equilibrar las presiones externas e internas contra dicha paridad, e Inglaterra no pudo seguir permitiéndose ser prestamista de última instancia para medio mundo.

Keynes ejerció en este debate de Casandra con su panfleto «The Economic Consequences of Mr. Churchill», pero sus advertencias cayeron en saco roto.

Con Hayek en Londres, Lionel Robbins había incoado un gran proyecto: el de establecer una tradición unificada en teoría económica y abolir todas las «escuelas» separadas. La primera de las conferencias de Hayek, posteriormente revisada y publicada como *Prices and Production* [Precios y Producción], así como su recensión del *Treatise on Money* de Keynes, eran ejercicios cruciales en tal empresa. La réplica de Keynes consistió en atacar *Prices and Production*, lo que dejó definidas las posiciones.

El debate sobre cuestiones teóricas quedó superado por los hechos. El mundo industrial se hundía en una depresión más profunda e intratable de lo que cualquier economista había podido imaginar. Para unos economistas que habían comenzado a cuestionar la viabilidad de su propia disciplina como consecuencia de los ataques marxistas, la estrategia desplegada en la *Teoría General* demostró ser una táctica vencedora. Al identificar lo que parecía ser un nexo imperfecto entre ahorro e inversión (lo que Hayek consideraba una versión sofisticada de la teoría del subconsumo), Keynes abrió las puertas a la intervención gubernamental mediante medidas monetarias

y fiscales, a la vez que preservaba el aparato conceptual y las justificaciones de una teoría del equilibrio general.

El mundo, en todo caso, había dejado de confiar en teorías económicas de cualquier especie. El perfil de las siguientes dos décadas y de las posteriores lo estaba forjando por entonces Hjalmar Schacht en Alemania, con el diseño de un sistema de controles de la moneda y de gestión de la inversión que se convertiría desde ese momento en el primer y último recurso de cualquier gobierno sumido en la desesperación.

Por esta época, las ideas de Hayek sobre los ciclos económicos parecían del todo fuera de combate. Hayek realizó un esfuerzo heroico (*The Pure Theory of Capital* [*La Teoría Pura del Capital*]) por integrar su reformulación de la teoría austriaca del capital en la teoría neoclásica —punto éste el más débil de la teoría keynesiana—, pero para entonces la II Guerra Mundial se encontraba en ciernes y nadie prestaba atención a su esfuerzo.

Años más tarde, cuando ya había quedado demostrado que el éxito de cualquier programa keynesiano dependía de la astucia de las decisiones políticas para evitar su anticipación por el público, y no de las proposiciones teóricas de la obra de Keynes (que en el mejor de los casos era pantanosa y en el peor contradictoria), Hayek afirmó que si de algo había de arrepentirse era con seguridad de no haber organizado una crítica efectiva de las ideas de Keynes. Retrospectivamente, cabe dudar que su crítica hubiera podido prevalecer, puesto que el giro hacia Keynes y su triunfo final se habían sustentado sobre cambios culturales y políticos y no sobre la fuerza de sus argumentos teóricos, cuyos resultados nunca fueron demostrados empíricamente precisamente debido al estallido de la II Guerra Mundial. A comienzos de ésta, Hayek y Keynes coincidían sobre el modo en que había de hacerse frente a su coste para evitar la inflación y los excesos especulativos que se habían desatado durante la primera. Su plan se basaba en ahorros forzosos, que se devolverían al finalizar la guerra. Por entonces, Keynes ya no era keynesiano.

Una de las principales razones que Hayek aduce para no haber atacado la *Teoría General* es la rapidez con que —hábito en él notorio— cambiaba Keynes de opinión. Existen noticias de un intercambio entre Keynes y Churchill, con ocasión de las negociaciones sobre las instituciones financieras que se establecerían al término de la guerra, en el que este último, habiendo enviado a Keynes una nota que decía: «Me estoy aproximando a su punto de vista», obtuvo por respuesta un: «No sabe cuánto lo lamento, porque he empezado a cambiar de opinión.»

### *Economics and Knowledge*

Al mirar hacia atrás, Hayek pensaba que su contribución más original a la economía la constituía su ensayo «Economics and Knowledge», junto con sus últimos artículos sobre el tema. También es su respuesta a Keynes. Las implicaciones de su argumento pulverizan los supuestos tanto lógicos como empíricos que subyacen a la economía de positivistas y económetras, y a cualquier intento de crear una «macroeconomía». Se trata

de una pretensión de muy largo alcance que por justicia a Hayek hay que mencionar, pero que aquí no intentaré defender.

La perspectiva que Hayek ofrece del mercado descansa sobre la afirmación del papel que la información ocupa en el problema de la organización social. Como decía en este ensayo seminal, publicado en *Individualism and Economic Order* [*Individualismo y Orden Económico*],

Cómo es posible que una combinación de fragmentos de conocimiento, dispersos en mentes diferentes, pueda producir unos resultados que, de pretenderse intencionadamente, requerirían la existencia de un conocimiento en la mente dirigente que de hecho ningún individuo puede poseer? Mostrar cómo es posible que las acciones espontáneas de los individuos produzcan, bajo ciertas condiciones definibles, una distribución de recursos susceptible de ser interpretada como si hubiera sido efectuada siguiendo un cierto plan, aunque de hecho nadie lo hubiera planeado, me parece una respuesta al problema que algunas veces ha sido metafóricamente descrito como el problema de la «mente social» (*Individualism and Economic Order*, p. 54).

Hayek aborda en estas líneas el problema (de cómo el orden se crea a sí mismo) que había entrevisto por vez primera cuando intentaba explicar, en su primer ensayo de psicología, la transformación de la sensación en percepción. El problema emergía ahí en el contexto de la fisiología y psicología humanas. Aquí emerge en el de la organización social humana, donde se trascienden los límites del conocimiento individual.

De dos fuentes procedía la confianza que Hayek sentía hacia su nuevo enfoque. Una, curiosamente, era su primera inspiración en economía, Carl Menger. En 1934, Hayek había aceptado con gusto el encargo de realizar, patrocinada por la London School of Economics, una segunda edición de los escritos de Menger. Con ocasión del encargo prestó seria atención, quizás por primera vez, a los escritos de Menger sobre metodología de las ciencias sociales. En ellos, como Hayek señalaría posteriormente, «la idea de una generación espontánea de las instituciones aparece elaborada con mayor belleza que en ningún otro libro que conozca». El otro descubrimiento de Hayek fue *Logik der Forschung* [*La lógica de la investigación científica*], obra de Karl Popper publicada en 1934. Aunque ambos fueran vieneses, Popper y Hayek no se conocían. Ambos respondían, no obstante, a las mismas influencias intelectuales —Mach, los positivistas lógicos, Marx y Freud— y sus enfoques eran en gran medida compatibles. El argumento de Popper contra los fundamentos lógicos de la inducción habían ofrecido a Hayek un acercamiento al empirismo que encontró útil para su propio ataque a los supuestos de la economía positivista.

Hayek se había convertido en 1938 en ciudadano británico, y fue así, viajando bajo pasaporte británico, como consiguió visitar de nuevo Austria antes de que se desencadenara la guerra. Alguna parte vital del corazón y el alma de Hayek nunca dejaron Viena. Sería Viena la que habría de cambiar irrevocablemente; después del

*Anschluss*, la energía creativa e intelectual que se había demostrado tan poderosa para moldear el siglo se dispersó por el mundo, si bien la mayoría de quienes lograron escapar marcharían a los Estados Unidos. Popper fue primero a Nueva Zelanda, hasta que Hayek logró traerle a Londres tras la guerra.

Por modo de ser y temperamento, Hayek se sentía en Inglaterra completamente en casa. Al menos, en la Inglaterra que aún conservaba mucho del carácter del siglo XIX. Hayek reconocía espíritus gemelos en figuras de ese primer tiempo como Henry Thornton y Sir Leslie Stephen, y más aún en Lord Acton. Quizás no resulte tan sorprendente, pues, que advirtiera la necesidad, para la evolución de la civilización, de las instituciones sociales relativas al comportamiento y la moral, la ley y el lenguaje. Con posterioridad se describiría a sí mismo, de hecho, como un *whig burkeano*.

Hayek aprendió a valorar a Sir Leslie Stephen al compartir ambos la afición por la montaña. Al igual que un descendiente de Henry Thornton, E.M. Foster, Hayek era miembro del Reform Club. Cuando la LSE se trasladó para escapar al bombardeo de Londres, Keynes encontró en Cambridge alojamiento para Hayek, y ahí pudo éste compartir su interés por la historia monetaria con Sir John Clapham. Cuando comenzó la guerra, Hayek fue excluido tranquila pero definitivamente de la incorporación a filas. Su fiel amigo y aliado, Lionel Robbins, fue llamado junto con Keynes al servicio del gobierno. En su mayoría, los economistas de renombre acabarían involucrados en la guerra, y el propio Keynes llegaría a agotarse hasta el punto de sobrevivir apenas al final de la guerra.

#### *La guerra y The Road to Serfdom*

En 1940 no quedaba ninguna persona sensata en el mundo que no se hubiera preguntado qué era lo que se había hecho mal. ¿Cómo era posible que las promesas de la Ilustración del dieciocho y los progresos éticos y materiales del diecinueve hubieran podido conducir a la barbarie y violencia del siglo veinte? Hayek abordó la cuestión en tres perspectivas: la teoría económica, las teorías psicológica y biológica, y la investigación histórica de las ideas filosóficas y políticas.

Hayek comenzó esforzándose por demostrar, en ensayos más tarde compilados en *The Counter-Revolution of Science [La Contra-revolución de la Ciencia]* e *Individualism and Economic Order*, hasta qué punto el objeto básico de las ciencias sociales, el carácter de sus hechos, había sufrido malentendidos y abusos al intentar someterlo a métodos tomados de las ciencias físicas. La falacia principal consistía en pretender que era posible aislar elementos suficientes de cualquier fenómeno como para atribuir la causa del mismo a cierta ley general. Hayek no atacó directamente la falacia inductiva que subyacía a esta pretensión, haciendo descansar su crítica más bien sobre el carácter subjetivo (y así indeterminado) de los supuestos «hechos» de las ciencias sociales. La naturaleza subjetiva del objeto de investigación significa, podría argumentarse, que los sujetos cuyo comportamiento se ajusta a leyes generales tienen

ideas sobre las consecuencias del mismo que resultan impredecibles, y que no cabe reducir a «hechos» en el sentido físico del término. La búsqueda de leyes generales para el comportamiento humano, cuando se realiza mediante una interpretación errónea de las relaciones lógicas entre una ley física y cualquier consecuencia de la misma en su aplicación al estudio de la historia, está motivada por la ambición de controlar las instituciones sociales. Hayek denominó *cientismo* a esta equivocada aplicación de los métodos de las ciencias físicas a las ciencias sociales y *constructivismo* a su uso como justificación para controlar la sociedad, retrotrayendo el origen de ambos al abuso de la razón que hicieran Descartes y sobre todo Auguste Comte.

La ilusión de que el hombre puede controlar su medio ambiente se nutría de dos grandes invenciones: la máquina de vapor y los tintes artificiales. Los principios implicados en el primer caso —el comportamiento de los gases en un volumen dado— expandieron un concepto mecanicista del equilibrio que llegaría a dominar la teoría económica. Por su parte, el descubrimiento de los procesos para fabricar tinturas condujo a la creencia de que se puede alterar la estructura misma de la naturaleza física y conformarla a los diseños humanos. Eureka: la alquimia se había transformado en química. Como observaría Henry Adams, el poder de la turbina había desplazado al de la Virgen María en las aspiraciones humanas: lo que se construiría a partir de ese momento serían rascacielos, no catedrales.

La división abstracta, la frontera entre los productos de la naturaleza y los del diseño intencionado —dicotomía característicamente aristotélica— comenzaba a resultar oclusiva. La posibilidad de diseñar instituciones sociales más «racionales» se empleó como palanca, como cuña para debilitar la legitimidad de las instituciones existentes. El argumento de Hayek contra la posibilidad de diseñar racionalmente la organización social y económica se basaba en su demostración de que el conocimiento de los sucesos singulares que tal diseño exigiría no sería obtenible a causa de su misma complejidad; e incluso si lo fuera, las consecuencias imprevistas que las acciones sociales engendran acabarían con el diseño mismo que las produjo.

Hayek escribió los dos primeros ensayos de sus estudios sobre el abuso de la razón en un «estado de intensa concentración, como reacción a [su] impotencia frente a las continuas interrupciones que causaban las bombas al caer». La seguridad de que gozaba en Cambridge no disminuyó en nada su sensación de desesperación ante lo que ocurría en el mundo. Si bien las bombas causaban temor, mucho más alarmantes eran los cambios que se operaban en las mentes de los economistas y filósofos de ese mundo que aún se llamaba libre. Era una experiencia afín a las de las historias de ciencia-ficción, algo parecido a la invasión de los «ladrones de cuerpos». Por fuera, la gente parecía ser la misma de siempre, pero por dentro había sido presa de un espíritu extraño. La ironía era que Hayek era tratado como un extraño cuando era él precisamente quien preservaba, cada vez más en solitario, la devoción hacia esa misma libertad por la que se combatía frente a los poderes del Eje.

El espíritu extraño que se había apoderado de los intelectuales de Gran Bretaña y los Estados Unidos era la creencia en la inevitabilidad del socialismo. Quienes urgían a sus iguales a adoptar esta idea malinterpretaban, o quizás decidían malinterpretar, la fuente de las agresiones totalitarias de Alemania y Rusia, sosteniendo que la una era pura reacción frente a la otra; el Nacional-Socialismo alemán no era, se decía, socialismo en realidad, sino una especie de reacción hipercapitalista contra el comunismo.

Hayek escribió sobre las fuentes de su propia interpretación de los acontecimientos en su introducción a *Camino de servidumbre*: «De este modo, pasando de un país a otro, puede uno observar en ocasiones dos fases similares de un mismo desarrollo intelectual. Los sentidos se han aguzado entonces de modo peculiar y, cuando uno oye por segunda vez expresar opiniones o abogar por medidas que ya ha oído veinte o veinticinco años antes, éstas cobran nuevo significado como síntomas de una tendencia definida. Sugieren, si no la necesidad, al menos la probabilidad de que los sucesos sigan un curso similar.»

Hayek se esforzó por dejar claro que en *Camino de servidumbre* no estaba ofreciendo un argumento historicista ni pretendiendo una inevitabilidad lógica. Su argumento era que si no se atendía a las tendencias totalitaristas inherentes al proceso de planificación central de las economías y las sociedades, el fatídico destino de Rusia y Alemania sería también el de Inglaterra. Por decirlo en expresión del momento: estaba lanzando un mensaje de alerta.

La alerta de Hayek sonó a ruido molesto a los intelectuales más favorablemente dispuestos hacia el socialismo. Uno de ellos, Rudolf Carnap, filósofo líder del positivismo lógico, que por entonces residía a salvo en los Estados Unidos, escribió a Karl Popper para recriminarle haber alabado *The Road to Serfdom*, «que, por supuesto, [decía Carnap de sí mismo] no he leído». Keynes escribió a Hayek para ensalzar el libro, asegurando estar en todo de acuerdo con él; pero justificó sus acciones movido por esa *hybris* a la que antes o después sucumben todos los intelectuales que en el mundo adquieren poder:

Lo que necesitamos, en mi opinión, no es tanto un cambio en nuestros programas económicos (lo que sólo conduciría en la práctica a la desilusión con los resultados de su filosofía) cuanto quizás todo lo contrario, esto es, su incremento. El mayor peligro al que usted se enfrenta [ejerce aquí Keynes de nueva Casandra] es un probable fracaso estrepitoso de la aplicación práctica de su filosofía en los Estados Unidos. No, lo que necesitamos es la restauración de un pensamiento moral correcto, un retorno de los valores morales pertinentes a nuestra filosofía social. Si sólo orientara su cruzada en esa dirección no se parecería, o se sentiría, como un Don Quijote. Le acuso de estar quizás confundiendo un tanto los asuntos morales con los materiales. Cabe realizar a salvo acciones peligrosas en una comunidad que piensa y siente correctamente, acciones que de ser ejecutadas por quienes piensan y sienten erróneamente conducirían al infierno.

Con el paso del tiempo, se mencionó el hecho de que Gran Bretaña y los Estados Unidos no se convirtieran al totalitarismo para desacreditar la advertencia de Hayek.

Sus críticos no acertaron a comprender hasta qué punto la experiencia de la guerra había acostumbrado a la gente a la pérdida de libertades, ya que su argumento parecía ser que no había que temer siempre y cuando la planificación se llevara a cabo fuera de campos de trabajos forzados.

El ánimo de los planificadores, y su confusión, se demuestra en una mesa redonda que se reimprime en este volumen, como dramática representación de la rabia e incompreensión que fueron descargadas sobre la persona de Hayek. Expresado en el tono de desafío de uno de los participantes: «No he advertido en ningún momento que nuestra planificación haya conducido hacia la servidumbre sino hacia la libertad, hacia la emancipación y hacia niveles superiores de desarrollo de la personalidad humana» (véase p. 107). Cegados por su «especial intuición» de tales niveles superiores, los aspirantes a diseñadores del mundo no logran ver el peligro que alumbran: no ven que sus planes, *incluso si tienen éxito*, producirán consecuencias inintencionadas e imprevistas, algo que puede abrir la puerta a oportunistas sin escrúpulos mientras el resto, habiendo renunciado a su iniciativa en favor de los planificadores, quedan indefensos. Quizás se trate de una paradoja consustancial a la naturaleza humana: por muy bienintencionados y desinteresados que puedan ser los planificadores, un oportunista egoísta puede tener el talento necesario para hacer frente a lo inesperado, para adaptarse a fuerzas que siempre estarán más allá de nuestro control.

Hayek comprendió claramente que si bien no hay peligro en planificar lo pequeño (a corto plazo), es imposible planificar lo grande (a largo plazo). Keynes le criticaría su incapacidad para trazar la línea divisoria entre ambas posibilidades, sin advertir que esa misma incapacidad es lo que augura problemas incluso al mejor diseñador de los planes, que no así a las adaptaciones del mercado. (Keynes escribió a Hayek: «La argumentación que usted adopta descansa sobre el muy dudoso supuesto de que la planificación no es más eficiente. Desde el punto de vista puramente económico, muy probablemente sí lo sea.») La complejidad de la tarea de atender al largo plazo precisa de sistemas de respuesta espontánea como los que proporcionan los mercados libres.

Mientras vivió, Hayek siempre experimentó la dificultad de la tarea. Como él mismo escribe, «con frecuencia he sido agudamente consciente de que mi pensamiento, más que el de muchos otros, ha estado siempre completamente orientado hacia el futuro; me parece que perdí muy pronto la capacidad de disfrutar con calma del presente. Son mis planes para el futuro los que me hacen la vida interesante; para mí, la satisfacción consiste sobre todo en haber hecho lo planeado, y la mortificación, en no haber podido ejecutar mis planes» (véase p. 133). Quizás, parafraseando a Keynes, a largo plazo estaremos todos mortificados.

Otra de las anomalías del carácter de Hayek era que siendo un filósofo político tan notable fuera tan poco político. Presentía que el caso que defendía en *Camino de servidumbre* nunca encontraría audiencia entre los economistas profesionales y los funcionarios públicos, los filósofos académicos y los científicos sociales, que era a

quienes estaba realmente dirigido: a los socialistas de todo tipo. Presentó su caso directamente a un público mucho más amplio, procurando por todos los medios que el estilo del libro fuera tan legible como fuera posible. En esto, su éxito superó con mucho a sus propias expectativas.

Ningún filósofo con instinto político, para quien la verdad sirve a un objetivo dado y no al revés, habría escrito como Hayek lo hizo:

Esta interacción de individuos con conocimientos y perspectivas diferentes es lo que constituye la vida del pensamiento. El crecimiento de la razón es un proceso social basado en la existencia de tales diferencias. Sus resultados son de suyo impredecibles, no podemos saber qué ideas alimentarán su crecimiento y cuáles no; dicho claramente, este crecimiento no puede ser dirigido por cualquier idea que ahora tengamos sin al mismo tiempo limitarlo. «Planear» u «organizar» el crecimiento de la mente o, a estos efectos, el progreso en general, es una pretensión en sí misma contradictoria. La idea de que la mente humana debería controlar «conscientemente» su propio desarrollo confunde la razón individual —que es la única que puede «controlar conscientemente» algo— con el proceso interpersonal a que debe su crecimiento. Al intentar controlar éste, únicamente estamos poniendo cadenas a su desarrollo, y antes o después provocaremos el estancamiento del pensamiento y el declive de la razón (*The Road to Serfdom*, p. 165).

A comienzos de la organización de la defensa en Gran Bretaña, los sindicatos y el Partido Laborista descubrieron que habían recuperado la posición política perdida en los años veinte tras la Huelga General, y emplearon este poder político para vetar las propuestas que Hayek y Keynes habían concebido para hacer frente a los extraordinarios requerimientos financieros que imponía el pago de la producción de armamento. El plan de Hayek y Keynes se basaba en un ahorro forzoso —a reponer tras la guerra— para reducir la demanda civil, permitiendo así al mercado responder a la demanda del gobierno de un modo más eficiente. Los trabajadores sospecharon que todos los sacrificios serían suyos y que no sacarían nada del asunto. El resultado fue un control creciente de cada aspecto de la vida: racionamiento de prácticamente todas las mercancías; controles de precios y alquileres, de tipos de cambio y de movimientos de capital. Todos acabarían por mantenerse mucho después incluso de que la guerra hubiera terminado.

La lección política que los socialistas aprendieron, y los keynesianos no, fue que si el gobierno garantiza la demanda de trabajo mediante su propio gasto directo, pierde entonces toda posibilidad de resistirse a las demandas de los trabajadores. El engreimiento político de los keynesianos al creer que podrían domar esa fiera quedó patente cuando la fiera no se dejó domar.

Hayek realizó una nueva propuesta para detener el creciente poder del gobierno, a saber, que un nuevo patrón monetario basado en una cesta fija de mercancías internacionalmente negociadas sustituyera al suspendido patrón-oro. La propuesta fue remitida a la conferencia monetaria internacional celebrada en Bretton Woods en 1944. Por supuesto, Keynes dirigió la delegación británica y fue en gran medida responsable del acuerdo finalmente adoptado. Lionel Robbins le acompañó. Hayek no fue invitado

ni su propuesta considerada.

*Camino de servidumbre*, publicado en 1944, encontró amplia audiencia en Gran Bretaña y causó sensación en los Estados Unidos, siendo invitado Hayek en 1946 a una gira de conferencias por los Estados Unidos que le proporcionó su momento de gloria.

A Alemania llegaron noticias del libro por medio de antiguos prisioneros de guerra que habían leído la versión abreviada impresa para el *Reader's Digest*. Las potencias aliadas habían prohibido su publicación en Alemania con la declaración oficial de que podría dañar las buenas relaciones con la Unión Soviética. A pesar de la prohibición, circularon por Alemania extractos de la obra en copias mecanografiadas. Cuando Hayek, más tarde, pudo leer alguno de estos ejemplares, descubrió con estupor que los mecanógrafos habían añadido a veces pasajes de su propia cosecha.

Los economistas académicos y científicos sociales a quienes había sido dirigida la obra la menospreciaron como «popular» e indigna de su atención. Hayek fue ignorado.

### *El exilio*

Hayek estaba a punto de aprender una lección que los académicos —a diferencia de los políticos, los deportistas y los actores— tardan en aprender: la oportunidad del momento lo es todo. Gran parte de su obra sobre teoría económica había tratado de la dificultad de introducir el factor tiempo en los procesos de equilibrio. En la mayor parte de la teoría económica, sin embargo, los factores críticos del tiempo en las relaciones humanas —qué ocurre cuándo, y cuánto puede tardar en seguirse el efecto de la causa— desaparecen de la escena o de la página con alegres referencias a expectativas, riesgos y resultados. Los diligentes planificadores del esfuerzo bélico —incluidos John Kenneth Galbraith y Richard Nixon— que racionaron, requisaron y congelaron cuanto pudieron, no estaban en condiciones entonces, ni quizás lo estén ahora, de admitir que todos sus esfuerzos habrían sido vanos de no ser por la oportuna invención del radar y el desciframiento de códigos, y la incapacidad de Alemania para encontrar a tiempo sustitutos de la lana y el aceite en el frente oriental. Si uno lee, por ejemplo, los ingeniosos relatos de autoloa (o autocensura) que se dedica Galbraith (*A Life in Our Times*), cabe pensar que si una mente tan aguda no acierta a dirigir con éxito una economía, ¿cómo podría hacerlo mejor un mercado libre nacido de un comportamiento sin cadenas ni dirección?

La respuesta se encuentra en los medios que sean capaces de encontrar quienes tengan intereses mutuos para comunicarse entre sí. Hasta el individuo más ignorante tiene un conocimiento de sus propias circunstancias que quizás resulte a otros valioso. La evolución de los medios de organización social —resultado de la acción humana pero no de su intención— es la respuesta tanto teórica como práctica al problema económico de cómo coordinar las necesidades y planes de millones de participantes dispersos. Hayek remonta los orígenes de esta idea a través de Adam Smith, David Hume y Adam Ferguson hasta Bernard Mandeville: «El peor de toda la multitud, ese también hizo algo por el bien común.»

Quienes no somos unos Galbraiths necesitamos seguir reglas de conducta simples y disponer también de medios simples para dirigirnos a nuestros superiores. A lo largo del tiempo, esta necesidad genera las reglas del lenguaje, el derecho, los modales y la moral. El uso del dinero y el intercambio de bienes y servicios en mercados libres parece desarrollarse con la misma naturalidad con que los pichones se reúnen en torno al maíz desparramado.

De entre todos estos aspectos e instituciones relativos al intercambio humano se pasan por alto, a veces, los modales; sin embargo, estos hábitos adquiridos —modos de dirigirse unos a otros, estilos de vestir, los límites de lo privado y por tanto de la propiedad— quizás sean los más importantes a la hora de permitir que la gente viva y trabaje junta. Hayek ofrece un ejemplo perfecto de esto cuando explica por qué se sentía tan a gusto en Inglaterra: «El modo de interrumpir una conversación, por ejemplo. No se dice: ‘Lo siento, pero tengo prisa’, sino que se distrae uno un poco dando a entender que se está pendiente de alguna otra cosa; no hay necesidad de palabras» (véase p. 98). Los modales son inseparables del lenguaje —los gestos, el tono de voz— e imperceptiblemente se confunden con la moral, que a su vez se entremezcla de modo bien visible con la ley.

La suerte que Hayek tuvo con la cadencia temporal en su vida profesional no la tuvo en lo personal. Se enamoró muy joven de una prima suya que, debido a cierta malinterpretación de sus intenciones, se casó con otra persona. Hayek también se casó, se trasladó a Inglaterra y se convirtió en padre. Cuando visitó Austria después de la guerra, con la intención de ver a los miembros de su familia que seguían allí (tropezándose en un tren con su primo Wittgenstein, que andaba en expedición similar), supo que su primer amor se sentía de nuevo libre y dispuesta a casarse con él. Decidió entonces que no tenía más elección que divorciarse, por elevados que fueran el dolor y coste inmediatos para él y su familia.

Dado lo que Hayek sufrió entonces en su situación en Londres, y con algunos de sus más estrechos colaboradores, es curioso que nunca escribiera del otro aspecto de cualquier tradición moral: su poder de excluir y aislar. La publicación de *Camino de servidumbre* le había separado de muchos economistas profesionales, y el escándalo de su divorcio le habría de separar de gran parte de la sociedad en la que hasta entonces había vivido.

Hizo lo que otros rechazados hicieron antes que él: se fue a América y escribió una constitución de la libertad.

«Es probable que fuera a comienzos de esta época cuando advirtieran que se habían convertido en objeto de escandalosas conversaciones, aprendieran a ser cautos y se apartaran casi por completo de la sociedad... La situación y naturales inclinaciones de ambos debieron de combinarse desde el principio para hacer de la posición de la mujer en la sociedad y en el matrimonio uno de los principales temas de interés común.» Las

palabras son de Hayek, de su obra sobre John Stuart Mill y Harriet Taylor (*John Stuart Mill and Harriet Taylor*, p. 110). El estudio que Hayek realizó sobre Mill procedía de su investigación histórica sobre el abuso de la razón. Su edición de la correspondencia entre John Stuart Mill y Harriet Taylor, titulada «Su amistad y subsiguiente matrimonio», es fascinante desde varios puntos de vista. Es un documento importante para probar la pretensión de Hayek de que en Inglaterra el giro hacia el socialismo comenzó con Taylor y Mill. Pero también muestra que Hayek se sentía plenamente en casa en Inglaterra, su país de adopción, pues combinó sus talentos históricos, académicos y de anticuario (era un gran coleccionista de libros) para producir un registro de esa relación que llega hasta el corazón mismo de la cultura inglesa. También es fascinante porque escribe sobre las raíces más personales de las relaciones humanas; sobre el contenido, por así decirlo, de algunos de los valores subjetivos que impulsan los desarrollos económicos y políticos: hechos complejos e irreductibles —en la metodología positivista— a una medida común.

En 1954, Hayek recibió una beca de la Guggenheim Foundation que le permitió pasar siete meses haciendo, junto a su mujer, el mismo viaje por Italia y Grecia que Mill realizara exactamente cien años antes. Sólo se apartaron del itinerario de Mill en una ocasión: para ir a Egipto, donde Hayek pronunció unas conferencias sobre «The Political Ideal of the Rule of Law». A su vuelta a Chicago en el otoño de 1955 ya había visto con claridad cuál sería el esquema de *The Constitution of Liberty* [*Los Fundamentos de la Libertad*], obra publicada el 9 de febrero de 1960.

Es una verdad muy cierta, en la que nunca han dejado de insistir todos los grandes apóstoles de la libertad (a excepción de la escuela racionalista), que la libertad nunca se ha mantenido sin creencias morales firmemente asentadas, y que la coacción sólo puede reducirse a un mínimo si cabe confiar en que de modo habitual los individuos se conformarán voluntariamente a ciertos principios. Existe cierta ventaja en no imponer coactivamente la obediencia a tales reglas, no sólo porque la coacción sea en sí misma mala, sino porque a menudo es deseable, de hecho, que las reglas se observen únicamente en la mayoría de los casos y que el individuo pueda transgredirlas cuando juzgue que vale la pena incurrir en el rechazo que ello pueda suscitar. También es importante que la fuerza de la presión social y la fuerza del hábito que aseguran su observancia sean variables. Es esta flexibilidad de las reglas voluntarias lo que en el campo de la moral hace posible la evolución gradual y el crecimiento espontáneo, lo que permite a la experiencia posterior conducir a modificaciones y mejoras (*The Constitution of Liberty*, pp. 62-63 [trad. esp., pp. 95-96]).

### *The Sensory Order*

Hayek recibió una oferta para ocupar un cargo en la Universidad de Chicago. John Nef rememora las circunstancias (*Search for Meaning*, p. 37):

Mi visita a Inglaterra, donde me encontré con T.S. Eliot y Friedrich Hayek en Londres, me permitió efectuar esos dos importantes nombramientos en el Committee on Social Thought. Hayek aceptó un cargo permanente que habría de ocupar durante casi quince años. El Departamento de Economía encontró de su agrado la incorporación de Hayek al comité sobre pensamiento social, aunque los economistas se hubieran opuesto cuatro

años antes a que ocupara un cargo en su departamento, en gran medida porque consideraban *Camino de servidumbre* una obra demasiado popular como para haber sido escrita por un académico respetable. A los economistas les parecía bien tener a Hayek en Chicago, siempre y cuando no se le identificara con ellos.

Hayek se incorporó a la facultad como profesor de ciencias sociales y morales en octubre de 1950. No llegó con las manos vacías, pues traía consigo la primera versión de un manuscrito titulado «What Is Mind?».

Como explicaría posteriormente, «me sentí tan desacreditado profesionalmente después de *Camino de servidumbre* que no quise dar más ocasión de ofensa. Quería ser aceptado en la comunidad científica, hacer algo puramente científico e independiente de mi propia visión económica» (p. 147). Es un momento incómodo en la historia intelectual.

Listo al fin para revelar su respuesta a Aristóteles, Locke y Hume, Hayek se encuentra en un Nuevo Mundo que, habiéndose demostrado a sí mismo el dominio sobre los obstáculos que amenazaban su supervivencia, carece de paciencia ante las dificultades epistemológicas.

Volvió así sobre el problema con que se había topado treinta años antes por vez primera en el *Analysis of Sensations* de Ernst Mach. Hayek se había impuesto a sí mismo la tarea de seguir las sensaciones desde los impulsos nerviosos hasta el cerebro, donde se tornaban percepciones que parecían corresponderse de algún modo con la «realidad». En su tercera revisión, el manuscrito de «What Is Mind?» se había convertido en *The Sensory Order*. Hayek describe el desarrollo de sus ideas en «The Sensory Order After 25 Years» (p. 289):

Lo que se me atragantaba desde el principio era la idea de que una fibra nerviosa pudiera transportar, o una célula nerviosa almacenar, esos atributos distintivos que —no sólo por introspección, sino también por observación del comportamiento ajeno— sabemos poseen los fenómenos mentales. Mis primeros estudios me habían conducido a la clara percepción de que cabía determinar estas propiedades mentales por la posición que, dentro del sistema de relaciones que conforman todas las neuronas atravesadas por los impulsos, ocupan éstos. Esto me condujo a interpretar el sistema nervioso central como un aparato que efectúa múltiples clasificaciones o, mejor, como un proceso de clasificación continua y simultánea y de reclasificación constante a muchos niveles (de la legión de impulsos que lo recorren en cada momento), aplicado en primera instancia a la percepción sensible, pero en principio a toda clase de entidad (emociones, conceptos, imágenes, motivaciones, etc.) como las que ocurren en el universo mental.

La concepción que Hayek ataca —que «la experiencia comienza con la recepción de datos sensibles que poseen cualidades constantes que o bien reflejan los correspondientes atributos de los objetos externos percibidos o bien están unívocamente correlacionados con los propios atributos de los elementos del mundo físico» (*The Sensory Order*, p. 165)— comienza con la insistencia de Aristóteles en que somos capaces de conocer (aprehender) la «esencia» de las cosas, y llega hasta el presente a través de la máxima del empirismo lockeano: *Nihil est intellectu quod non antea fuerit in sensu* [Nada hay en el intelecto que no haya estado antes en los

sentidos]. La ruta que Hayek elige para montar su ataque corre paralela a la de Kant, y de cuando en cuando parece fundirse con ella.

Antes de Mach, se descubre, había orquídeas en la vida de Hayek, y es en ese «antes de» donde está la clave del orden sensorial. Como nos cuenta Hayek, siguiendo el interés de su padre por la botánica «también empecé a montar mi propio herbario e incluso a escribir una monografía sobre *Orchis condigera*... La botánica sistemática, con la perplejidad que produce la existencia de clases claramente definidas, se demostró una formación muy provechosa. Pero mi interés se fue desplazando progresivamente desde la botánica hacia la paleontología y la teoría de la evolución... y mi padre tuvo la perspicacia suficiente para advertir que mi mente era más teórica de lo que daba de sí la taxonomía» (véanse pp. 47).

Las clasificaciones que la mente adquiere para ordenar las sensaciones indiferenciadas proceden de experiencias anteriores. «Cada sensación, incluso la más ‘pura’, debe ser considerada una interpretación de un suceso a la luz de la experiencia pasada del individuo o de la especie.» El uso de una clasificación previa para determinar el «sentido» de la sensación difiere del uso que hace Kant de una categoría *a priori* en que las clasificaciones de Hayek emergen dentro del proceso de la propia percepción y no son fijas, no son equivalentes a un principio o axioma. Y ahí reside su relación —o «enlace» [*linkage*], en su terminología— con el desarrollo de los órdenes espontáneos.

«La reclasificación que opera la mente es un proceso similar al que seguimos al aprender a leer en voz alta un lenguaje que no se deletrea fonéticamente. Aprendemos a dar a símbolos idénticos diferentes valores según en qué combinación aparezcan con otros símbolos diferentes, así como a reconocer diferentes grupos de símbolos como equivalentes sin ni siquiera notar los símbolos individuales» (*The Sensory Order*, p. 169).

¿Constituyó el libro un fracaso? Desde su publicación apenas parece haber sido leído; incluso los especialistas en Hayek, conscientes de su importancia, observan la obligación de leerlo más que nada por cumplir. Hubo algunas reseñas positivas iniciales, pero incluso en la más elogiosa cabe identificar el comienzo de las dificultades que esperaban a la obra. Como Hayek señalaría muchos años más tarde, «por lo que toca a la psicología, soy un fantasma del siglo diecinueve».

La tendencia moderna a la especialización se había acelerado, en particular en las universidades americanas. Aunque el argumento que expone Hayek en su obra asestaba un golpe mortal al conductismo dominante en la psicología académica, la obra sería preterida por lo que posteriormente se demostraría una evolución desfavorable en el estilo y contenido del trabajo académico en epistemología y psicología. (Fuera de la universidad, la exploración popular de los fenómenos mentales continuó del modo tan salvajemente intuitivo de siempre. Si en lugar de elementos «presensoriales» Hayek hubiera escrito «extrasensoriales», de seguro habría sido invitado a una nueva gira de

conferencias.)

«Cuando un experto como Hayek, por reputado que sea en el campo socio-económico, escribe un tratado sobre la percepción, su transgresión será recibida con muchas cejas levantadas o miradas en blanco», escribía el autor de una reseña, reflejando esa conexión entre lenguaje e ideas. Incluso la más positiva de las recensiones, la de Edwin G. Boring en el *Scientific Monthly*, reprochaba a Hayek un fallo que saltaba a la vista:

Incluso cuando tiene razón (y, debo decirlo, es así casi siempre) te gustaría que razonablemente compartiera la obra conectando su pensamiento con el de sus predecesores. Las teorías físicas de la mente y de la conciencia, y las teorías relacionales, no son nuevas, y uno desearía se le mostrara no sólo el contenido de la mente de Hayek, sino su teoría en perspectiva, dentro de la historia del pensamiento científico. Sin embargo, déjeme añadir a mi advertencia que si las ideas de Hayek tienen antecedentes, también estoy seguro de que ninguno ha realizado esta particular tarea tan bien como él.

En 1956, durante la celebración del veinticinco aniversario de la inauguración del Social Science Research Building en la Universidad de Chicago, Hayek pronunció una conferencia titulada «The Dilemma of Specialization», recogida en *Studies in Philosophy, Politics, and Economics* [*Estudios sobre Filosofía, Política y Economía*]. No pudo evitar defender su propio caso. «No deberíamos sentir sino admiración por el académico maduro que se atreve a correr el grave riesgo de traspasar todos los límites de su especialidad y aventurarse en tareas para las que quizás nadie pueda reclamar plena competencia» (*Studies in Philosophy, Politics, and Economics*, p. 127).

En sus últimos ensayos, en particular «The Theory of Complex Phenomena» y «Rules, Perception and Intelligibility», que escribió para completar las implicaciones filosóficas de *The Sensory Order*, la conexión vital de esta obra con el núcleo de sus teorías económicas y políticas resulta aún más evidente.

Los argumentos a favor o en contra de la eficacia de la planificación central que el socialismo inevitablemente requiere se sostienen o desmoronan en función de la justificación epistemológica de la capacidad para predecir las consecuencias de las acciones. Como afirma con claridad Hayek en su ensayo «Degrees of Explanation», «mientras que es evidentemente posible predecir con precisión sin por ello ser capaz de controlar, claramente seremos incapaces de controlar algo más allá de lo que podamos predecir los resultados de nuestra acción. Una limitación en la predicción necesariamente implica una limitación en el control, pero no a la inversa» (*Studies in Philosophy, Politics, and Economics*, p. 18).

Para dar cuenta de las limitaciones en la capacidad de predecir las acciones humanas, Hayek desarrolló una teoría de fenómenos complejos que admite la posibilidad de predecir «estructuras»—asociaciones recurrentes de una serie de efectos cuyas causas son limitadas— aunque no sucesos individuales dentro de las mismas. Lo que permite funcionar a individuos y grupos a pesar de las limitaciones de la

predicción es la evolución de las reglas de la percepción, que permite acciones impredecibles. Un ejemplo lo ofrecen las reglas de la gramática, que permiten formular enunciados significativos sin que por ello sea predecible el significado de ningún enunciado en particular.

En 1960, Hayek escribió a Popper comentándole sus propias investigaciones: «Aunque no pretendo centrarme principalmente en cuestiones de metodología, *la nueva perspectiva de la teoría económica* que estoy adoptando (y que puede concretarse en un libro con ese título) inevitablemente comenzó con un intento de reforzar mi concepción de la naturaleza de la teoría económica. La idea de una serie de regularidades a un nivel superior que entonces me hice continúa ocupándome y parece fructífera mucho más allá del campo de la economía.» En realidad, Hayek ya había escrito a Popper en 1952 sobre los comienzos de su investigación. La principal objeción de Popper a *The Sensory Order* era que constituía una teoría causal de la mente, algo imposible según Popper. Hayek le replicó como sigue:

¿Consideraría usted lo que yo llamo una «explicación de principio» una explicación causal o no? Estaría de acuerdo con usted si su argumento únicamente intentara probar que no cabe explicar por qué en un momento determinado acontecen tal o cual sensación, proceso mental, etcétera; ahora bien, si intentara negar que cabe explicar cómo pueden ordenarse los procesos físicos en *la clase* general de orden que es característico de los fenómenos mentales, entonces le costará mucho convencerme. Por supuesto que mi análisis de un problema particular suscita las cuestiones filosóficas más importantes. Llevo ya meses perplejo con lo que se me antoja el problema más general de todos y que por el momento entiendo como la distinción entre lo que podemos decir «dentro de un sistema» y lo que podemos decir «acerca del sistema». Estoy convencido de que este problema es importantísimo, puesto que me lo he venido encontrando una y otra vez y en relación con toda suerte de asuntos desde que lo identifiqué por primera vez; pero, aunque he avanzado algo, es uno de los problemas más difíciles y elusivos que jamás he afrontado.

Hayek tenía razón en ambos aspectos: el problema de lo que podemos decir dentro de un sistema y acerca de un sistema es realmente importante, y también es difícil y elusivo. Su valiente intento por desentrañarlo se materializó en un artículo que comenzó a elaborar sobre «sistemas dentro de sistemas». Al advertir que nadie seguía su discusión, terminó por abandonarla. Por segunda vez en su vida, Hayek dejó su investigación sobre la naturaleza del entendimiento humano y retornó al estudio de la ley.

Hayek nunca se sintió completamente a gusto en Chicago. Guardaba un coche en un garaje de París, y siempre que le fue posible volvió con su mujer a sus amados Alpes. Se estaba volviendo crecientemente sordo, lo que le mantenía apartado de las conversaciones; también dejó definitivamente de ir al teatro. Más problemáticos resultaron los ataques depresivos que sufrió a partir de 1960.

Realizó un amplio esfuerzo por establecer en Viena un centro, que habría de llamarse Institute of Advanced Human Studies, que recreara la clase de vida intelectual que había desaparecido con la guerra y que él tanto añoraba. Él, Popper y Sir Ernst

Gombrich serían sus principales figuras. La oposición de la Universidad de Viena, empero, desanimó a los potenciales patrocinadores, especialmente a la Ford Foundation, la cual estableció su propio centro para su propio tipo de ciencia social. Centro que, ni que decir tiene, en nada recreó la Viena perdida.

En el invierno de 1961-62, Hayek recibió la oferta de una cátedra en la Universidad de Friburgo (Friburgo de Brisgovia, Alemania), atractiva propuesta de cara a su jubilación definitiva que no dejó de aceptar. A no ser por un infeliz interludio en Salzburgo entre 1969 y 1977, Hayek permanecería en Friburgo el resto de su vida, pasando los veranos en las montañas de Obergurgl.

El aparato financiero internacional que Keynes había conseguido vender a los americanos como necesario para salvaguardar al mundo de un nuevo desastre —y que en el fondo había sido realmente diseñado para evitar la ruina financiera de Gran Bretaña— se hundió en 1973. El valor de la libra había caído con el imperio, y ahora el dólar, desligado del último vestigio del patrón-oro, seguía sus pasos. Aunque las panaceas keynesianas perdían rápidamente credibilidad a la vista de una situación de inflación y desempleo simultáneos, la atracción del socialismo no mostraba signos de debilitarse, y menos en las universidades.

F.A. Hayek recibió el premio Nobel en Economía de 1974. La primera reacción de gran parte del público interesado fue la de sorpresa ante el hecho de que aún siguiera vivo. Recordando entonces que alguna vez polemizó con las teorías de Keynes, el público comenzó a interesarse por lo que tuviera que decir. Hayek ofreció una sólida defensa del libre mercado como fundamento necesario de una sociedad libre. También proporcionó un argumento para la desnacionalización del dinero, proponiendo que fuera el mercado el que mantuviera su valor. Puesto que los gobiernos habían demostrado su incapacidad para tal tarea, la propuesta de Hayek merecía consideración. Pero los banqueros habían sido durante tanto tiempo criaturas de la regulación estatal que habían olvidado lo que era el mercado.

El mercado prevalecerá, por mucho que haya de sumergirse. En la visión de Hayek, el mercado, el orden espontáneo de las instituciones sociales, no necesita de justificación o imposición. Es la vida misma, y basta con esperar, pues las murallas siempre acaban por derrumbarse.

#### *Mirando hacia atrás*

No todos los límites que nos separan son tan brutales y ominosos como el Muro de Berlín. Algunos son tan simples como medir en pulgadas en vez de en milímetros, o una preferencia por Bach frente al rock. Sin embargo, todo cambia. Como Hayek ha dejado claro, la tarea de la teoría económica consiste en último término en explicar cómo nos adaptamos a lo desconocido. Deberíamos concebir la economía, dice, «como corriente más que como fuerza equilibrante; del mismo modo que deberíamos pensar, casi literalmente, en términos de factores que determinan el movimiento del flujo del agua en un lecho muy irregular» (véase p. 142).

El logro de Hayek consistió en demostrar que la teoría económica, como cualquier otra teoría sobre el comportamiento social, es una teoría de la evolución. Con ello ha devuelto el estudio del comportamiento social al curso que originalmente adoptó (al relato de la evolución de los lenguajes que hiciera Sir William Jones, por ejemplo, y a la *Wealth of Nations* de Adam Smith), el que llevó a Darwin a explorar la posibilidad de un cambio evolutivo vía selección natural para explicar la diferenciación de las especies. Se olvida a veces que Darwin creía que la adaptación que demostraba la diversidad de arbustos ericáceos en el despoblado hábitat de las marismas podía refutar las sombrías predicciones de Malthus sobre poblaciones expandiéndose más allá de sus medios de subsistencia. Malthus había llegado a sus lúgubres predicciones sobre una fecundidad que inevitablemente supera a la productividad como consecuencia de prolongadas meditaciones sobre el triste destino de Irlanda. Malthus fue secundado por Ricardo, cuando éste aceptó como contexto para discutir sobre teoría económica una economía conceptualmente asimilable a una isla, en la que todo cuanto cabe hacer es determinar la división de la renta.

La convención de considerar el sujeto de la teoría económica como una entidad cuasi-insular persistió. Una vez supuesto un sistema cerrado, resulta fácil adoptar una hipótesis de equilibrio tomada de la mecánica y, aún más, de la física. En tales sistemas, el fin que se persigue es la capacidad de predecir.

Para desgracia de la teoría económica, ésta no prestó atención a la respuesta de Darwin a Malthus y siguió a Ricardo. Habrían de pasar muchos años antes de que se advirtiera que el precario estado de los irlandeses en Irlanda se debía a la desafortunada localización de su isla en relación al Imperio Británico. En los Estados Unidos creció el número de su prole, aunque haría falta la fertilidad de otras razas también para poblar el Nuevo Mundo. Si se alteran los límites de una sociedad o un sistema, cambia también el comportamiento de los mismos. Estos límites pueden ser muy diversos: tiempo y espacio, por supuesto, pero las dimensiones del conocimiento son ilimitadas; cualquier cambio en nuestro conocimiento de cualquier factor de dentro o fuera del sistema requiere un reajuste de todo el sistema.

La tragedia del sigloxxha sido la desolación de enormes poblaciones, víctimas de lo que Hayek denominó la fatal arrogancia del socialismo: el intento de diseñar y controlar el destino de las sociedades. El fallo de tal diseño condujo inevitablemente, en la Unión Soviética y en otras sociedades comunistas, a un control creciente, que significó también un control del conocimiento al cerrar la sociedad. No es el destino de Irlanda (que, como una vez escribiera Gibbon, es más fácil deplorar que describir), sino el destino de Cuba. Ningún hombre es una isla. Ni siquiera existen islas.

Los hechos han probado su argumento. Hayek atacó el ideal constructivista de controlar la sociedad atacando los fundamentos epistemológicos de la posibilidad de tal control, demostrando la imposibilidad de predecir las respuestas a los cambios en los sistemas económicos y sociales. La evolución de los órdenes espontáneos como el

mercado libre es el medio por el que se hace posible la diversidad de adaptación a circunstancias cambiantes. Sin embargo, debemos conceder que su argumento apenas ha sido atendido. Las facultades de ciencias sociales de todo el mundo se han mostrado mucho más dispuestas a enseñar a Marx que a Hayek. En los Estados Unidos, la economía se ha convertido en el pariente pobre de las matemáticas.

Las conclusiones de Hayek son hoy virtualmente innegables. Pero un argumento contra la predicción, esto es, un argumento contra la posibilidad de predecir *con certeza* una respuesta ante cualquier cambio de las condiciones sociales o económicas no puede demostrar simultáneamente que un determinado intento concreto de planificar o controlar un proceso necesariamente esté condenado al fracaso, pues cabría que un plan tal tuviera éxito por pura chiripa. No podemos predecir que tendrá éxito ni que no lo tendrá. Esta es la rendija lógica por la cual se cuelan los constructivistas. Hume sigue vivo.

La tentación intelectual ha sido siempre la de taponar esa rendija con la pretensión de la validez *a priori* de ciertos principios o premisas iniciales. En un mar de incertidumbre, el canto de las sirenas no es el de Circe, sino el de la certeza, y Hayek navegó peligrosamente cerca de esas rocas.

#### *Mirando hacia adelante*

Gran parte de la obra escrita de Hayek ha consistido en un proceso de demarcación. Demostró efectivamente que la mayoría de nuestras instituciones sociales, como el lenguaje y el dinero, no son productos de la invención humana deliberada ni elementos del medio natural, como el viento o la gravedad. En *The Sensory Order* demostró que la raíz del orden social es un proceso evolutivo que parte de la clasificación de regularidades observadas y procede hacia la formación de reglas, conduciendo la interacción de los elementos (dimensiones) de un sistema hacia clasificaciones de creciente complejidad. El proceso evolutivo es potencialmente ilimitado y sus efectos en un momento dado son inciertos e impredecibles.

Hayek escribió *The Sensory Order* antes del descubrimiento de la estructura del ADN. Ahora resulta fácil pasar por alto la originalidad de sus ideas, aunque también sea más fácil entenderlas. La misma base de la vida biológica, que evoluciona mediante la reproducción genética, sigue los principios hayekianos. La producción de proteínas que los genes individuales controlan se lleva a cabo según «reglas» análogas a las del lenguaje. Las potenciales combinaciones de un número fijo de aminoácidos pueden dar lugar a un número incontable de proteínas. Éstas, a su vez, interaccionan entre sí para producir órdenes aún más complejos, formando organismos que a su vez interactúan según «reglas» de atracción y repulsión. En algún punto de este proceso deberíamos poder trazar una línea divisoria entre las «reglas» de la naturaleza y la evolución de las reglas que producen órdenes sociales espontáneos. El problema, por supuesto, consiste en trazar esa línea.

Hayek se separa de la teoría darwiniana en dos puntos clave. Argumenta que la

formación de órdenes espontáneos se realiza mediante la selección de grupos (y no vía mutaciones individuales), y que por tanto las características adquiridas deben poder ser transmisibles. Aunque estas dos proposiciones conducen a explicaciones críticas, no escapan al mayor peligro que amenaza a las teorías evolutivas, que es su carácter tautológico. La supervivencia efectiva es el único criterio para establecer que una adaptación ha tenido éxito, pero de suyo no proporciona el criterio del éxito de una adaptación concreta. Nada tiene éxito que no sobreviva, pero que algo esté hoy aquí no significa que vaya a estarlo mañana. Si no, que le pregunten a cualquier dinosaurio.

Sin embargo, la teoría de Hayek sugiere que son las reglas las que sobreviven, no necesariamente los grupos que se formen de acuerdo con ellas. Debo añadir de seguido que esta hipótesis puede inferirse de las propuestas de Hayek, sin que él explícitamente la enuncie. Se evita un buen número de dificultades, eso sí, si adoptamos este criterio para identificar órdenes espontáneos (que no naturales o intencionados).

En su obra más reciente, Hayek se deslizó hacia la utilización de reglas para justificar una tradición moral que supuestamente se demostraría superior para la supervivencia de algunos grupos (no especificados) sobre otros. El peligro de este argumento se revela en la respuesta de Keynes a *Camino de servidumbre*. Keynes sostenía que una justificación moral adecuada permitiría el uso de medidas económicas y políticas en otro caso inaceptables. Cualquier intento de justificar una proposición moral expone un argumento al efecto *boomerang*, a un *tu quoque* que deja a uno sin defensa ante el argumento de que todos los principios *a priori*, como los principios morales, no son justificables racionalmente. En el otro extremo, la pretensión de Hayek de que la mente no puede entenderse a sí misma le lleva a abandonar a la razón en la defensa de sí misma, recurso que niega a sus oponentes.

Si, por el contrario, volvemos a la hipótesis de que son las reglas las que sobreviven, no necesariamente los grupos o individuos que las adoptan, entonces el problema puede expresarse en otros términos. En este caso, el proceso evolutivo —el equivalente a la selección natural en las especies— se transforma en un proceso de autoselección. Esto significa que las adaptaciones tienen éxito si permiten a un elevado número de individuos comunicarse entre sí y resolver la mayor parte de los problemas que plantee su medio. El grupo por el que juzgamos el éxito de las reglas no es una población fija (el grupo de angloparlantes, por ejemplo, varía de uso en uso, y nunca se identifica con una determinada población, digamos, los habitantes de Inglaterra). Adoptar una teoría de autoselección supondría un gran avance en la desactivación de algunos conflictos sociales emergentes, como los relacionados con la demanda de inclinaciones multiculturales en las instituciones y, en su caso extremo, con la «limpieza étnica» de ciertas atormentadas regiones del globo. Con una base autoselectiva para la formación de las organizaciones sociales, un individuo puede participar en cualquier número de órdenes espontáneos —idiomas, familias, mercados, religiones— sin por ello sacrificar su identidad individual.

Quizás la ironía más afortunada de todas las relativas a la vida de Hayek y su obra es que gracias a él tenemos menos razones para desesperar de la razón. Su pretensión de que la mente no puede entenderse a sí misma se deriva de una importante conclusión de *The Sensory Order*: «La proposición que intentamos establecer es que cualquier aparato de clasificación ha de tener una estructura cuyo orden de complejidad sea superior al de los objetos que clasifica» (p. 185).

Pero Hayek también comprendió que, con la posible excepción de la mente humana, no existe límite en la evolución hacia estructuras con grados crecientes de complejidad. En su ensayo «Rules, Perception and Intelligibility» parece entender que el problema era esencialmente el mismo que aparece en ciertos encuentros filosóficos con paradojas y con el problema, que ya había comentado a Popper, de lo que cabe decir acerca de un sistema desde dentro del mismo. Hayek abandonó sus propias investigaciones en esta dirección, pero abrió una puerta al proporcionar un contexto en el que entender el siguiente grado de complejidad. La obra de Tarski sobre los metalenguajes y la de Bartley sobre la racionalidad han servido para cartografiar parte de los nuevos territorios.

Quizás se requiera un mayor número de desastres políticos y económicos para que la lección cale en profundidad, pero parece que estamos aprendiendo que mientras que la mente —la razón— no puede imponer sus propias estructuras al mundo, sí puede descubrir y entender aquellas de las que emerge la vida. Los pensadores que trabajan en la reciente disciplina de la teoría de sistemas complejos, incluso en esa rama que se llama vida artificial (y que quizás llegue a demostrar no ser un oxímoron), contemplan órdenes espontáneos con marcadas características hayekianas. Incluso en los ordenadores, a partir de conjuntos de reglas simples se desarrollan formas complejas impredecibles.

La vida, según están llegando a comprender estos investigadores, sea artificial o natural, existe en los límites que bordean el caos. Hayek está vivo.

STEPHEN KRESGE



# Primera Parte

## *Viena –Nueva York –Viena*

El primer antepasado por parte de padre de quien se sabe algo más que su simple nombre es mi tatarabuelo, Josef Hayek (1750-1830), quien en 1789 obtuvo el título de nobleza menor (el *von*) que la familia lleva desde entonces. Su padre, Laurenz Hayek, que había servido a un terrateniente aristócrata de Moravia en sus grandes propiedades en los alrededores de Brünn (Brno), moriría antes de que su hijo cumpliera los cinco años. Josef Hayek acompañó como secretario al terrateniente a Viena cuando éste fue designado para un alto cargo público, y después de regresar con él a Moravia se convirtió en administrador de sus propiedades. En calidad de tal, Josef Hayek montó dos nuevas fábricas textiles en Moravia y en la Baja Austria que, a su vez, dieron lugar a la formación de dos nuevos pueblos. Finalmente también se convertiría en socio de las mismas y acabaría por adquirir una fortuna sustanciosa. En la Austria de 1789 esto era un logro notable, y fue lo que movió al Kaiser José II a ennoblecerle a la pronta edad de treinta y nueve años. Josef von Hayek insertó en su patente de nobleza el que tanto su padre como su abuelo participaron en las guerras de Silesia. Aparte de esto, la verdad es que no sé nada más de estos antepasados míos.

El hijo de Josef, Heinrich, empleó su importante herencia en estudiar derecho, casándose después con una cantante con talento, Franziska Zwierzina. Ocupó una plaza de funcionario público en uno de los ministerios de Viena, donde probablemente trabajaría como mucho dos o tres horas por las mañanas, llevando la vida larga, digna y confortable que se supone a un caballero. Su hijo, mi abuelo Gustav von Hayek, nacido en Brünn, fue educado primero por tutores privados y posteriormente asistió a una elegante escuela por entonces de moda en Viena, el *Theresianum*, que seguía reservada a miembros de la nobleza. Dejó la escuela prematuramente, sin embargo, pocos meses antes de obtener el *matura* necesario para entrar en la universidad. Se hizo oficial naval, y a fe mía que debió de ser un joven y elegante caballero de la marina. La primera fotografía que se conserva de él le muestra como cadete naval en Venecia, base entonces de la flota austriaca.

Para desgracia de Gustav, sus expectativas de seguir la carrera naval se desvanecerían. Su padre Heinrich, a finales de su vida, y mientras su hijo estaba en la marina, perdió no se sabe cómo la fortuna de la que dependía la confortable vida de su familia. Desconozco los detalles del desastre, pero buena parte del dinero parece

haberse perdido ya en la década de 1860, mucho antes de la crisis de 1873, en la que gran parte de la clase media-alta de Austria vino a menos; la situación empeoraría aún más para Gustav, ya después de casado y con familia, al no heredar, como había esperado, la porción de la fortuna original destinada a sus tías solteras. De este modo, mi abuelo decidió dejar también la marina cuando rondaba ya los treinta, no sé si por simple insatisfacción con la vida naval, para poder casarse (lo que no era fácil con el pequeño salario de un joven oficial naval) o por alguna otra razón. Digo «o por alguna otra razón» porque parece haber llevado una vida un tanto ampulosa en la marina, que habría sido harto difícil de mantener sin una fortuna, y porque existe una historia, que apenas si recuerdo, según la cual el joven cadete se había paseado en cierta ocasión con cierto adorno irregular en su uniforme, y si se salvó del inevitable castigo fue sólo porque el almirante en jefe apareció al día siguiente con la misma modificación en su propio uniforme.

Gustav retornó a sus estudios después de ciertas dificultades derivadas de su prematuro abandono del *Gymnasium* [escuela secundaria], estudió historia natural y biología y acabó por convertirse en maestro, en profesor en un *Gymnasium*. Algunas de sus obras sistemáticas sobre biología llegarían a ser ampliamente conocidas. Por un momento abrigó esperanzas de mejorar su situación cuando atrajo, como ornitólogo, el interés del príncipe heredero Rudolf, quien le encargó la organización de la primera exposición ornitológica internacional en Viena, en 1881. Pero estas esperanzas quedaron defraudadas al suicidarse el príncipe en 1889. Este interés por la biología lo heredarían mi padre August Edler von Hayek, mis dos hermanos menores (uno anatomista y el otro químico) y también mi propia hija (que sería entomóloga).

Si los padres de mi padre, por muy orgullosos que estuvieran de su gentileza y alcurnia, vivieron en circunstancias modestas, los padres de mi madre, los von Jurascheks, aunque de familia menos «vieja» y ennoblecidos una generación más tarde, definitivamente formaban parte de la alta burguesía y eran notablemente más ricos. Mi abuelo Franz von Jurashek había sido profesor universitario, y posteriormente funcionario público de alto rango, con formación académica y reputación internacional como estadístico. Pudo mantener el apropiado nivel de vida gracias a la fortuna de su mujer, que debió de ser apreciable.

Los von Jurashek vivían en un magnífico, incluso grandioso piso de diez habitaciones en la planta alta de Kärtnerstrasse 55, y mantenían al menos a tres sirvientes. Se trataba, sin duda, de uno de los edificios más bonitos de Viena, entre la ópera y la Ringstrasse, que más tarde, en 1914, muerto ya mi abuelo, sería demolido para construir el nuevo Hotel Bristol. El piso de mis abuelos fue una segunda casa para mí. Allí pasé, además de las tardes de los domingos en semanas alternas, periodos más amplios mientras mis padres estaban fuera en viajes ocasionales o después de la seria enfermedad que aquejó a mi padre en torno al otoño de 1912. Puesto que el menor de los hijos del segundo matrimonio de mi abuelo, mi tío Franz, sólo tenía cuatro o cinco años más que yo, la

familia presente en esas reuniones de los domingos era bastante, y comprendía un abanico de edades que iba desde mis abuelos hasta mis primos más pequeños.

Mis padres se entendían maravillosamente bien entre sí, y su vida de casados parecía a todos (no sólo a mí) de una felicidad sin sombras. Aunque el dinero debió de ser escaso en los primeros años (el pequeño salario de mi padre, recién nombrado *Armenarzt* [médico municipal para los pobres, el puesto más bajo de la Medical Office of Health], era al principio semejante al ingreso que aportaba la pequeña fortuna de mi madre, sumando en total ambos, creo, unos dos mil dólares en 1898), gozaron de una situación bastante confortable la mayor parte de su vida.

Tan pronto como ingresar algún dinero adicional dejó de ser asunto urgente, parece que mi padre renunció a cualquier intento serio de hacerse con una clientela privada y, contento con su gradual ascenso en la jerarquía del ministerio de la salud, consagró todo su tiempo libre a su amada botánica. Siempre confió en poder dejar por completo la medicina algún día y ocupar una plaza de profesor de botánica a tiempo completo en la universidad, pero ese día nunca llegó, y el «Professor» nunca fue más que el título honorario usualmente conferido a un *Privatdozent* que lo ha sido durante varios años. Mientras que esta ambición fracasada suponía una gran aflicción para él (y probablemente influyó mucho en que yo considerara una cátedra universitaria como la más deseable de cuantas posiciones pudiera ocupar), su producción científica fue considerable, y en su campo específico, la geografía botánica (lo que hoy se llamaría ecología), fue altamente respetado entre sus colegas. Su asombrosa memoria le permitía adquirir un conocimiento excepcional de las plantas, y él mismo solía comentar, lamentándolo, que seguramente sería el último botánico que considerara que su profesión consistía en reconocer la mayoría de las plantas por mera inspección.

En los últimos años de su vida, mi padre se había convertido en una especie de centro social para los botánicos de Viena, que solían reunirse regularmente en nuestro piso. Murió a una edad relativamente temprana, a los cincuenta y siete años, de una enfermedad de los riñones causada por un grave envenenamiento de la sangre (a consecuencia de una ampolla que le causaron las botas durante una excursión botánica en Oststeiermarkt), que casi le había matado ya quince años antes. Mi madre [Felicitas] murió en 1967 a los noventa y tres años.

Mis padres, aunque nunca abandonaron formalmente la ancestral Iglesia Católica Romana, carecían de creencias religiosas. Aunque tampoco fueran ya fieramente anti-religiosos (como sospecho lo había sido mi abuelo por parte de padre, como tantos otros científicos de su generación), todos los dogmas positivos no eran para ellos más que supersticiones del pasado. Nunca me llevaron a la iglesia. Y aunque como parte de mi formación general me dieran una biblia para niños apenas empecé a leer por gusto, ésta misteriosamente desapareció cuando demostré particular interés por ella.

Por supuesto que recibíamos instrucción religiosa en el colegio, y en el *Gymnasium* la asistencia a misa los domingos era casi obligatoria. La legitimidad de esta presión

siempre fue dudosa, y cuandoquiera que una excursión en domingo (algo bastante común en nuestra familia en los días soleados de primavera y verano) interfería en la asistencia, los niños simplemente no íbamos a misa, lo que condujo a frecuentes fricciones con las autoridades del colegio. Sólo durante un breve periodo en los dos primeros años del *Gymnasium*, a eso de los diez u once años, experimenté un desarrollo de fuertes sentimientos religiosos bajo la influencia de un persuasivo profesor. Y recuerdo con claridad la angustia de creer que había pecado entre la confesión y la primera comunión a la mañana siguiente. Pero esta fase duró poco, y a los quince años de edad había llegado al convencimiento de que nadie podría darme una explicación razonable de qué se significa con la palabra «Dios» y que, por lo tanto, carecía de sentido afirmar la creencia en Dios tanto como negarla.

Aunque en general ésta haya sido mi posición desde entonces, siempre y cuando no se me desafiara he evitado ofender innecesariamente a otras personas de firmes creencias religiosas haciendo ostentación de mi carencia de tales creencias o siquiera manifestando mi falta de fe. Por otra parte, mi posición ante las diferentes iglesias cristianas siempre ha sido algo ambigua. Mi idea es que si alguien desea realmente tener una religión debería adherirse a lo que me parece el «credo verdadero», esto es, el catolicismo romano. El protestantismo siempre se me antojó una etapa en el proceso de emancipación de la superstición; un paso que, una vez dado, debía conducir a la más absoluta falta de fe. Sin embargo, su aparente razonabilidad podría mantener dentro de la grey cristiana a quien no pudiera aceptar todas las doctrinas del catolicismo. En otras palabras, me parecía que sólo los dos extremos constituían posiciones tolerablemente estables; pero, ya que yo había encontrado mi lugar de descanso en una de estas posiciones extremas, no me preocupé demasiado del asunto, aunque a menudo haya podido parecer incoherente al simpatizar *intelectualmente* más con el protestantismo y admitir sin embargo que, si uno ha de tener una religión, entonces el catolicismo me parece la más consistente.

Q<sub>1</sub>: Su pensamiento en términos de estructura moral, su concepto de «conducta justa», ¿no entronca de alguna manera con algún aspecto fundamental de los preceptos religiosos?

Hayek: Creo que entronca con la cuestión que la gente trata de responder por medio de la religión, a saber, que en el mundo que nos rodea existen muchísimos fenómenos que manifiestan un orden que no conseguimos entender y que hemos de admitir. En cierto modo, he descubierto recientemente que las religiones politeístas del budismo me dicen más que las religiones monoteístas de Occidente. Limitarse, como hacen algunos budistas, a un profundo respeto por la existencia de estructuras de orden en el mundo, admitiendo no poder entenderlas ni interpretarlas en su totalidad, me parece una actitud admirable.

Si me siento hostil a la religión, es sobre todo por la tremenda intolerancia de las religiones monoteístas, porque todas ellas tratan de imponer su credo particular. Acabo

de echar un vistazo a la posición japonesa, que ni siquiera presupone que alguien tenga que pertenecer a una determinada religión. Casi todos los japoneses son sintoístas en cierto sentido y budistas en otro, y esto no plantea ningún problema; de hecho, los japoneses nacen, se casan y son enterrados como sintoístas, pero todas sus creencias son budistas. Me parece algo admirable.

Asistí a varias escuelas, cambiando de *Volkschule* [escuela primaria] en una ocasión a causa de una mudanza y dos de *Gymnasium* por dificultades con los profesores, irritados éstos porque combinaba una evidente facilidad para el estudio con cierta vagancia y desinterés. Pocas asignaturas me interesaban, con la excepción de la biología, y sistemáticamente dejaba la tarea sin hacer, confiando en enterarme de lo necesario durante las clases como para aprobar por los pelos. Normalmente conseguía empollar lo suficiente al final de curso, cuando a los alumnos que planteaban dudas se les permitía presentarse a una prueba crítica, llamada *Forsetzungsprüfung*. En cuarto curso, empero, habiendo suspendido las tres asignaturas críticas (latín, griego y matemáticas), se me negó incluso esta oportunidad, y tuve que repetir curso. Un efecto positivo de esto fue que me familiaricé con Homero y hasta logré aprender y disfrutar del griego homérico, ya que ese año se leyó a Homero en las clases. En 1916, cuando mi curso iba a tener de nuevo como profesor encargado a aquel a quien me enfrenté en 1913, cambié otra vez de *Gymnasium*, en el que permanecí apenas algo más de cinco meses antes de ser llamado a filas.

Mi primer interés científico se dirigió hacia la botánica, al igual que ocurriera con mi padre, quien me indujo a coleccionar especímenes naturales de varios tipos (minerales, insectos y flores). Como dueño de un herbario notablemente grande y como editor durante años de una «flora exicata» [la provisión e intercambios organizados de raros especímenes de plantas prensadas], mi padre me ofreció muchas oportunidades de colaborar con él, primero como coleccionista y luego como fotógrafo. Como entretenimiento, de hecho, la fotografía ocuparía la mayor parte de mi tiempo libre entre los trece y los dieciséis años. Yo también empecé a montar mi propio herbario e incluso a escribir una monografía sobre *Orchis condigera*, un esfuerzo del que me retraje sobre todo por mi persistente fracaso en encontrar un ejemplar vivo de esta rara especie (posiblemente, quizás sólo una variedad). La botánica sistemática, con la perplejidad que produce la existencia de clases claramente definidas, se demostró una educación provechosa. Pero mi interés se fue desplazando progresivamente desde la botánica hacia la paleontología y hacia la teoría de la evolución. Tendría unos dieciséis años cuando empecé a encontrar al hombre más interesante, y durante algún tiempo entretuve la idea de hacerme psiquiatra. También empezaron a interesarme la vida pública y ciertos aspectos de la organización social, como la educación, los medios de comunicación y los partidos políticos, no tanto como objeto de estudio sistemático cuanto movido por el deseo de comprender el mundo en que vivía.

A veces lamento que fuera aún tan joven cuando mi padre, advirtiéndome mi

insatisfacción intelectual con los aspectos taxonómicos de la biología y mis inclinaciones hacia la teoría, puso en mis manos los dos gruesos volúmenes de los *Vorträge über Deszendenztheorie*, de Weismann, pues esta obra se encontraba por entonces muy por encima de lo que yo podía comprender y también de mi capacidad de realizar un esfuerzo sostenido. Me parece que de haber vuelto a tales volúmenes algunos años más tarde, cuando las circunstancias externas dirigieron mi atención hacia los fenómenos sociales, me hubiera hecho biólogo. El tema ha retenido siempre mi fascinación y el trabajo en ese campo habría satisfecho mi inclinación por la paciente investigación en busca de hechos significativos, inclinación que en teoría económica, por la misma naturaleza del tema, se ve permanentemente frustrada, y que hubo de encontrar su salida a través de la ocasional investigación biográfica o genealógica, o en entretenimientos similares.

Q<sub>6</sub>: Su formación en biología, ¿se llevó a cabo sobre todo en el *Gymnasium*?

Hayek: No, no en la escuela, sino en casa. La principal influencia procede de mi padre y de esa tradición familiar de coleccionarlo todo. Empecé reuniendo mi primer herbario y comenzando un estudio —mi primer intento de escribir algo científico— sobre una supuesta especie de orquídea. La cuestión era si se trataba de una especie separada

o sólo de una variedad. Así me introduje en la taxonomía, y mi padre tuvo la perspicacia suficiente para advertir que mi mente era más teórica de lo que daba de sí la taxonomía. Puso en mis manos dos volúmenes sobre la teoría de la evolución, un año antes de tiempo. Si me hubiera puesto delante a Weismann y DeVries sólo un año después, probablemente me hubiera quedado enganchado a la biología. Pero entonces quedé insatisfecho con el trabajo taxonómico y gradualmente lo fui dejando.

Las grandes perturbaciones de la guerra me atrajeron más hacia la economía. Mientras estaba en la universidad, aún dudaba entre economía y psicología. El derecho y la economía le daban a uno la posibilidad de encontrar un trabajo. Muerto Stöhr, ni siquiera quedaba quien enseñara psicología. Lo que sabía de psicología lo sabía por los libros, pues no había oportunidad alguna de aprender nada más.

Aunque por lo general en la escuela me tomaran por inteligente aunque perezoso y fuera siempre un ávido lector, no creo que por entonces fuera un tipo «intelectual», y mi ambición se dirigía más a dominar eficientemente el manejo de los aspectos prácticos de la vida que al estudio en cuanto tal. Ya fuera la fotografía o el esquí, el uso de libros o las diversas formas de coleccionismo, el caso es que empleé mi inteligencia sobre todo en adquirir técnicas o en dominar los fundamentos teóricos de actividades prácticas, no ocupándome tanto en resolver problemas intelectuales propiamente dichos. Sentía un enorme deseo de equiparme para las tareas prácticas de la vida, de aprender a organizar las cosas y en particular mis propios asuntos; en dos palabras, de ser eficiente. En mi afán por simplificar y mecanizar las rutinas cuando me fuera posible, mi modelo fue durante algún tiempo el caballo del coche de bomberos,

siempre estabulado y con el arnés colgándole encima, listo para salir al menor aviso sin pérdida alguna de tiempo.

Alrededor de los dieciséis o diecisiete años nació en mí un gran interés por el drama, que debió de ser el primer interés que desarrollé sistemáticamente durante un tiempo y el primero en que mostré verdadera iniciativa. No sólo me convertí en asiduo visitante del *Burgtheater* y me informé sobre su historia, sino que comencé a realizar amplias lecturas, incluso traducciones de la mayoría de los dramaturgos españoles y franceses de los siglos XVII y XVIII, y también de los antiguos dramas griegos. (Conocía los «clásicos» alemanes y las versiones alemanas de las principales obras de Shakespeare desde muy pronto, en parte porque mi padre nos los leía en voz alta al caer la tarde.) Alrededor de 1916 debía de tener ya una familiaridad notable con la literatura dramática, incluso autores relativamente modernos como Ibsen y Bjornson, y algunas figuras menos conocidas como Hebbel (cuyas obras completas, en una edición entonces reciente, fue una de mis primeras adquisiciones importantes en libros). Incluso comencé a escribir mis propias tragedias, sobre temas históricos más bien violentos y más o menos eróticos (Andrómaca, Rosamunda, etc.), sin llegar nunca a acabar las obras, aunque normalmente avanzaba hacia algunas escenas conclusivas bastante efectistas que había pergeñado.

Q<sub>2</sub>: ¿Recuerda alguna de las tramas?

Hayek: Hay una que me ocupó mucho la cabeza durante bastante tiempo. Era sobre Andrómaca. Con todas sus implicaciones, muy oscura, y sólo a medias entendida. Pero concluía con una escena magnífica, que en el teatro realmente sería muy efectista: Andrómaca, esclava del hijo de Aquiles, sale del castillo y vaga hacia el mar, sobre una roca que entra en él; sale el sol y ella corre hacia el sol, exclamando: «Eres tú, eres tú, mi Héctor.» Y cae al mar.

Me incorporé a un regimiento de artillería de campaña en Viena, en marzo de 1917, y después de algo más de siete meses de instrucción fui enviado al frente italiano, donde serví más de un año como sargento mayor-oficial-cadete (si es que cabe traducir así el grado, que en alemán es incluso más largo). Perdí mi batería cerca de Gorizia, en el Isonzo, que acababa de dejar en pos de los italianos tras la batalla de Caporetto, y la alcancé unos días más tarde, pasando casi todo el año destacado en la margen izquierda del río Piave. Los momentos más excitantes fueron una ofensiva abortada en junio de 1918, el colapso del ejército austro-húngaro en octubre de 1918, y las dos oleadas de la retirada. La mayor parte del periodo final la pasamos más preocupados por el hambre, la enfermedad y los rumores de una sublevación de los checos que por la propia guerra. Como la mayoría de mis camaradas, acabé por contraer una infección de malaria, que se manifestó sólo durante la retirada, por lo que cuando regresé finalmente a Viena en noviembre de 1918 me encontraba en un estado un tanto debilitado (al que también había contribuido en parte un grave ataque de gripe que contraí durante el verano).

La primera vez que realmente me demostré a mí mismo que si realmente quería podía, sin demasiado esfuerzo, ser tan bueno como el mejor de mis compañeros (algo de que, por otra parte, nunca me parece haber dudado seriamente) fue en la academia de oficiales del ejército. Me reportó un placer considerable que incluso en detalles tan puramente técnicos como, digamos, vérselas con el variable mecanismo de retroceso de un obús, siempre me sentí tan en casa como cualquiera de mis compañeros con mayores inclinaciones mecánicas; y, a pesar de carecer de cualquier aptitud natural especial, incluso a pesar de cierta torpeza (que me impedía destacar como jinete o como soldado de reemplazo, como algunos de mis colegas), sobresalí como uno de los cinco o seis de cabeza en una lista de setenta u ochenta cadetes.

Por supuesto, en cierto modo yo era —incluso entonces— algo más académico, estaba menos familiarizado con el mundo de cada día (y en particular con las mujeres) que la mayoría de mis compañeros, y me sentía más a gusto entre los libros que ellos. Pero esto, con la excepción de mi inocencia en ciertas cuestiones muy mundanas, podía atribuirse con todo menos a mí que a uno o dos tipos realmente intelectuales y altamente sofisticados de los que formaban el grupo. Comparado con soldados más jóvenes pero mucho más maduros, yo era entonces un niño y aún habría de serlo durante algunos años más.

Q<sub>2</sub>: Me parece recordar una historia que le oí contar en cierta ocasión. Presidía la retirada de algunas tropas; era usted teniente, y se encontró en una situación muy interesante...

Hayek: No fue nada interesante. En la retirada del río Piave nos hostigaron primero los italianos. Como yo era oficial de transmisiones (lo que significa que conocía a todos y cada uno de los pocos germano-parlantes del regimiento, que eran los únicos hombres fiables en estas condiciones) se me pidió que me separara un poco del regimiento de artillería, primero como retaguardia contra los italianos que nos seguían y después como avanzadilla al pasar a la zona yugoslava, donde había mandos yugoslavos irregulares que intentaban detenernos y quedarse con nuestras armas. Después de luchar durante un año sin haber tenido que hacer nada parecido, ahora tenía que atacar a una ametralladora. De noche, cuando logré llegar a ella, ya se habían ido. Pero fue una experiencia desagradable.

El interés por la historia y los asuntos públicos, completamente ausente en mí de niño, se despertó sobre todo por el contacto con un amigo algo mayor que yo, Walter Magg, el único amigo íntimo de la infancia que tenía. Dos años mayor que yo, tenía un talento excepcional, muy musical (a diferencia del mío), con una amplia educación literaria y una facilidad de escritura entonces muy superiores a la mía. Era maduro para su edad, y esto nos mantuvo separados por un tiempo, pero acabé por ponerme a su altura, y entre 1915 y 1917 ejerció gran influencia sobre el desarrollo de mis intereses. Se incorporó a filas poco antes de que lo hiciera yo, y falleció de una enfermedad contraída durante el servicio activo en Laibach [Liubiana] en octubre de 1917, pocos

días después de que yo pasara por ese lugar, sin conseguir verle, camino de mi batería.

Puedo datar con claridad el inicio de mi definitivo interés por la economía. Fue en una lección de lógica en séptimo curso, en el *Gymnasium*, a finales de 1916, cuando el profesor nos explicaba la tripartita división aristotélica de la ética en moral, política y economía, lo que me parecía cubría perfectamente el ámbito de mis intereses. Mi padre se alarmó bastante cuando de repente declaré que pensaba estudiar «ética» y pocos días después, para convencerme de que la ética era una tontería, me trajo cuatro obras del filósofo Ludwig Feuerbach que había comprado en una librería de libros usados. Debo confesar que este filósofo particular me pareció un aburrimiento y que sólo mucho más tarde accedí a una filosofía más seria. Tampoco descubrí entonces de qué trataba realmente la economía. Mis lecturas se reducían a algunos panfletos efímeros de políticos contemporáneos, la mayoría de carácter socialista o semi-socialista, desde Karl Renner a Walter Rathenau, siendo de este último de quien en concreto derivé mis primeras ideas económicas. (En el otoño de 1917, durante el breve permiso que me concedieron en el ejército para poder obtener mi *matura*, de hecho me metí en líos en el *Gymnasium* al ser descubierto leyendo un panfleto socialista durante la clase de religión). No sería hasta 1917 ó 1918, durante una época tranquila en el campo de Piave, cuando uno de los oficiales de mi batería, algo mayor que yo, me dio los primeros tratados sistemáticos de economía, y aún me maravilla que esos libros en concreto no me produjeran un disgusto permanente hacia la materia. Pero me empeñé a fondo con esos volúmenes (de Gruntzl y Jentsch), que eran unos ejemplares de economía tan pobre como quepa imaginar.

Q<sub>2</sub>: Procediendo de una familia de científicos naturales, ¿cómo es que se interesó por las ciencias sociales?

Hayek: Creo que la influencia realmente decisiva fue la I Guerra Mundial, en particular la experiencia de servir en un ejército multinacional, el austro-húngaro. Fue entonces, más o menos, cuando vi al gran imperio hundirse ante el problema nacionalista. Estuve en una batalla en la que se hablaban once lenguas diferentes. Todo esto necesariamente tenía que atraer la atención sobre los problemas de organización política.

Fue durante el servicio militar en Italia cuando más o menos me decidí por estudiar economía, aunque no quedaría realmente enganchado hasta que encontré los *Grundsätze* de [Carl] Menger, un libro tan fascinante, que llenaba tanto. Incluso entonces, ya ve, cuando regresé estudié derecho en orden a poder estudiar economía, pero la verdad es que estaba casi tan interesado por la economía como por la psicología. Finalmente tuve que elegir entre todo lo que me interesaba, y en economía tenía al menos la legitimación formal de un título, algo que no ofrecía la psicología. Y ya que no había posibilidad de encontrar trabajo en esas condiciones, me decidí por la economía.

En parte por razones inmediatamente prácticas, mi plan era hacer una carrera, después de estudiar simultáneamente derecho en la universidad e idiomas y relaciones

internacionales en la *Konsularakademie* [una escuela especial para futuros diplomáticos], que me permitiera acceder al servicio diplomático y quizás después por su medio a un cargo académico o político. Pero la *Konsularakademie* desapareció con el colapso del imperio austro-húngaro, y el componente diplomático del plan perdió gran parte de su atractivo. Derecho seguía combinando la economía con la preparación para la profesión legal (el «abogado») o, lo que me parecía más probable, para el cuerpo de funcionarios.

Aunque volví en noviembre de 1918 con el semestre francamente avanzado y con una severa infección de malaria, me sumergí inmediatamente, con lo que ahora me parece una energía asombrosa, tanto en los diversos estudios como en una vida social muy activa, si bien esto último ya por primavera. Durante semanas trabajé duro durante el día y muchas noches bailé, aunque las restricciones por la escasez de carbón impidieran aquel invierno que las veladas se alargaran demasiado.

En los años inmediatamente posteriores a la guerra los dos temas principales de discusión entre los estudiantes de la Universidad de Viena fueron, como habrían de ser mucho después en Occidente, el marxismo y el psicoanálisis. Hice un serio esfuerzo por estudiar ambas doctrinas, pero cuanto más las estudiaba más insatisfactorias las encontraba. Me parecía entonces, y me lo ha parecido siempre después, que sus doctrinas eran absolutamente acientíficas porque el modo en que definían sus términos convertía sus proposiciones en necesariamente verdaderas e irrefutables, por lo que no decían nada del mundo. Fue en pugna con estas opiniones como desarrollé unas ideas sobre filosofía de la ciencia muy parecidas, aunque por supuesto formuladas con mucha menor claridad, a las que Karl Popper llegaría a partir de casi las mismas experiencias; y resulta simplemente natural que leyera sus ideas cuando publicó *The Logic of Scientific Discovery* en 1935, algunos años antes de que llegara a tratarle personalmente.

Q<sub>6</sub>: A lo que alcanzo, desde 1880 ó 1890, y hasta la década de 1930, Viena fue casi la capital del fermento intelectual. ¿Es así como la percibe retrospectivamente?

Hayek: La fecha puede establecerse con exactitud: la gran reforma de 1867. Hasta entonces la Universidad de Viena había sido nada, nada de nada, y a partir de ese momento empezó a crecer, alcanzando su máximo a finales de siglo. Su momento culminante lo tuvo en la década de 1890 y hasta 1914. Revivió una vez más tras la guerra, en los años veinte, y murió por completo, y no sólo en económicas, apenas iniciados los treinta.

\* \* \*

Q<sub>4</sub>: Al echar un vistazo al periodo, también al que precedió a la guerra, mucha gente, incluso quienes eran jóvenes al terminar ésta, se describen a sí mismos como

positivistas o antipositivistas, y la verdad es que me resulta difícil hacerme idea de qué significaba realmente el positivismo en esa época.

Hayek: Se debió casi enteramente a la influencia del físico Ernst Mach, la figura filosóficamente más destacada, y de sus discípulos. Creo que mi introducción a lo que ahora casi dudo en llamar filosofía (método científico me parece una expresión mejor) procedió, aparte lo que había estado leyendo antes de ser llamado a filas, de la filosofía de Mach. Era muy buena en lo que respecta a la historia de la ciencia en general y llegó a dominar el debate en Viena. Joseph Schumpeter comulgaba plenamente con Mach, y mientras yo aún estaba en la Universidad, Moritz Schlick, una figura interesante, se convirtió en uno de los profesores de filosofía. Fue el comienzo del Círculo de Viena, del que por supuesto nunca formé parte, pero cuyos miembros estaban en estrecho contacto con nosotros. Había alguien [Felix Kaufmann] que se suponía era miembro de nuestro particular círculo, el *Geistkreis*, y también del de Schlick, el Círculo de Viena propiamente dicho, y por eso estábamos al corriente de lo que en él sucedía.

Lo que me disuadió es que los científicos sociales, los especialistas en ciencia en la tradición de Otto Neurath, fueran tan extremos e ingenuos en economía; fue realmente por su mediación como llegué a ser consciente de que el positivismo estaba maleando las ciencias sociales. Debo a la extrema posición de Neurath el haber advertido que el positivismo no servía, aunque me llevó bastante tiempo, la verdad, conseguir emanciparme de él. Sólo una vez que dejé Viena, ya en Londres, comencé a pensar sistemáticamente sobre los problemas de metodología en las ciencias sociales, y empecé a advertir que aplicar el positivismo a este campo era definitivamente un error.

En una discusión que tuve con mi amigo Haberler, en una visita a Viena que hice desde Londres, le explicaba que había llegado a la conclusión de que todo este positivismo machiano no era adecuado a nuestros propósitos. Entonces me replicó con un «Pues hay un nuevo libro, muy bueno, que ha salido del círculo de los positivistas de Viena, de un tal Karl Popper, sobre la lógica de la investigación científica». Así fue como me convertí en uno de sus primeros lectores. La obra acababa de ser publicada apenas unas semanas antes. Advertí que Haberler se había equivocado un tanto al referirse al ambiente en que había aparecido, pues, aunque formalmente procediera de tal círculo, realmente constituía un ataque a su sistema. Y para mí fue una satisfacción, porque confirmaba la idea que yo me había formado al haber pasado por una experiencia muy similar a la de Karl Popper. Karl Popper es cuatro o cinco años más joven que yo, por lo que no pertenecíamos a la misma generación de estudiantes. Pero el ambiente en que formamos nuestras ideas fue muy semejante, ampliamente dominado por el debate con los marxistas, por un lado, y con los freudianos, por otro.

Ambos grupos compartían un mismo e irritante atributo: insistían en que sus teorías eran, en principio, irrefutables. Recuerdo en particular una ocasión en que comencé a ver lo ridículo que era todo cuando, discutiendo con los freudianos, me

explicaron: «Bueno, bien, esto se debe al instinto de muerte.» Y yo dije: «Pero esto no puede ser debido al instinto de muerte.» «Ah, pues entonces será debido al instinto de vida.» Naturalmente, si tienes estas dos alternativas disponibles para explicar algo, no hay modo de comprobar si la teoría es verdadera o no lo es. Y eso me condujo, ya entonces, a comprender lo que sería el principal argumento sistemático de Popper: que la prueba de la ciencia empírica es que puede ser refutada, y que cualquier sistema que se declara irrefutable no puede por definición ser científico. Yo no era filósofo de formación, y no lo elaboré así: me bastó con advertirlo. Pero cuando lo encontré explícitamente argumentado y justificado en Popper, simplemente acepté la filosofía popperiana como manifestación de lo que yo había sentido siempre.

Desde entonces he seguido a Popper. Aunque no nos hubiéramos conocido en Viena, llegamos a ser muy amigos. Siempre he estado en gran medida de acuerdo con él, aunque no necesariamente de inmediato. Aunque haya tenido curiosos desarrollos propios, en general coincido con él más que con ningún otro en lo que a cuestiones filosóficas se refiere.

\* \* \*

Q<sub>6</sub>: ¿Hasta qué punto existía la sensación de libre pensamiento en Viena? ¿Podría comparar la libertad de pensamiento con el florecimiento de la música en Viena; Mozart, Beethoven y Wagner, con toda esta gente? ¿Hay algo que comparar?

Hayek: No creo que se tratara propiamente de un sentimiento de libertad. Yo diría que, en la universidad, lo más importante era que se esperaba de uno que no se confinara sin más a los estudios de su propia especialidad. Seguramente dediqué tanto tiempo a asistir a clases en otros campos, con otra gente, como a la economía. Formalmente estudiaba derecho, pero me sobraba tiempo, o al menos yo me lo tomaba, pasando el día en la universidad de la mañana a la noche, yendo de materia en materia, presto a escuchar lecciones sobre historia del arte, comedias de la antigua Grecia, o lo que fuera. Curiosamente, la psicología había fallecido de muerte natural durante la guerra. Dos eminentes psicólogos habían luchado y muerto. Uno [Adolf Stöhr] aún moría dolorosamente, dando a diario sus clases. Aunque se advertía que había sido un hombre brillante, el esfuerzo consistía ahora para él en articular palabra, sin por ello dejar de ser lo suficientemente interesante como para atraerme. Y lo mismo ocurría a los demás.

Todo ocurrió en una época en que la universidad estaba masificada por los veteranos que volvían de la guerra. El número de estudiantes, nueve décimas partes del cual quería obtener su título lo más rápidamente posible, seguramente triplicaba el normal. Con todo, algunos nos las arreglamos para —en el mismo breve periodo de tiempo— obtener no sólo las mejores calificaciones en derecho, como hice yo, sino también estudiar media docena de otras asignaturas. A la universidad le parecía bien, y nunca se

celebraban exámenes.

También asistí a otras clases sin estar matriculado en ellas. Andaba recorriendo la universidad, probando gente. Por ejemplo, el famoso Kammerer (probablemente recuerda el nombre; Koestler escribió un libro sobre él): un hombre que creía poder demostrar la transmisión genética de caracteres adquiridos, y que durante un tiempo fue muy famoso. Había algunas figuras muy originales. También estaban en la universidad, al margen de lo que pudiéramos llamar la plantilla oficial, los *Privatdozenten*, quienes únicamente tenían la licencia para enseñar, con sus propias ideas, sin formar en absoluto parte de la organización, pero que estaban allí en el intento de persuadir a los estudiantes de sus ideas. De modo que la variedad que teníamos en la Universidad de Viena en los años veinte era ilimitada.

Q<sub>6</sub>: Se parece mucho a lo que era la Universidad de Berlín en el apogeo de Marx. La misma atmósfera de cafés, de jóvenes brillantes atraídos por cualquier persuasión. Claro que la influencia dominante en este caso sería la de Hegel, supongo, como Mach lo fue en el suyo.

Hayek: Probablemente. Quiero decir que el contraste —otro tema— entre la Universidad de Viena que yo conocí y la de hoy es tal que evito ir a Viena. Por lo demás, la ciudad ha recuperado su belleza, y me encanta que haya llegado a ser económicamente próspera. Pero la que recuerdo era desesperadamente pobre, no obstante toda esta excitación intelectual de la que hablamos. La gente principal que enseñaba era absolutamente de primera clase. Cada profesor, prácticamente cada profesor, era inteligente y quizás contribuyera a ese ambiente. Tenían que ser inteligentes para tener alumnos, pues quien no lo era se quedaba solo.

Q<sub>6</sub>: Jamás he oído que eso ocurriera en una universidad desde los tiempos del medievo. Quiero decir, que las clases fueran realmente importantes y los estudiantes asistieran porque fueran buenas. Pienso en gente como usted, que iba a una clase acá y a otra allá y que andaba por todas partes. ¿Era esto común?

Hayek: Un pequeño grupo de nosotros lo hacía, un grupo muy pequeño. Pero desde luego que no era yo el único. Tenía amigos con quienes hablaba y que probaban clases nuevas, y me decían si valía la pena ir a un sitio u otro, porque sentían la universidad como yo la sentía.

Q<sub>6</sub>: Permítame volver a la pregunta original. ¿Existía alguna relación entre lo que ocurría en Viena y la apertura —si es que era apertura, que presumo que lo era— y lo que ocurría en la universidad? Me parece un experimento no menos importante en el intercambio de ideas.

Hayek: La universidad era todo un mundo. Frecuentemente había, en la Facultad de Derecho al menos, discusiones políticas muy violentas en las que andaban involucrados socialistas y comunistas organizados. Aunque nunca he pertenecido a ningún partido político, en 1918-21, siendo estudiante, incluso llegué a unirme a mis amigos para

organizar un partido demócrata alemán, al objeto de que hubiera un grupo intermedio entre católicos por un lado y socialistas y comunistas por otro.

A pesar de todo esto, terminé mis estudios de derecho un año antes de lo que oficialmente me correspondía. Tenía «créditos de veterano», esto es, que me permitían acabar en menos tiempo y me las arreglé para hacerlo no obstante cierta complicación (volví de la guerra con una severa infección de malaria). No me encontraba del todo bien, pero tener que pasar en casa y con fiebre una tarde de cada dos no interfirió demasiado en todo lo demás.

Dispongo de información bastante detallada tanto de las clases a las que asistí como de lo que leí durante ese tiempo, al menos de economía. Cuando comencé mis estudios en la Universidad de Viena, la Facultad de Derecho era muy brillante, pero la economía apenas si estaba representada. Entre los juristas había algunos académicos notables, como Wlassak (derecho romano) y Stooss (penal), algunos profesores brillantes como Bernatzik (quien murió dejando a medias una enciclopédica introducción a las ciencias políticas a la que asistí en mi primer año), y algún que otro excepcional, como Pisko (mercantil) y Loeffler (penal).

Después de varios meses, Friedrich von Wieser, que había sido ministro de Comercio en el último gobierno del Imperio Austriaco, volvió a la cátedra de economía, aunque las relaciones más estrechas con él habrían de esperar a mi último año de universidad y al siguiente en que obtuve mi título. Por entonces se dejó sentir la fuerte pero breve influencia de un hombre joven, Othmar Spann, designado para una segunda cátedra de economía política, que en un primer momento tuvo mucho éxito atrayendo alumnos con su entusiasmo, poco convencionalismo y gran interés por las actividades individuales de cada cual.

No creo que aprendiera mucho de Spann. No, desde luego, en su seminario de metodología, el primero de todos a los que asistí, que me superaba con mucho, pero también, creo, igualmente ininteligible para la mayor parte de los otros participantes. Pero Spann me hizo leer algunos libros buenos, en particular de Carl Menger, a quien no repudiaba entonces tan violentamente como lo haría después, y de su *Fundamente der Volkswirtschaftslehre* saqué un par de ideas útiles sobre el significado de la lógica de la estructura medios-fines en teoría económica. No nos entendimos bien demasiado tiempo, y después de un breve periodo en el que me tuvo por uno de sus favoritos, me expulsó del seminario, con la excusa de que mi incisiva y constante crítica confundía a los miembros más jóvenes.

Q<sub>6</sub>: Mi primera pregunta iba sobre Menger. No quería publicar y, sin embargo, sus ideas tuvieron un impacto enorme. ¿Cuál era su característica como profesor, o personal, que hacía que sus ideas se extendieran tanto aun escribiendo tan poco?

Hayek: Es una pregunta que yo también me he hecho a menudo. Apenas conocía a Menger. Sólo le vi una vez, cuando él tenía unos ochenta años, retirado desde hacía tiempo, marchando en una procesión académica. Y lo gracioso de la historia es que,

cuando más tarde escribí un ensayo biográfico sobre él, al editar sus obras, hay una única frase basada en mi propia experiencia y es la única equivocada. Como su figura resultaba impresionante, le describí como una persona alta, y posteriormente todos me dijeron que yo estaba equivocado y que era de una altura media. ¡Era una figura tan impresionante que después de verle le describí como un hombre alto!

Ahora bien, en su seminario, cuando se retiró, había un pequeño grupo de gente muy inteligente (antiguos alumnos, que ocupaban ya puestos de responsabilidad) que se reunía regularmente en un café, una especie de «Círculo de Menger», que tuvo su mejor momento durante el último tercio del siglo pasado. Retirado Menger en 1903, a principios de siglo quedaba ya poco de él. Durante la I Guerra Mundial falleció también la figura personal más importante entre sus estudiantes, Böhm-Bawerk, así como el gran expositor de manuales Philippovich. Incluso un tercer hombre, Friedrich von Wieser, que posteriormente sería profesor mío, había abandonado temporalmente la universidad, por lo que cuando volví de la guerra en 1918 no impartía docencia ninguno de los tres grandes profesores. Aunque Wieser habría de volver más tarde, la asignatura de economía, temporalmente y sin dejar de resultar curioso, quedó entretanto a cargo de un historiador de la economía que era socialista y que posteriormente fundaría el famoso Instituto Marxista-Freudiano de Investigación Social de Frankfurt.

Q<sub>6</sub>: ¿A quién se está refiriendo?

Hayek: Se llamaba Karl Grünberg. Con posterioridad, quienes estaban en el Instituto de Frankfurt se convertirían en las figuras representativas de las tradiciones marxista-freudianas del siglo XIX. Él mismo era un historiador de la economía con inclinaciones en esa dirección, el tipo de director académico de algo que acabaría por convertirse en una institución muy política, completamente irrelevante para nosotros. Luego estaba Wieser, quien volvió y se convirtió en mi profesor.

Q<sub>6</sub>: ¿Se reunían los alumnos con el profesor para tomar un café?

Hayek: En un caso particular que conocía muy bien, la clase a primera hora de la mañana, los estudiantes venían si querían consultar algo con el profesor. Para nosotros, aunque fuera modesto, el café al otro lado de la calle nos parecía un lugar demasiado lujoso, mientras que el Café Viena, donde cabía pasarse el día entero habiendo pagado una sola taza de café, resultaba más atractivo a intelectuales de un nivel ligeramente superior al del estudiante medio. Donde el café nos salía más barato a los estudiantes era en la universidad. Pero el profesor que después de dar su clase volvía a su taza de café invitaba a los otros.

Sospecho, aunque no lo sé, que al igual que los jóvenes que yo conocía, Menger también se encontraría con sus alumnos en el Kaffee Landman. Pero en su caso lo importante era que quienes se reunían regularmente en una especie de círculo para discutir asuntos de política no eran estudiantes, sino antiguos alumnos. Si bien Menger nunca desempeñó un papel activo en la política austriaca, como influencia de fondo y como corazón intelectual de los liberales del diecinueve llegó a ser muy, pero que muy

importante. Y los funcionarios que habían sido alumnos suyos en la década de 1870 volvían con regularidad una vez a la semana en la de los noventa, y a comienzos de siglo, para conversar con él.

Q<sub>6</sub>: ¿Y qué me dice del seminario de Böhm-Bawerk? Hablemos de él.

Hayek: Eso es hablar de otra cosa. El seminario de Böhm-Bawerk era el centro de desarrollo académico. Böhm-Bawerk y Wieser, como advertirá por lo que le digo, eran dos caracteres completamente diferentes. Es muy curioso: siendo exactamente de la misma edad, compañeros de colegio, colegas en la universidad, cuñados, trabajando la misma materia, yendo juntos a la universidad alemana, tenían sin embargo una actitud científica completamente diferente. He escrito un ensayo con el título «Dos clases de mente» que está en parte modelado sobre este contraste. Böhm-Bawerk era maestro absoluto en su materia, sabía la respuesta a cualquier pregunta sobre ella, tenía una idea clara de todo cuanto se hubiera dicho antes.

Q<sub>6</sub>: Y Wieser era el confuso.

Hayek: Por su tendencia a simplificar en orden a evitar ciertas dificultades. Era una persona lenta, pensativa, para quien nada era simple, a quien todo parecía terriblemente difícil, que odiaba discutir de cualquier cosa por sentirse obligado a dar una respuesta rápida. Quería pensar por encima de todo.

Q<sub>6</sub>: Apenas hemos oído hablar de los alumnos de Wieser, y casi siempre se oye hablar de los de Böhm-Bawerk. ¿Hay alguna razón para que sea así?

Hayek: Sí: sus seminarios eran completamente diferentes. Los de Böhm-Bawerk eran enormemente excitantes. Aparte los principales pensadores originales de su propia escuela, asistían también un buen número de socialistas de la época, como Otto Bauer, produciéndose violentas discusiones. Lo que se discutía en el seminario de Böhm-Bawerk se discutía en toda la universidad. El de Wieser era tranquilo, centrado en resolver un problema teórico bien preciso, un papel cuidadosamente preparado, que analizaban en detalle, pero muy ajeno a cualquier tópico de cualquier clase. El seminario de Böhm-Bawerk, que murió en 1914 ó 1915, se terminó antes de la I Guerra Mundial. Sólo conocí el de Wieser, interesante desde el punto de vista teórico, pero nada excitante.

Q<sub>6</sub>: ¿Asistió a ambos seminarios?

Hayek: Yo tenía dieciséis años cuando falleció Böhm-Bawerk. Si le conocí fue por casualidad, porque era amigo de mi abuelo —de mi abuelo materno— y al mismo tiempo profesor en Innsbruck en la década de 1880. En realidad, creo que le gustará saberlo, solían escalar montañas juntos, y aún era posible en esa década hacer primeros ascensos a algunos picos. Antes de que mi padre muriera, solía yo ver a Böhm-Bawerk en su casa, antes incluso de saber lo que significaba la palabra «economía». Era, simplemente, un amigo íntimo de mis padres y abuelos. Después he estado varias veces con su viuda, una amiga maternal de mi madre, quien la llamaba «tía» por los años que

pasaron juntas en Salzburgo.

\* \* \*

Q<sub>5</sub>: ¿Qué es lo que más le influyó de los economistas austriacos?

Hayek: Yo era alumno personal de Wieser, y originalmente fue quien más influyó sobre mí. Realmente sólo conocí a [Ludwig von] Mises una vez terminada la carrera. Pero ahora soy consciente —a diferencia de entonces— de que la influencia decisiva me llegó a través de la lectura de los *Grundsätze* de Menger. De los *Grundsätze*, y también del *Methodenbuch*, aunque no tanto por la metodología cuanto por lo que dice de sociología general. Su idea de la generación espontánea de las instituciones está desarrollada ahí con mucha mayor belleza que en ningún otro libro que conozca.

Es difícil exagerar lo que debo a haber estado conectado, casi desde el comienzo de mi carrera universitaria, a un grupo de contemporáneos pertenecientes a lo mejor de la *intelligentsia* judía de Viena y que demostraron ser mucho mejores que yo en educación literaria y en precocidad general. Por primera vez sentí la influencia sobre mi trabajo de cierta ambición por rivalizar con mis colegas en sus logros. Puesto que por entonces mis intereses de verdad estaban probablemente más ampliamente extendidos que los suyos, me las arreglé no sólo para mantenerme a su altura en mis estudios jurídicos y económicos y ser aceptado como uno de los seis o siete miembros más destacados de varios seminarios, sino también para acabar trabajando mucho más que ellos. Uno de esos pequeños triunfos que me dieron la convicción de poder lograr cuanto en serio me propusiera fue el conseguir finalmente no sólo recuperar el año que había perdido en la escuela, sino adelantarme incluso varias semanas a mis colegas más cercanos en la obtención del título de doctor en derecho.

Me beneficié de ese grupo, quizás incluso más que durante mis años universitarios, en los siguientes, cuando, a propuesta de uno de ellos, J. Herbert von Fürth (con quien me encontraba más ligado que con el resto), continuamos reuniéndonos quincenalmente en grupos de debate. Los otros miembros eran casi todos juristas con fuertes intereses filosóficos, históricos y literarios, de los cuales la mayoría está ahora en América: Max Mintz, Erik Vögelin, Alfred Schutz, Walter Fröhlich, Felix Kaufmann y, de quienes se incorporaron más tarde, Gottfried Haberler, Oskar Morgenstern, Fritz Machlup y Friedrich Engel-Jánosi. En parte era el mismo círculo que también se reunía en el *Privatseminar* de Mises, creo, cuando fui por vez primera admitido en él: otra importante fuente de estímulo.

No fue la menor ganancia que debo a estos amigos judíos o medio judíos de ese periodo, de mentalidad mucho más internacional que la que tenían los de mi propio círculo, que cuanto acontecía en el mundo intelectual francés o inglés les resultara al menos tan familiar como lo que ocurría en el germano-parlante. Me topé así con nombres nuevos para mí, como Bertrand Russell o H.G. Wells, Proust o Croce, hombres

cuyas ideas debían resultar familiares a quien quisiera participar en las conversaciones cotidianas. Mis amigos pertenecían en su mayoría, por supuesto, a la *intelligentsia* progresista, con inclinaciones más o menos socialistas pero con un fundamento general procedente del liberalismo del sigloXIX. Ambiciosos y capaces, habían adquirido en el *Gymnasium*, casi sin excepción, un conocimiento general mucho mayor que el mío, además de dominar lenguas extranjeras y tener un conocimiento superficial de las artes y de la literatura que yo no podía sino envidiar. La lección más importante que aprendí de ellos fue, probablemente, que la genuina devoción a las cosas del espíritu no implica de suyo torpeza en el arte de prosperar en la vida, que un don especial para algo no excusa de aprender el mejor modo de utilizarlo, y que la ignorancia de las oportunidades es no menos resultado de una particular especie de pereza o desdén por una tarea necesaria como de cualquier otra falta de capacidad para hacerse útil. Aunque generalmente procedían de hogares que eran o habían sido más ricos que el mío, y aun cuando sin duda se mantenían unidos juntos en la lucha contra los prejuicios que contra ellos se levantaban, superar este prejuicio suponía para estos hombres enfrentarse a un obstáculo mucho mayor incluso que para un cristiano igualmente capaz de buena familia, para quien todas las puertas estaban abiertas en Viena.

Q<sub>6</sub>: ¿Fue el anti-semitismo lo que impidió a Mises ocupar una cátedra?

Hayek: Sea por favor discreto en este punto, porque toca muchos problemas delicados. El caso es que se piensa comúnmente, y el propio Mises lo afirmó, que nunca obtuvo una cátedra por causa del anti-semitismo. Tiendo a pensar que el asunto no es tan simple, porque media Facultad de Derecho estaba formada por judíos, y el problema de por qué Mises no sacó una cátedra es un tanto peculiar. Mi respuesta a esto creo que nunca ha sido expresada, pero se la diré: para que un judío pudiera sacar una cátedra tenía que ser apoyado por sus colegas judíos. Cualquier judío suficientemente eminente tenía que recibir apoyo, porque sólo los judíos elegidos podían conseguir la cátedra. Pero los judíos que entonces impartían docencia eran todos socialistas, y Mises era anti-socialista, por lo que no podía recibir el apoyo de los suyos. Por tanto, la razón por la que no obtuvo una cátedra no era el anti-semitismo, sino que no gustaba a sus colegas judíos. Es una historia curiosa, que se la cuento con dudas, porque es el tipo de cosas que no cabe demostrar; pero estoy bien seguro de que es correcta.

Lo cierto es que la Viena de los años veinte y treinta resulta ininteligible si se prescinde del problema judío. No era un simple problema de cristianos y judíos, sino de un grupo relativamente amplio que se encontraba entre los dos, formado en parte por judíos bautizados y en parte por cristianos que habían hecho amistad con judíos. Así como se daba un estrecho contacto entre el grupo puramente cristiano y el grupo mixto, y también entre el grupo mixto y el grupo judío, entre los extremos tal contacto no existía. Sólo hace muy poco he sido consciente de esto, cuando se me preguntó por las grandes figuras de Viena que conocí en esa época. Por supuesto, Schrödinger, claro,

cómo no; Wittgenstein también, sí; etcétera. Entonces llegamos a Freud, y a por qué resultaba improbable que le hubiera conocido. ¿Por qué? Pues porque Freud, por pertenecer al grupo realmente judío, estaba más allá de mi círculo de conocidos. Yo tenía muchos conocidos y muy cercanos en el grupo medio, me movía constantemente en él; pero entrar en contacto con alguien del grupo puramente judío era tan improbable que el que se me diga que por ser vienés tenía que haber conocido a Freud me parece un absurdo.

Q<sub>6</sub>: ¿No fue el propio Freud *Privatdozent* durante muchos años? ¿Ocupó alguna vez alguna plaza en la universidad?

Hayek: Nunca. Tanto Mises como Freud tenían el título de «Professor», pero nada más que el título. Eran *Privatdozenten*, tenían licencia para la docencia y se les llamaba «Professor», pero nunca recibieron un penique de la universidad.

Q<sub>6</sub>: ¿Puede relatarnos algo de su relación con su primo Ludwig Wittgenstein?

Hayek: No puedo decir que le conociera bien, pero por supuesto que le conocí durante un periodo más largo que nadie aún [en 1983] con vida. Mi primer recuerdo se remonta a un día de permiso con licencia para dejar el frente, en la estación de tren de Bad Ischl [Austria]; dos jóvenes alféreces del cuerpo de artillería, en uniforme, se miran uno a otro, diciendo «Tu cara me resulta familiar», y preguntándose respectivamente «¿No eres un Wittgenstein?» y «¿No eres un Hayek?». Sé ahora, pero no lo sabía entonces, que en ese momento, de regreso del frente, Wittgenstein debía de llevar el manuscrito del *Tractatus* en su mochila. Muchas de las características mentales del hombre ya estaban presentes, como pude advertir en ese viaje nocturno de Bad Ischl a Innsbruck, con ocasión de su desagrado ante la ruidosa multitud de jóvenes oficiales medio borrachos que se hallaban de regreso: lo que sentía era cierto desprecio por el mundo.

Tardé mucho tiempo en volver a verle, pero oía de él a través de su hermana mayor, que era muy amiga de mi madre. Eran primas segundas, y ella solía venir con frecuencia a casa. Constantemente corrían pequeños rumores sobre este joven loco, pero su hermana siempre le defendía con energía, y así es como yo tenía noticias acerca de él.

Llegaría a conocerle mucho después en Cambridge. Allí nos encontramos antes de la guerra, y allí le vi en el periodo final de la misma, cuando regresó, sin llegar nunca a hablar de filosofía. Me impresionó mucho su personalidad. La última discusión que mantuvimos fue sobre política. Ambos regresábamos de Viena, pero yo había hecho etapa en Basilea y entré en un coche-cama a medianoche: mi compañero de coche resultó ser él. La primera parte de la mañana siguiente, una vez terminada su historia de detectives, la pasamos entera hablando de Viena y de los rusos en Viena, lo que nos llevó a la filosofía y a los problemas éticos: estaba amargamente decepcionado por lo que había visto de los rusos. Justo cuando la conversación se estaba poniendo interesante llegamos al puerto del ferry y, aunque Wittgenstein dijera «Tenemos que seguir esta conversación», al parecer lamentaba haber tenido que salir de su

ensimismamiento, porque no hubo modo de dar con él en el barco y ya no le volví a ver nunca más.

Wittgenstein era judío en un setenta y cinco por ciento, de familia plenamente establecida en la sociedad vienesa, como sabrá. El problema judío en Viena se agudizó sólo a resultas de la emigración desde Polonia. Existía una población judía en parte de origen local y en parte de origen húngaro o bohemio asentada desde antiguo en Viena, perfectamente aceptada e integrada. El anti-semitismo violento apareció cuando inmigraron judíos polacos muy primitivos, pobres, ya antes de la guerra, y durante la misma huyendo en parte de los rusos. Viena se llenó de un tipo de judío desconocido hasta entonces, con *kipá* y largas barbas, que no habíamos visto antes. Fue contra ellos contra quienes se levantó el anti-semitismo.

Q<sub>6</sub>: ¿Eso fue durante los años veinte o treinta?

Hayek: Todavía estábamos en la Gran Guerra cuando inmigraron. El anti-semitismo se desarrolló durante los años veinte y treinta, pero la inmigración tuvo lugar durante la I Guerra Mundial.

Q<sub>6</sub>: Así que usted se consideraba dentro de este grupo mixto...

Hayek: Mi familia no, mi familia estaba en el grupo puramente cristiano. Yo entré en el grupo mixto en el contexto de la universidad. Y debo confesar que hay algunas cosas de mis amigos judíos que me molestaban de veras. Lo peor era que no me dejaran hablar de cosas judías; de eso hablaban ya ellos sin parar. Incluso el tema de si alguien tenía acento judío o no se discutía continuamente; si yo hubiera dicho una sola palabra al respecto se habrían sentido muy molestos.

Se especulaba bastante entre la comunidad judía de Viena [sobre si mi familia era judía]. Una cosa me asombraba: mi hermano menor Heinz, que en todo lo demás tenía un rostro que podía ser menos judío que el mío, sin embargo tenía el pelo oscuro, negro; y sucedió que en uno de los veranos que pasé en la casa de la Selva Negra casualmente escuché una conversación en el círculo judío, al llegar mi hermano, en el sentido de que pensaban que parecía judío.

Mi propia curiosidad al respecto me hizo dedicar bastante tiempo a indagar entre mis antepasados. Tengo toda la información referente a cinco generaciones anteriores a la mía en todas las direcciones posibles y, puesto que casualmente todos ellos resultan ser primogénitos, existe mayor certeza de que sus padres son sus padres. Tan lejos como puedo remontarme, evidentemente no tengo ningún antepasado judío.

Se suponía que yo había de estudiar derecho, y que economía no era sino una asignatura en uno de los tres exámenes relevantes para la prueba final (de doctorado). Sin embargo, y aunque no sólo aprobé la mayoría de los exámenes con buenas calificaciones, sino que también logré el título en tres años (en noviembre de 1921) en lugar de en los cuatro habituales (aprovechando la ventaja de un privilegio concedido a los veteranos de guerra), mis intereses principales se hallaban divididos entre la psicología y la economía, y más tarde centrados principalmente en la segunda.

Antes de seguir añadiré algo sobre mi breve pero intensa ocupación en cuestiones de psicología fisiológica, que absorbió gran parte de mis energías entre 1919 y 1920. Mi interés por el tema se despertó sobre todo a raíz de la lectura de Ernst Mach, entonces de moda entre la generación inmediatamente mayor a la mía. Fue al leer sus escritos filosóficos cuando alumbré la idea que en vano traté de explicar en 1920 en un breve ensayo, que sería finalmente publicado treinta y dos años más tarde en *The Sensory Order*. Tuve entonces que adquirir mis conocimientos de psicología prácticamente por mi cuenta, puesto que la única persona en la facultad interesada algo por estos temas, el filósofo Adolf Stöhr (un hombre bastante interesante), se encontraba ya mortalmente enfermo y era de difícil acceso. Tanto él como el filósofo alemán Alois Riehl, cuya obra me había impresionado grandemente y a quien había enviado una primera versión de mi ensayo, me animaron lo suficiente como para hacerme perseverar en el esfuerzo. El esquema del ensayo lo dejé a un lado en septiembre de 1920, cuando inicié un esfuerzo sistemático para preparar el examen más importante de derecho. Entonces pensé que sería por poco tiempo, pero el hecho es que no volví a ocuparme en serio de estos asuntos hasta aproximadamente el año 1946.

Estrictamente hablando, sólo dediqué un año académico (1920-21) al estudio intenso del derecho moderno. Aunque haya dejado cierta impresión en mi mente, el conocimiento legal que retengo se debe más al curso de tres semestres que hice de historia del derecho, en especial de derecho romano, que al año que pasé empollando para ese examen. Tan pronto como lo aprobé me volví hacia la economía, a la que dedicaba el tiempo libre que me dejaba un trabajo que había aceptado incluso antes de hacer el último examen.

Un momento decisivo en mi iniciación en la teoría económica, quizás la ocasión que me hizo ver de qué iba todo el asunto, fue cuando, en algún momento durante mi primer año en la universidad, alguien me presentó a un grupo de partidarios del «impuesto único» [*Bodenreformers*] (la versión alemana de la escuela de Henry George, dirigida por Damaschke) y me convencieron para que leyera ante ellos un trabajo sobre la teoría ricardiana de la renta. Si bien el tema me fascinó a la primera, mi entusiasmo por la propuesta del impuesto único se terminó ahí mismo. No recuerdo qué fallos les señalé, porque aún me parece la propuesta teóricamente más defendible de todas las socialistas, inviable únicamente por la imposibilidad fáctica de distinguir entre la potencia original y permanente del suelo y los diferentes tipos de mejoras.

Durante mis tres años en la universidad (además de pasar unos días en Munich) tuve dos oportunidades de visitar otros países: una visita de entre seis y ocho semanas a Zurich en el invierno de 1919-1920 (cuando se cerró la Universidad de Viena por falta de fuel para calefacción) y otra de tres o cuatro semanas en una casa de campo en Noruega (en el interior, cerca de Hamar, en el lago Mjösen) entre finales de agosto y septiembre de 1920. Ambas fueron posibles gracias a sendas invitaciones cursadas por los colegas botánicos de mi padre, quienes, como parte de un esfuerzo general en favor

de los desnutridos niños alemanes y austriacos, querían ayudar al hijo de un amigo que acababa de regresar de la guerra y que no sólo necesitaba una buena alimentación sino que también sufría de malaria (enfermedad de la que en verdad parece haberme curado definitivamente esa visita a Noruega).

Desde el punto de vista intelectual, la visita a Zurich fue bastante importante para mí. Además de las clases de Fritz Fleiner sobre derecho canónico (entre las más brillantes que jamás haya oído en la universidad), el efecto más duradero de mi asistencia a clase como oyente en la Universidad de Zurich lo produjo un joven profesor que disertó con cierta amplitud sobre un nuevo libro (*Erkenntnislehre*) de cierto autor, la pronunciación suiza de cuyo nombre me hizo creer que se llamaba «Moritschlick»—y cuyo libro fui por tanto incapaz de encontrar durante un tiempo— pero que nada más volver a Viena descubrí que era idéntico al del recién nombrado profesor de filosofía Moritz Schlick, el primero en persuadirme de que la filosofía podía tener sentido, lo que hasta entonces sólo había encontrado en las obras de Ernst Mach. Trabajé durante algunas semanas en el laboratorio del neuroanatomista von Monakow, trazando la trayectoria de haces de fibras nerviosas a través de las diferentes partes del cerebro humano. Por lo demás, Zurich en 1919-20 me dio una primera idea de lo que podía ser una sociedad «normal» en el periodo postbélico, ya que Viena aún se debatía entre los estertores de la inflación y el hambre.

Una de las razones por las que me apresuré un poco para obtener mi título era que esperaba poder pasar un año más en una universidad alemana antes de empezar a trabajar. Max Weber había enseñado en Viena durante el año que yo pasé luchando en Italia, y cuando volví al año siguiente, en la universidad no se hablaba de otra cosa que de ese gran hombre. De hecho, obtuve una semipromesa de mi padre de que después de obtener el título en Viena podría irme un año a Munich. Max Weber, empero, murió antes de que llegara tal momento, y por otra parte las últimas etapas de la inflación austriaca habrían hecho en todo caso completamente imposible que mi padre hubiera podido pagar el coste de un año de estudio en Alemania. En consecuencia, tras unas largas vacaciones estivales, comencé en 1921 a buscar trabajo, y a finales de octubre, inmediatamente después de aprobar el último examen e incluso antes de recibir el título, comencé a trabajar en la oficina del gobierno para la que Wieser me había recomendado y de la cual Mises era uno de los directores. La oficina, una agencia temporal establecida para desarrollar ciertas cláusulas financieras del tratado de paz, se conocía como *Abrechnungsamt* [Oficina de Cuentas].

Después de entrar en la *Abrechnungsamt* me volví a matricular en la universidad para la colación del grado de *doctor rerum politicarum*, y en el verano de 1922 comencé a trabajar en una tesis sobre la teoría de la imputación, por la cual recibí mi segundo título en febrero o marzo de 1923, justo antes de marcharme a América. Aunque aprendí bastante con el trabajo y de hecho el artículo sobre *Zurechnung* [imputación de valor] que salió de él es un trabajo bastante respetable, confío en que no

haya sobrevivido ninguna copia de la tesis. (Sólo existían unas pocas copias mecanografiadas, y tengo entendido que la Biblioteca de la Universidad de Viena no consigue localizar la copia que debería tener a disposición del público.)

Mi primera visita a los Estados Unidos, de marzo de 1923 a mayo de 1924, la hice por mi cuenta y riesgo, antes de que estuvieran al alcance de los estudiantes de Europa Central becas como la Rockefeller o similares. Tenía la convicción de que cierto conocimiento de los Estados Unidos era indispensable para un economista, y la oportunidad se me presentó en la primavera de 1922, cuando me encontré en Viena con el profesor Jeremiah W. Jenks de New York University. Cuando le expresé mi deseo, me dijo que estaba planeando escribir al año siguiente un libro sobre Europa Central y que, si me las arreglaba para ir a Nueva York, me contrataría durante unos meses como ayudante de investigación.

Me las arreglé no sé cómo, entre el final de la inflación en el verano de 1922 y comienzos de 1923, para ahorrar lo suficiente para un pasaje sólo de ida a Nueva York, y llegué allí con apenas 20 dólares en el bolsillo sólo para encontrarme con que el profesor Jenks estaba de vacaciones y había cursado instrucciones de que no se le molestara. Después de enseñar a varios economistas las cartas de presentación que me había dado Schumpeter (a quien yo había acudido a tal propósito como presidente que era del Biederman Bank, que quebraría poco después), y sin que éstos me ofrecieran alternativas, comencé a buscar trabajo con esperanzas cada vez menores de encontrarlo.

Con un muy escaso conocimiento de inglés y en un momento de recesión comercial, mis perspectivas de encontrar trabajo eran muy reducidas. Después de un par de semanas buscando y con mis ahorros ya agotados, fui finalmente admitido como lavaplatos en un restaurante de la Sexta Avenida, donde nunca llegué a comenzar porque, una hora antes de que tuviera que presentarme allí, me llegó una llamada telefónica diciendo que el profesor Jenks había regresado y quería contratarme. Trabajé para él casi seis meses cobrando 100 dólares al mes, viviendo con 60 y ahorrando el resto hasta tener suficiente para el billete de regreso a Europa. Después me consiguió Jenks una pequeña beca en la Universidad de Nueva York destinada a cubrir poco más que los gastos de matrícula, pero con la que me las arreglé para vivir otros nueve meses (alojándome en una Y.M.C.A.).

Aunque oficialmente matriculado en New York University, donde había comenzado una tesis doctoral dirigida por J.D. Magee, hice buen negocio colándome de gorra en varias clases impartidas en Columbia University, especialmente en la de W.C. Mitchell sobre historia de la economía, así como en el último seminario de J.B. Clark, siendo mi ensayo el último que en él se leyera.

Durante los primeros seis meses en Nueva York dediqué el tiempo libre que me dejaba el trabajo para Jenks en la New York Public Library para transformar mi tesis de Viena sobre la imputación del valor en un artículo que —me había dado a entender Wieser— podría servir para el *Handwörterbuch der Staatswissenschaften*, pero que

acabaría apareciendo finalmente en los *Jahrbücher* de Conrad. La verdad es que estaba ya un poco harto de los temas sobre los que había estado trabajando en Viena el año anterior o así, como la teoría del valor subjetivo o el problema del cálculo económico bajo el socialismo, y andaba buscando un tema descriptivo al que dedicar mi visita a América. (Las universidades americanas me parecieron un tanto decepcionantes en el campo de la teoría pura, si bien encontré muchas cosas nuevas en las técnicas recién desarrolladas para el análisis estadístico de series temporales en economía.) Pronto comencé a recoger material para un libro sobre la evolución del Sistema de la Reserva Federal que pretendía escribir de vuelta en Viena, pero cuanto de ello salió fue un artículo publicado en varias partes en el *Zeitschrift für Volkswirtschaft* sobre la política monetaria estadounidense reciente, y una conferencia sobre el sistema de la Reserva Federal que apareció en el *Österreichische Volkswirt* [«Die Währungspolitik der Vereinigten Staaten seit der Überwindung der Krise von 1920»y«Das amerikanische Bankwesen seit der Reform von 1914»].

Una vez finalizado mi trabajo para Jenks, y después de que éste me consiguiera la beca en la Universidad de Nueva York, trabajé durante un tiempo para Willard Thorp recopilando el material correspondiente a Centroeuro (Alemania, Austria e Italia) para sus *Business Annals*, una ocupación que me enseñó mucho sobre historia de las fluctuaciones económicas y sobre técnicas para aprovechar los recursos que ofrecen las bibliotecas. Thorp y B.H. Beckhart (quien trabajaba en la misma mesa que yo en la sala de investigación económica de la biblioteca pública de Nueva York, en su libro sobre la política de descuento del Sistema de la Reserva Federal) se convirtieron en mis compañeros más habituales; mejor dicho, en las únicas personas a las que vi con frecuencia y por medio de las cuales establecí contacto con otros economistas jóvenes.

Había confiado en poder prolongar mi estancia en los Estados Unidos durante otro año gracias a una beca Rockefeller para la cual había sido propuesto como primer candidato austriaco por Wieser, pero la notificación de su concesión llegó a Nueva York pocas horas después de que yo hubiera emprendido mi viaje de regreso a Viena, viaje que la falta de fondos había tornado inaplazable. La noticia me llegó ya en Viena, pero me pilló desganado e incapaz de aceptarla de inmediato, a la vista de mi trabajo, y confié en poder hacer uso de ella algunos años más tarde. Antes de que eso fuera posible, me casé, además de aceptar otro trabajo que me ligaba a Viena, por lo que de hecho no volvería a visitar los Estados Unidos hasta 1945.

Q<sub>6</sub>: ¿Puede recordar las circunstancias que le condujeron a trabajar con Mises?

Hayek: Cuando me gradué en 1921 existía en Viena una nueva agencia temporal con el encargo de desarrollar ciertas cláusulas del tratado de paz de 1918; en concreto, saldar las deudas privadas pendientes entre naciones desde antes de la guerra. Mises, en representación de la Cámara de Comercio, era uno de sus directores. Resultaba una institución muy atractiva para la gente joven, porque si uno había estudiado derecho y hablaba dos lenguas extranjeras podía en esas circunstancias conseguir un puesto mucho

mejor remunerado. Fui uno de esos afortunados y me acerqué a Mises —esto lo digo *off the record*, sólo para su regocijo— con una carta de presentación en la que Wieser me recomendaba para el puesto. Y Mises —aún le veo ante mí, leyéndola y mirándome— dijo: «Wieser dice que es usted un joven economista muy prometedor. Nunca le he visto asistir a mis clases.» Con todo, me dio el trabajo y pasé los siguientes cinco años (con la interrupción de mi visita a América) trabajando bajo su dirección, y después volví de América con nuevas ideas sobre grandes predicciones, el tipo de cosas que el barómetro económico de Harvard había realizado en los años veinte. Mises me ayudó a crear en el mismo edificio un instituto para emprender ese tipo de investigación.

Q<sub>6</sub>: ¿En qué año fue eso?

Hayek: En la segunda mitad de los años veinte. Durante la primera mitad trabajé con él en esa agencia, y desde 1927 a 1931 exactamente, hasta que me fui a Londres, actué como organizador del instituto, comenzando primero conmigo y el secretario y gradualmente expandiéndolo, metiendo a Morgenstern como colaborador personal, siendo él quien me sucedería en el cargo.

La agencia se ocupaba de saldar ciertas deudas privadas entre dos países que quedaron bloqueados por el estallido de la guerra, deudas que habían estado pendientes por pagar durante cinco años, con cláusulas extremadamente complicadas a causa de los cambios de divisas y demás... Para entonces yo había regresado de América; hablaba un francés bastante bueno y sabía algo de italiano, aprendido durante la guerra. Las tres lenguas extranjeras, más derecho, más economía, me cualificaban para lo que era un trabajo comparativamente bien pagado. Bien pagado para una agencia estatal, porque era un puesto temporal: yo no era un funcionario regular sino un funcionario eventual, con un salario mucho más elevado del que me hubiera correspondido en otro caso. Por tanto, era un puesto muy atractivo, incluso si Mises no hubiera sido mi director oficial.

He de añadir aquí un par de cosas sobre mi peculiar relación con Ludwig von Mises, de quien con posterioridad he aprendido probablemente más que de ningún otro hombre, pero quien en sentido convencional nunca fue mi profesor. Creo que mientras fui estudiante sólo en una ocasión asistí a una clase suya, y que me desagradó. Cuanto recuerdo con claridad es que cuando en 1921 tuve que apelar a Mises para solicitar un puesto en la agencia estatal de la que él era entonces uno de sus directores, equipado con una carta de presentación muy amable redactada por Wieser en la que éste me describía como uno de los economistas jóvenes más prometedores, yo sólo tenía una vaga idea de la persona que me esperaba encontrar, pero que era completamente desconocido para Mises, quien recibió (y aceptó) al candidato, a quien nunca había visto en la universidad, con un educado escepticismo.

Nuestro contacto se estrechó rápidamente una vez contratado en la agencia, siendo Mises la persona de cuya relación sin duda más me beneficié durante los ocho años siguientes, no sólo por vía de estimulación intelectual, sino también por el modo en que

directamente me ayudó en mi carrera. Funcionario (eventual) nada convencional, pronto me abrió nuevas oportunidades al asignarme trabajos de responsabilidad para los cuales se solía contratar personas mucho mayores que yo. Y cuando, tan sólo un año y medio más tarde [en 1923], decidí que quería irme a América a ampliar estudios, fue él quien me allanó el camino, no sólo consiguiéndome la necesaria licencia para ausentarme, sino también condiciones financieras tan favorables como para hacer factible mi plan.

A mi vuelta me uní al *Privatseminar* que celebraba por la tarde en su oficina y que me parece llevaba cierto tiempo reuniéndose ya antes de que yo me marchara. Durante los años veinte fue el centro de discusión económica con mucho más importante de Viena, proporcionando también el núcleo del que saldría la nueva *Nationalökonomische Gesellschaft* [Sociedad Económica Nacional], que puse a funcionar de nuevo un poco más tarde, después de haber estado inoperativa algunos años, en parte con la intención de cerrar la creciente separación entre Mises y su grupo y el grupo que tenía Hans Mayer en la universidad.

Es también a Mises a quien debo la creación del Instituto Austriaco para la Investigación del Ciclo Económico, concebido por él, me parece, con el propósito de abrirme posibilidades una vez fallido su intento de hacerme sitio como asesor científico en la Cámara de Comercio, donde tenía su principal puesto de trabajo (con la intención de organizar allí, bajo su dirección, una división de investigación económica). Llegó en el momento más oportuno. Me había casado en el verano de 1926, y mi posición como funcionario eventual en la *Abrechnungsamt*, donde también trabajaba mi esposa, no era satisfactoria ni desde consideraciones de ingresos ni desde las de perspectivas de mejora. Ni siquiera me dejaba mucho tiempo libre, y difícilmente podría haber seguido mis estudios a la vez que hacía mi trabajo de oficina al ritmo en que lo había hecho hasta entonces.

Si bien la idea del instituto surgió de las conversaciones que mantuve con Mises sobre la investigación económica que había visto hacer en América, y si bien me confió la redacción de los diferentes informes y de los detalles de la organización, fue él quien se encargó de persuadir a las distintas oficinas estatales y organizaciones comerciales, etc., de que proporcionaran los fondos necesarios y me pusieran al frente de todo. Una vez establecido [el instituto] (el 1 de enero de 1927), Mises continuó proporcionándome cuanta ayuda fue precisa, pero me dejó las manos completamente libres para dirigir en la práctica los asuntos como mejor me pareciera.

Q<sub>6</sub>: Usted vio, al menos, la gran inflación alemana. ¿Participó en ella Austria?

Hayek: Nosotros la tuvimos antes: la inflación austriaca comenzó casi inmediatamente después de la guerra. En mi primer trabajo bajo la dirección de Mises, en octubre de 1921, percibí un salario de 5.000 coronas viejas. Al mes siguiente tenían que pagarme tres veces esa cantidad para tener de qué vivir, y en julio el sueldo era ya de un millón de coronas. Por tanto, mis primeros diez meses de ejercicio profesional se

desarrollaron durante lo que entonces ya se consideraba una inflación enorme, aunque los alemanes tuvieran, dos o tres años más tarde, una inflación mucho mayor. Por entonces, la depreciación de una moneda hasta el punto de que la unidad fuera el millón constituía un fenómeno desconocido. Después de la reforma, la nueva unidad representaba diez mil unidades antiguas, y eso se consideraba entonces una gran inflación.

Cuando apareció la inflación alemana, nosotros sabíamos todo lo que había que saber. Mises fue el único en enseñarnos el mecanismo de su desarrollo, él era el gran experto monetario. Su libro sobre el socialismo aún no había aparecido, sólo el primer ensayo sobre el cálculo [socialista]. Hubo un momento (esto lo sé por conversaciones privadas, se lo digo para su información) en que Mises tuvo en su cajón todos los documentos que le habrían permitido ocupar el Ministerio de Finanzas de haber sido convocado para estabilizar la moneda, algo que él deseaba ocurriese. Pero —uno de los mayores desengaños de su vida— nunca fue llamado. Finalmente, advirtiendo que era políticamente imposible, trató con la comisión de la Liga de las Naciones, que había sido enviada a Viena para hacerse cargo de las finanzas. En qué medida aconsejó al comisario de la Liga lo ignoro, pero sospecho que, aun no interviniendo en ella oficialmente para nada, en realidad la última estabilización se hizo siguiendo sus consejos.

Q<sub>6</sub>: ¿Los de Mises?

Hayek: Era la única persona en Viena capaz de ello.

Q<sub>6</sub>: Existe una historia, quizás apócrifa, según la cual se preguntó a Mises durante esta inflación cómo detenerla. Y dijo: «Reúnase conmigo a las doce en punto en este edificio.» Y a las doce del mediodía se encontraron en la fábrica de moneda, donde se imprimía el dinero. Cuando le preguntaron: «¿Cómo podemos parar la inflación?», Mises respondió: «¿Oyen ese ruido? Pues acaben con él.»

\* \* \*

Q<sub>6</sub>: ¿Puede decirnos algo del seminario de Mises?

Hayek: El despacho de Mises era el lugar del así llamado seminario privado que se celebraba en la Cámara de Comercio durante el año académico dos veces al mes.

Q<sub>6</sub>: Eso es significativo. ¿Dice usted que Mises enseñaba fuera de la universidad, que sus alumnos no recibían créditos por esta enseñanza superior?

Hayek: Nada, era un simple club de debate.

Q<sub>6</sub>: ¿Qué personas sabe usted que asistían, que usted recuerde o que haya oído hablar de que asistieran, que nosotros conozcamos o que tengan alguna importancia para nosotros?

Hayek: Primero, la gente de una generación intermedia, entre la de Mises y la mía,

estaba aún en el seminario de Böhm-Bawerk. Un hombre llamado Strigl, Richard [von] Strigl, que todos esperábamos consiguiera la cátedra, pero que murió joven, y otro llamado Schams. Después viene mi generación, de la que soy por poco el mayor, aunque tenga una coetánea, una dama de nombre Stefanie Browne. Ahora lo escribe en inglés, aunque solía ser «Braun» cuando la conocí en Austria. Me parece que es la única superviviente de mi misma edad. Solía asistir otra mujer de la misma edad, secretaria de la asociación de banqueros, Lena Lieser, quien murió hace muchos años. Luego viene Haberler, sólo un año menor que yo. Después, por mencionar primero a las figuras más conocidas, Machlup, dos años más joven que yo; Morgenstern, que está en Princeton... En fin, podría decirse que en total hasta veinte personas, de las cuales se reunían regularmente unas doce, dos veces al mes, en el despacho de Mises en la Cámara de Comercio, sin conexión formal alguna con la universidad. Todos antiguos estudiantes universitarios, debatían, según creo, más cuestiones de metodología científica que problemas particulares. Incluso aunque se hubiera iniciado con un problema muy concreto de actualidad, rápidamente se desencadenaba el conflicto entre los diferentes grupos de economistas.

Posteriormente, a principios de los treinta, durante los últimos cuatro años en que aún se celebró, el seminario llegó a convertirse en notable foco de atracción para los estudiantes extranjeros. Eso fue después de que yo me fuera. No lo recuerdo, pero sé que durante esos años solían venir estudiantes franceses, ingleses y americanos a pasar un trimestre e intervenir en las discusiones sobre asuntos económicos. Durante los años finales de la Escuela Austriaca en Austria ese seminario no sólo fue el centro de la Escuela Austriaca misma, sino que atrajo también a estudiantes de todo el mundo que se incorporaron a la discusión. Eso lo sé sobre todo de oído, porque fui el primero de todos en dejar Viena, antes de que comenzara cualquier tipo de emigración. Yo nunca imaginé que estaba emigrando: si a la edad de treinta y dos años te ofrecen un puesto de enseñanza en la Universidad de Londres, pues lo aceptas. Se trataba simplemente del primer paso decisivo en mi carrera académica: yo nunca pensé que me estuviera yendo de Austria. Fue el mundo el que me impidió regresar después.

Q<sub>6</sub>: Su interpretación de la economía austriaca, sin embargo, dejó de ser la de Mises.

Hayek: Vayamos al punto crucial. Sólo ahora veo claro el problema de mi relación con Mises, que comenzó con mi artículo de 1937 sobre la economía del conocimiento, un intento de persuadir al propio Mises de que erraba al afirmar que la teoría del mercado era un *a priori*; que lo que era un *a priori* era sólo la lógica de la acción individual, pero que en el momento en que pasabas de ésta a la interacción de muchos individuos entrabas en el campo empírico. Curiosamente, aunque Mises llevaba muy mal que le criticaran sus alumnos y temporalmente rompería por este motivo tanto con Machlup como con Haberler, mi crítica la encajó en silencio, e incluso aprobó el artículo como si no fuera consciente de que representaba una crítica a sus propias ideas. No puedo explicarlo. Pero mis ideas han llegado mucho más lejos. Me parece

que incluso puedo explicar ahora por qué no ha sido realmente efectivo lo que admito es una crítica magistral de Mises al socialismo. A saber, porque Mises seguía siendo él mismo un racionalista-utilitarista, y es imposible rechazar el socialismo desde tal posición.

El capitalismo supone que además de nuestra capacidad racional poseemos una dotación tradicional de costumbres morales, evolutivamente probadas y no diseñadas por nuestra inteligencia. Nunca inventamos la propiedad privada porque hubiéramos comprendido sus consecuencias, ni tampoco la familia. Ocurre que estas tradiciones son esencialmente una tradición religiosa; siendo tan agnóstico como Mises, debo admitir que estas dos tradiciones decisivas que nos permiten construir un orden que extiende nuestra visión no puede ser resultado de nuestra capacidad intelectual, sino que ha de serlo de una tradición moral, que ahora digo resulta de una selección de grupo y no de individuos, algo que podemos interpretar *ex post*. Pero el postulado de Mises —que si somos estrictamente racionales y decidimos todas las bases, cabe advertir la equivocación del socialismo— es un error. Si seguimos siendo racionalistas estrictos, utilitaristas, eso implica que podemos manejar u organizar cualquier cosa a voluntad. Por eso no pudo nunca Mises librarse de esa filosofía fundamental, en la que todos hemos crecido, según la cual la razón puede hacerlo todo mejor que el hábito. Jamás consiguió librarse de ella. En este sentido, aunque acepto casi toda su crítica al socialismo, comprendo por qué ésta no ha sido del todo efectiva, y es que en su caso se basaba todavía en el error fundamental del racionalismo y el socialismo, a saber, que tenemos poder intelectual suficiente para organizarlo todo racionalmente, lo que entra en conflicto con su declaración en cierto lugar donde dice que no podemos, y con otra en que —siendo gente racional— debemos intentarlo.



## Segunda Parte

### *Londres*

Poco antes de ser invitado a Londres como profesor visitante había comentado a mi mujer, un poco medio en broma, que de poder planear mi carrera me gustaría ir primero a Londres como profesor, volver a Viena unos años más tarde —primero como profesor y después como presidente del *Nationalbank* de Austria— y, terminado mi trabajo activo como académico o administrador, volver finalmente a Londres como ministro austriaco. Salvo por el primer paso (que era el más improbable y sin embargo el único que se haría realidad), no se trataba en absoluto de una aspiración poco razonable en las circunstancias de entonces, y me habría proporcionado el tipo de vida que habría encontrado más satisfactorio, entre el trabajo puramente académico y el ejercicio de una labor pública, aunque de seguro habría añorado a veces la mayor reclusión de una vida puramente académica. Que de hecho acabara llevando la vida de un académico casi puro no se debió del todo a cuestión de inclinación por mi parte, y ciertamente no habría sido así de haberme quedado en Austria. Transportado a un ambiente completamente diferente, sin embargo, mi conocimiento de los hechos inevitablemente resultaba tan inferior al de mis colegas que me vi empujado más allá de mi preferencia hacia un campo puramente teórico y literario.

Entiendo que la invitación original a pronunciar cuatro conferencias sobre teoría económica en la London School of Economics la debo a la impresión que mi ensayo «La paradoja del ahorro» [1931] causó sobre Lionel Robbins, designado poco antes para una cátedra allí y de edad muy parecida a la mía y, durante mis años en Londres, mi amigo más íntimo. Fui muy afortunado con el momento en que me llegó la invitación. Acababa de tener una idea sobre el mecanismo de los ciclos económicos que pude poner rápidamente por escrito bajo el impulso de la excitación inicial, haciendo al mismo tiempo uso de los resultados de unos estudios sobre historia de las ideas que me habían ocupado por algún tiempo. Aunque mi inglés no era aún adecuado para la tarea (la versión publicada de *Prices and Production* [1931] fue ampliamente revisada por Robbins), las conferencias tuvieron notable éxito, particularmente cuando me alejaba del manuscrito que había preparado. Esto condujo a una oferta como profesor visitante para el curso 1931-32, que a su vez fue seguida de mi designación normal para la Tooke Professorship of Economic Science and Studies, que ocupé desde 1932 hasta el final de 1949.

Q<sub>6</sub>: Lo que quisiera saber es por qué, habiéndolo sido usted, no fue Mises invitado como profesor a la London School of Economics. ¿Es que no sabía inglés?

Hayek: Por entonces, 1931, Mises era aún una figura relativamente pequeña y confinada a un campo particular. Había hecho dos cosas: una teoría del dinero y una crítica del socialismo. Su mejor obra, el ensayo filosófico que le consagró como gran filósofo social, no se publicaría hasta 1938 y únicamente en alemán, habiendo la versión americana de esperar a los años cuarenta. A comienzos de los años treinta, con todo, Mises era conocido internacionalmente —en la medida en que lo era, que tampoco era mucho— por gente como Robbins como alguien que había realizado una contribución significativa a la teoría del dinero desarrollando ideas de Menger y también muy efectivamente su crítica del socialismo.

Yo había hecho algo que ningún otro había hecho. Antes del comienzo de las becas Rockefeller en 1923 me vine a América por mi cuenta y riesgo y pasé aquí quince meses, por lo que hablaba inglés con cierta fluidez. Eso lo primero. Pero aún hay más. Eso era la precondition. Mises difícilmente podría haber dispuesto de ese tiempo, y desde luego ninguno de mis otros colegas. Además, mientras estuve en América dediqué mucho tiempo a criticar el peculiar tipo de análisis del subconsumo —muy similar al que posteriormente realizaría Keynes— que aquí hacían Foster y Catchings; no sé si aún recuerda los nombres. Le dediqué mucho tiempo y al final estaba en perfectas condiciones de criticar cualquier tipo de teoría del subconsumo. Cuando Keynes elaboró la suya, me lancé sobre él completamente equipado.

Estuve trabajando sobre este problema durante toda la década de los veinte. Había empezado a escribir un gran tratado sobre el dinero, que nunca completé, pero que me había propuesto tendría diez capítulos introductorios sobre la historia de las teorías y políticas monetarias. De ellos, a finales de los años veinte tenía escritos los cuatro primeros, dedicados a los desarrollos en Inglaterra entre 1690 y 1900. De modo que cuando llegué a Londres resultó que sabía sobre la historia de la teoría monetaria inglesa mucho más que cualquier profesor inglés, lo que causó gran impresión.

Cuando di en Viena mis primeras clases como *Privatdozent*, elegí como tema el tipo de teoría del subconsumo que por entonces se discutía en Inglaterra. Y Robbins podía leer el alemán. Es un caso casi único, un catedrático inglés que lea literatura en alemán. Eso es tener suerte, que encima fuera a parar sobre mi tema y pensara: esto es lo que necesitamos en este momento para hacer frente a Keynes. Se me llamó, pues, con ese propósito; di, por supuesto, una conferencia que era original y que sugería un conocimiento de la historia de la teoría inglesa superior al de cualquier otro. Fui recibido con simpatía por Robbins, que había recibido influencias de la Escuela Austriaca. Nos entendimos a la primera. Esta combinación de circunstancias condujo a mi nominación en Londres. Fue cuestión de suerte desde el principio hasta el final.

Q<sub>6</sub>: Pero lo que atrajo la atención del mundo hacia la teoría austriaca del ciclo económico fue *Prices and Production*.

Hayek: Sí, y también por casualidad. La invitación me llegó cuando acababa de hacerme una primera idea clara de esa teoría, pero sin haber entrado aún en la complicación de cada uno de sus detalles. Si mi trabajo hubiera progresado como para haber tenido elaborado ya un tratado, de seguro que me habría topado con ciertas complicaciones y habría resultado un tratado realmente difícil. La invitación me alcanzó cuando estaba en condiciones de relatar rápidamente la historia como un estudio general, como yo entonces lo entendía.

Para que se haga una idea de lo más importante, mi sencilla exposición operaba con una seria simplificación del esquema de Böhm-Bawerk, recurriendo al periodo de producción medio; una simplificación ciertamente bella, pero que no sirve para nada. Con posterioridad advertí que la cuestión de un único periodo de producción medio era una estructura compleja. De haberlo advertido ya en 1931, no habría podido ofrecer una exposición simple y bella, pero de seguro que habría confundido a todo el mundo. Dado que aún no era consciente de las dificultades, mis conferencias tuvieron un éxito increíble. Pero no fue por ningún mérito propio de las conferencias, sino por el contexto en que esta particular serie de conferencias llegó a Londres. No esperaba en absoluto que esas cuatro conferencias suscitaran una invitación. Por supuesto, en un primer momento una invitación sólo como profesor visitante por un año. Pero encajé tan bien y Robbins y yo llegamos a ser tan buenos amigos, trabajábamos juntos tan a gusto y desde 1931 hasta 1940 pensábamos juntos y trabajábamos juntos. Me temo que fue entonces cuando sucumbió a la influencia de Keynes.

Al llegar a Londres en 1931 para mi primer nombramiento por un año (al día siguiente de la devaluación de la libra, de lo que me enteré al pasar por París), ocupamos una casa amueblada en el Hampstead Garden Suburb (en Constable Close, cerca de donde vivían los Robbins) y nos quedamos en el barrio de 1932 a 1939, en una casa alquilada (15 Turner Close), y a partir de 1939 en otra cercana (8 Turner Close) que compré. Había un grupo notable de economistas de la LSE que vivían por entonces en el Garden Suburb; además de los Robbins, que serían nuestros amigos más cercanos, Arnold Plant, Frank Paish, George Schwarz y, más tarde y durante algún tiempo, también James Meade.

Vivimos muy tranquilos y con muy poca vida social, aparte el entretenimiento ocasional de la visita de algún colega. Llevábamos la casa todavía, por supuesto, con la ayuda de una asistenta que venía regularmente, habitualmente chicas austriacas, una de las cuales se quedó mucho tiempo con nosotros y llegó a convertirse casi en un miembro más de la familia. El salario de entonces de un profesor (al principio mil libras al año, mil doscientas cincuenta después de cinco años) apenas si daba para más. Hasta 1936 tuvimos que arreglárnoslas sin coche, y el único capricho que me permití fue la cuota de miembro del Reform Club, que llegó a ser muy importante para mí y actualmente es el único «hogar» que he conocido en los últimos casi cuarenta años.

Durante mis primeros años en Londres mi interés siguió centrado en la teoría del

dinero, el capital y los ciclos económicos, convirtiéndose pronto en mi principal objetivo el restablecimiento de la teoría del capital como fundamento de una mejor descripción de los fenómenos dinámicos. Restablecer la teoría del capital sin las simplificaciones utilizadas por mis predecesores se me hizo extremadamente difícil, pero me empeñé en ello hasta que sentí que me estaba apolillando, publicando finalmente en 1941, con el título de *The Pure Theory of Capital*, lo que realmente no era sino una parte de lo planeado, so pretexto de que en caso contrario la guerra acabaría por hacer imposible completar la obra. Pero nunca reanudé su pretendida continuación monetaria o dinámica. Aunque intenté de veras seguir concentrado en el tema, mis intereses comenzaron a derivar hacia otras cuestiones.

Fue también en cierto modo accidental el que en 1935 realizara, con ocasión de la edición de varios ensayos sobre la planificación socialista, mi propia contribución bajo la forma de dos ensayos bastante extensos. Pero cada vez me interesaban más las cuestiones filosóficas y metodológicas, en último término responsables —estaba de ello cada vez más convencido— de algunas de las diferencias políticas más frecuentes. El paso decisivo en esta dirección de mi pensamiento lo di en mi ensayo «Economics and Knowledge», que leí en 1936 como lección presidencial ante el London Economic Club. Junto con algunos trabajos posteriores relacionados con él y publicados conjuntamente en *Individualism and Economic Order* [1948], me parece ésta, retrospectivamente, mi contribución más original a la teoría de la economía.

Q<sub>5</sub>: Me gustaría pasar, si fuera posible, a tratar de su posición básica en teoría política, a su filosofía política. Quisiera pedirle que hiciera aquí, desde su propia posición, un poco de historia intelectual. Ambos comenzamos más o menos como economistas técnicos para interesarnos después por cuestiones más político-filosóficas. ¿Podría recomponer por ambos la evolución de nuestro propio pensamiento sobre este punto?

Hayek: Realmente comenzó al ocuparme de ese volumen sobre la planificación económica colectivista, motivado originariamente sin más por el hecho de que advertí que algunas intuiciones nuevas conocidas en el Continente aún no habían llegado al mundo de habla inglesa. Sobre todo Mises y su escuela, pero también ciertas discusiones de Barone y otros que eran, por entonces, completamente desconocidas en el mundo anglosajón. Obligado a explicar este desarrollo continental en la introducción y en la conclusión del volumen, que contenía traducciones, no sólo me vi curiosamente conducido hacia la filosofía política, sino también a realizar un análisis de confusiones metodológicas en economía. [Estas confusiones] me parecían la raíz de ideas ingenuas, como esa de «A fin de cuentas, lo que el mercado hace nosotros también podemos hacerlo intelectualmente mejor». A partir de ahí me dediqué sobre todo a consideraciones metodológicas que me devolvieron, pienso, al punto de partida, siendo el acontecimiento decisivo, según creo, ese ensayo sobre «Economics and Knowledge» que escribí en torno a 1937.

Q<sub>5</sub>: Un brillante ensayo.

Hayek: Creo que marcó el punto de inflexión decisivo en mi visión. Como diría ahora, la idea de que los precios sirven como guías para la acción, y que deben ser explicados en función de lo que la gente haría, no determinados por lo que la gente ha hecho en el pasado.

Por supuesto, el punto psicológicamente decisivo, la base sobre la que se sustenta mi visión de la economía y también gran parte de mi visión política, tal y como ahora lo veo, quizás fuera consecuencia de todo el modelo del análisis de la utilidad marginal. Esto es, la concepción del mercado como un sistema de utilización de un conocimiento que nadie puede poseer en su totalidad, un conocimiento que sólo por mediación del mercado hace que unos se dirijan a satisfacer las necesidades de otros que ni siquiera conocen, y hagan uso de unos servicios sobre los que carecen de información directa; y todo, condensado en señales abstractas, en el único mecanismo gracias al cual podría haber surgido toda nuestra riqueza y producción actuales. La tarea potencial de una autoridad queda notablemente reducida: basta con advertir la superioridad que en esto tiene el mercado, ya que la cantidad de información utilizable por las autoridades es siempre muy limitada, y el mercado hace uso de una cantidad de información infinitamente mayor del que cualquier autoridad podría hacer jamás.

Obviamente, el centro principal de mis actividades durante los nueve o diez meses de cada año que pasábamos en Londres era la LSE. La mayor parte de mi trabajo científico lo realizaba en casa por las mañanas, dedicando el mediodía y las tardes a la docencia, por lo que normalmente salía de casa sobre las once y almorzaba en la escuela, ocasionalmente en el club. La sala de profesores de la escuela reunía a un grupo de personas extraordinariamente interesante, de un tamaño que aún permitía conocer bien a la mayoría de sus miembros. Siempre lugar de vivo debate, en los últimos años de la década de los treinta se discutía especialmente sobre los cambiantes movimientos políticos mundiales. A pesar de las marcadas diferencias políticas entre la mayoría de izquierdas y los economistas y juristas conservadores o liberales (en el sentido tradicional del término), la atmósfera siempre era muy agradable.

Me parece que toda la plantilla docente no superaba por entonces el centenar de personas, y eso que incluía una extraordinaria relación de grandes talentos con dotes para la conversación. Además de los economistas ya mencionados (y debería añadir a Theodore Gregory, John Hicks y Frederic Benham), los mejores conversadores eran Harold Laski y Denis Brogan, siendo sus miembros más destacados Tawney y Eileen Power, Malinowski y, por supuesto, el director, Sir William Beveridge, así como la secretaria de la escuela, Mrs. Mair. Durante mis primeros años aparecían también ocasionalmente por allí dos viejos profesores retirados, Edwin Cannan y Graham Wallas, y también Sidney Webb (en contadas ocasiones, también Beatrice).

Son estos años en Londres, antes de la guerra, los que retrospectivamente me parecen los más activos intelectualmente y en cierto modo los más satisfactorios de mi vida. A

decir verdad, nunca pude volver a despertar el mismo apasionado interés por los aspectos técnicos de la economía teórica o beneficiarme en igual medida de conversaciones con mentes de primera clase con quienes compartía los mismos intereses. En particular, aprendí mucha más economía en el seminario (realmente dirigido por Robbins, aunque nominalmente compartiéramos responsabilidades) que en ningún otro sitio.

Q<sub>6</sub>: La London School of Economics era originariamente una institución fabiana. ¿Cómo es que para 1931 se encontraban en la facultad tanto Robbins como usted?

Hayek: Supongo que todo se debió a Edwin Cannan. Los Webb eran en este sentido muy decentes. Querían a un buen teórico de mente independiente, y hasta tal punto estaban convencidos de que un estudio de la economía libre de prejuicios conduciría al socialismo que cometieron el error de admitir a alguien que disentía absolutamente de tal conclusión. Y Cannan, que era el catedrático más importante, y Foxwell, que ocupaba una cátedra de dinero y banca, estaban completamente separados de la parte fabiana. En un aspecto, Laski y yo teníamos algo en común, que nos encantaba coleccionar libros, pero por lo demás no teníamos nada que ver el uno con el otro, casi ni hablábamos el mismo lenguaje. No me pida que empiece a contarle historias sobre la LSE, porque si era un lugar tan peculiar, era precisamente por alguien tan extraordinario como Harold Laski.

Q<sub>6</sub>: ¿Tan especial era?

Hayek: Harold Laski era un caso patológico. Incluso entre sus amigos actuales se le reconoce como un mentiroso patológico. Si tiene tiempo, déjeme contarle un par de historias tomadas, sin ir más lejos, de nuestra experiencia como coleccionistas de libros. Ya se sabe que los coleccionistas de libros somos como los pescadores: siempre hemos dado con algo único. En el caso de Harold Laski, ocurría así: llegaba un día cualquiera al mediodía, cuando nos reuníamos en la sala de profesores después de almorzar, completamente entusiasmado; venía de Charing Cross Road, y en una de las casetillas había visto unos preciosos volúmenes franceses del sigloXVIIIen duodécimo. Les había dado la vuelta: nada, paparruchas religiosas. De repente advierte que la tapa de uno es más gruesa que la del otro, por lo que pregunta«¿Cuánto es?».«Seis peniques cada uno». Paga un chelín, se lleva los dos volúmenes, y al abrir uno de ellos allí mismo caen al suelo cuatro cartas de la correspondencia entre Rousseau y Voltaire. Jamás fueron publicadas. Algo típico de Laski.

Q<sub>6</sub>: ¿Se inventó sin más la historia?

Hayek: Se la inventó completamente. Hay otras dos ocasiones posteriores, también memorables. Incluso antes de que nos mudáramos a Cambridge en 1939 en previsión de un posible estallido bélico en 1940, antes de que nos hubiéramos mudado todos, antes del bombardeo de Londres. Laski y yo pasábamos las tardes de los días que impartíamos clase —veníamos de Londres dos días a la semana— en casa de un

colega, Lancelot Beales. La primera vez fue realmente llamativa, porque Harold Laski nos estaba entreteniéndolo, disertando sobre las bellezas del sistema ruso, y fue interrumpido por el anuncio de las noticias. Estábamos escuchando la BBC, me parece, a las siete y media, y las noticias iban del pacto Stalin-Ribbentrop, después de lo cual Laski se comportó como si nunca en su vida hubiera dicho algo bueno sobre los bolcheviques, las más abominables de las criaturas. Como si no recordara nada de lo que había estado diciendo los anteriores veinte años de su vida. Un año más tarde, exactamente en la misma situación, sentados después de cenar y oyendo las noticias, Harold nos contaba que había vuelto de su casa en Manchester y había experimentado el primer bombardeo. Estaba muy agitado, porque una bomba había caído muy cerca de su hotel y le había afectado la onda expansiva. Cuando volví a oír la historia tres semanas más tarde, esta vez su hotel había sido alcanzado y él había salido despedido de su habitación junto con su cama para caer sobre ella cuatro plantas más abajo en el sótano.

Q<sub>6</sub>: Los alumnos de la London School, ¿eran casi todos fabianos, o se trataba de simples estudiantes que sólo buscaban un título? ¿Qué motivaba a ir a la LSE en los años treinta?

Hayek: Hay que distinguir entre profesores y estudiantes. Dentro de los primeros existía una enorme diferencia entre economistas por un lado y científicos políticos y sociólogos por otro. En medio estaban los juristas, geógrafos, historiadores de la economía..., que eran neutrales o, si acaso, ligeramente fabianos. Gente del grupo de Bloomsbury, como Eileen Power, o enganchados a ese grupo; era gente, a su manera, muy agradable y presentable, nada doctrinarios.

Q<sub>6</sub>: Ignoraba que Eileen Power estuviera relacionada con Bloomsbury.

Hayek: Claro que lo estaba; como que vivía allí. La gente de Bloomsbury eran todos vecinos suyos, y así es como los conocía. No creo que fuera nada activa, pero todos le resultaban familiares. También Tawney, que por supuesto era muy fabiano, pero un hombre con quien se podía hablar, nada doctrinario; un tipo muy interesante, que personalmente me agradaba. Harold Laski era casi una broma, y nunca pude aguantarle por mucho que la gente le tomara por entonces en serio. Incluso antes de su muerte, hasta sus colegas de partido dejaron de tomarle en serio como pensador. De muy joven debió de ser muy brillante, pero para cuando yo le conocí ya no lo era.

Q<sub>6</sub>: ¿Y el director de la LSE, William Beveridge?

Hayek: Beveridge no tenía ni la más remota idea de economía.

Q<sub>6</sub>: Ante todo era un funcionario público, ¿no?

Hayek: Sí, eso es lo que era. Yo diría que el mejor momento de su carrera lo alcanzó como articulista de *The Morning Post*. Era capaz de escribir sobre cualquier tema que se le propusiera.

Q<sub>6</sub>: Supongo que tendrá algo que ver con el sistema tutorial de Oxford, en el que se

espera de uno que sea capaz de escribir un buen ensayo, un ensayo realmente bueno, sobre un tema diferente cada semana. Uno puede meter las narices en algo para luego olvidarlo completamente, sin que exista una línea de pensamiento sostenida ni el menor interés teórico de fondo.

Hayek: Pero Beveridge era un caso extremo. Jamás me he topado con nadie que fuera tan capaz de escribir sobre cosas de las que no tenía la menor idea. Otra historia sobre él, que ya he contado muchas veces. Por fortuna había adquirido el hábito, al hablar en público sobre cuestiones económicas, de dirigirse a Lionel Robbins o a mí mismo para que se le revisara el esquema de lo que pensaba decir. En cierta ocasión, una de sus conferencias era tan ominosamente inflacionista que le tuve que dar una clase particular sobre el tema. Menos mal que tuve la suerte de ver el siguiente esquema, porque contenía la frase: «Desgraciadamente, como ha descubierto el profesor Hayek, un incremento en la cantidad de dinero tiende a hacer que los precios se eleven.»

Q<sub>6</sub>: Así que no era Keynes el único, por lo que cuenta, con lagunas en su formación.

Hayek: Es que los economistas de la LSE, incluso Lionel Robbins, no habían recibido una educación clásica. Durante una época solía terminar todas las reuniones de departamento con un *Beveridge delendus est*. Hasta que descubrí que nadie entendía lo que decía. Es una frase famosa, tomada de una historia, creo, de Cicerón. *Ceterum censeo Catonum esse delendum*. Era su argumento contra Catón. Se dice que Cicerón concluía cada uno de sus discursos al Senado con un «Y por eso pienso que hemos de destruir a Catón».

Suponía que era sabiduría popular y empleaba la frase contra Beveridge, porque me parecía un hombre imposible. Su irresponsabilidad general puso a la escuela en serias dificultades. Conseguía dinero de Rockefeller para una cosa y se lo gastaba en otra, atrayendo el descrédito sobre la escuela. Eran sus entusiasmos momentáneos. Me parece que consiguió bastante dinero —esta vez no recuerdo de dónde— para construir una nueva biblioteca y, en vez de hacerlo, se lo gastó en contratar a Lancelot Hogben como profesor de sociobiología. Fue un episodio famoso que hace ya mucho que se olvidó. Hubo un gran revuelo entre los estudiantes cuando empezó a circular el rumor de que Hogben haría construir jaulas en el suelo de la parte baja delantera del edificio de la LSE para guardar chimpancés y estudiar sus hábitos sexuales. Hogben no era una persona cualquiera; de hecho, era un tipo muy difícil.

En general solía soportar a todas las personas difíciles; hasta cierto enfrentamiento con Mannheim, incluso me llevé bastante bien con Laski. Hasta que se le metió en la cabeza que *Camino de servidumbre* lo había escrito contra él. Después de eso, se acabó. Pero dado que ambos éramos apasionados coleccionistas de libros, teníamos algo bueno en común.

A Beveridge, sin embargo, le tenía por un verdadero peligro para la escuela. Ahí está ese famoso episodio en que casi hace propia la Escuela de Frankfurt...

Q<sub>6</sub>: ¿Así que fue él quien lo hizo? ¡No había caído!

Hayek: Sí, fue él. Le pararon realmente en el último momento.

Q<sub>6</sub>: Recuerdo que me había contado eso. Lo que no sabía es que fuera Beveridge a quien se había tenido que parar.

Hayek: La historia se cuenta en la autobiografía de Lionel Robbins. Robbins tenía un buen instinto, pero sabía poco del asunto; llegó, literalmente, cuando el contrato estaba sobre la mesa de Beveridge y sólo pendiente de su firma. Gracias a Dios que no se lo tragó. «¡Pero si son excelentes!» Entonces Robbins me pidió que explicara a Beveridge la situación. Habría sido una catástrofe si la LSE hubiera sido absorbida. Eso sí, constituía una enorme tentación la maravillosa biblioteca que tenían y que se habrían traído consigo. Irresistible para Beveridge, que estuvo efectivamente a punto mismo de firmar.

Pero este no fue más que un caso entre muchos otros. Beveridge era absolutamente impredecible, lo mismo que esa extraordinaria dama que acabaría siendo su esposa. ¿No ha oído hablar de ella? Si no sabe quién era Mrs. Mair, entonces no sabe nada de la London School of Economics. Inglesa, escocesa. Era la mujer de un funcionario y ella misma había trabajado en la administración con Beveridge, en el Ministerio de Alimentación. Beveridge se la trajo consigo al ser nombrado director de la London School of Economics. Realmente dominaba los asuntos, era una mujer cruda, enérgica, que sabía lo que quería. Dominaba completamente a Beveridge. Otro episodio famoso y característico: se decía que mantenían relaciones sexuales. Estoy seguro de que no había nada de nada. Pero en cierta ocasión en que, cosa frecuente, esta enérgica y fría mujer entró en la sala de profesores, se mostró indignada de que Beveridge no acabara de tomar la decisión correcta. Finalmente estalló: «No es lo suficientemente hombre; no, no lo es. ¡Si lo sabré yo!» Era la pareja que formaban lo que resultaba intolerable.

Era imposible predecir qué sería lo siguiente que haría Beveridge para desacreditar la escuela. Durante cierto tiempo tuvo extraordinario éxito ejerciendo su habilidad para recabar fondos, aunque resultaba un descrédito el modo en que lo usaba para fines distintos de los previstos; no es que fuera deshonesto, ni mucho menos: es que, habiendo variado el objeto de su entusiasmo, no por ello dejaba de sentirse plenamente autorizado para emplear el dinero en lo que entonces le parecía el mejor de los propósitos. Me dediqué a prevenir contra él durante mis últimos años en la LSE, y llegué a tener la más baja opinión posible sobre sus... No sé qué término emplear, porque no puedo decir «cualidades intelectuales», ya que era un expositor maravilloso, con el don de argumentar en orden a la conclusión que se le indicara. Una ilustración clásica de esto es que, apenas llegado yo a la LSE, Beveridge y sus profesores acababan de publicar una breve obra a favor del libre comercio. Entonces aconteció un cambio de gobierno y en mi presencia dijo Beveridge a Robbins: «Ahora toca escribir un libro a favor del proteccionismo.»

Q<sub>6</sub>: No era miembro de su seminario, supongo.

Hayek: No, no tenía la menor idea de economía y de hecho ésta le importaba un

comino; puede entenderlo literalmente, porque en este caso es así. A veces digo lo mismo de Keynes, pero son casos diferentes. Keynes sabía su propia economía y era lo suficientemente inteligente como para construir una teoría. Beveridge carecía de tal cualidad. Era el perfecto abogado, hacía un caso de cualquier informe que se le presentara.

Q<sub>6</sub>: Sé que Kaldor era miembro de su seminario y que en algún momento llegó a estar muy cerca de usted. ¿Cómo es que le dejó por Beveridge y Keynes? ¿Hay algo que contar?

Hayek: Es difícil decirlo. Ya sabe, fue uno de los traductores de mi *Geldtheorie und Konjunkturtheorie*, junto con una joven realmente encantadora [H.M. Croome] que murió joven. En alguna ocasión ha declarado abiertamente que en sus comienzos fue hayekiano. Creo que fue el *Treatise* de Keynes lo que le convenció y le hizo pasarse al otro lado. También trabajó pegado a Beveridge; de hecho, escribió el libro de Beveridge sobre el desempleo. Es algo de todos conocido que allí no hay más economía que la de Kaldor, y que Beveridge habría sido absolutamente incapaz de escribir una obra así. En el libro hay un ensayo firmado por Kaldor, pero el libro entero es suyo. Era un ensayo que Beveridge no se atrevió a firmar, precisamente porque no entendía de qué trataba.

Q<sub>6</sub>: Parece que tanto Beveridge como Kaldor hicieron sus carreras políticas apoyados en el keynesianismo que habían adoptado.

Hayek: En efecto. Kaldor llegó a ser así consejero político-económico del primer ministro o del ministro de economía del momento. [Kaldor y Balogh] eran, como solíamos llamarles, Buda y Pest.

Q<sub>6</sub>: Kaldor era Buda.

Hayek: Lo gracioso es que hubiera tanto un Buda como un Pest. Balogh era Pest. Nadie dudaba quién era quién, pues Kaldor era gordo y parecía mirar como Buda, mientras que Balogh resultaba tan repulsivo a todos que él era Pest.

En el otro extremo estaba John Hicks. El superintelecto, el teórico maravilloso, a veces realmente algo presuntuoso, pero creo que con cierta justificación. En cierta ocasión, para mi sorpresa, me dijo: «Pero, bueno, los dos lo entendemos.» Hay ahí algo de ligera arrogancia intelectual. Me consideraba un perfecto igual, por mis propios méritos, aunque no quizás según sus criterios. Era desde luego la mejor cabeza que teníamos, sin discusión. Un hombre muy culto, de vastos conocimientos, con una espléndida formación. Muy informado en cuestiones históricas.

\* \* \*

Q<sub>2</sub>: ¿Qué valoración le merece *Value and Capital* de Hicks ?

Hayek: Una obra absolutamente de primera en su época. Si hay una teoría del valor

propriadamente dicha que no vaya más allá y que no analice el valor en términos de dirigir la producción, me parece que ahí está la formulación definitiva de la teoría del valor. No me parece que las supuestas mejoras de Samuelson mejoren nada, la verdad. Al contrario, estoy convencido de que el análisis de Hicks en términos de relaciones de sustitución constituye, en ese campo concreto, un auténtico y definitivo logro.

Q<sub>2</sub>: ¿No piensa que lo que ahora se llama revolución keynesiana debería más bien llamarse revolución hicksiana? ¿No tuvo Hicks alguna influencia en la aceptación de las ideas de Keynes?

Hayek: No me parece que mi idea de Hicks sea la de un revolucionario. Creo que intentó darle una forma más aceptable, pero tengo razones para pensar que mejor sería llamarla revolución kaldoriana. No por nada que tenga que ver con el nombre de Kaldor, sino porque lo que extendió el keynesianismo fue realmente la obra de Beveridge sobre el desempleo, escrita por Kaldor y no por Beveridge, porque Beveridge nunca entendió nada de economía.

Cuando apenas había ocupado mi cargo en Londres, me vi ya envuelto en una controversia con J.M. Keynes, algo que contribuyó bastante a hacerme más conocido. (Sea dicho de paso que, aunque siguiera estando en desacuerdo con Keynes y entabláramos algunos debates encendidos, personalmente nos llevábamos muy bien, y en muchos aspectos sentía por él la mayor admiración y respeto.) Robbins me había pedido que escribiera una reseña para *Economica* del recién publicado *Treatise* de Keynes, y la primera parte de mi extensa reseña apareció en el número de agosto de 1931, justo antes de tomar posesión de mi cargo en la London School of Economics. Aún sigo creyendo que mi crítica era realmente buena, aunque perdiera su relevancia por el hecho de que Keynes mudara completamente sus ideas de un día para otro.

La reacción inmediata de Keynes aparece mejor descrita en palabras del difunto profesor A.C. Pigou, quien refiere el episodio (omitiendo nombres) en *Economics in Practice*: «Hace uno o dos años, después de la publicación de cierta obra importante, apareció una crítica de algunos de sus pasajes muy trabajada y cuidada. La respuesta del autor no fue rebatir las críticas, sino atacar con violencia otra obra escrita por el crítico varios años antes. Eso es tirar al cuerpo, el método del duelo. Un proceder que sin duda constituye un error.»

La tesis sobre la que empecé a trabajar cuando estaba matriculado como alumno de doctorado en New York University (me parece que pensaba titularla «¿Es la estabilización del valor del dinero compatible con su función?»), aunque nunca fuera completada (ni tampoco la obra en alemán en que acabó convirtiéndose en los años siguientes en Viena), en muchos sentidos fue el comienzo de un desarrollo continuo del que la mayoría de mis publicaciones durante los dos años siguientes son en cierto modo subproducto, o exposiciones de resultados parciales sugeridos por alguna ocasión particular.

Una de las primeras conclusiones a las que recuerdo haber llegado hacia finales de

1923 fue que la estabilización de los niveles de precios nacionales y la estabilización del cambio de divisas eran objetivos en conflicto. Pero antes de que hubiera podido enviar a ningún sitio el breve artículo que escribí sobre el asunto para su publicación, descubrí que Keynes había expuesto la misma idea en su *Tract on Monetary Reform* [1923]. Para que nadie piense que esta desilusión en mi esperanza de haber realizado un descubrimiento original es la causa de mi persistente oposición posterior a Keynes, debo añadir que Keynes era entonces, y siguió siéndolo todavía durante bastante tiempo, uno de mis héroes, y que yo admiraba enormemente esta obra suya en concreto. Me encontré con él por vez primera pocos años después (creo que en 1929), en una de mis primeras visitas a Londres, en un encuentro de institutos europeos dedicados al estudio de los ciclos económicos. Tuvimos nuestra primera desavenencia allí mismo; no recuerdo bien sobre qué detalle particular de teoría monetaria disentimos. Primero intentó apabullarme, como solía hacer, para que me sometiera; pero nada más advertir mi resistencia y que era capaz de ofrecer una defensa aceptable de mi opinión, comenzó a tratarme con respeto y así lo ha hecho siempre después, por muy violentamente que estuviera en desacuerdo conmigo. (Dudo mucho, pues, de la historia de H.J. Laski según la cual Keynes en cierta ocasión me describía como «la mente embrollada más distinguida de Europa». Uno se espera eso mucho más de Laski que de Keynes.)

Q<sub>6</sub>: ¿Cuándo se encontró por primera vez con Keynes?

Hayek: En 1928, antes de tener ningún contacto formal con la LSE. Fue por medio de lo que entonces eran los London and Cambridge Economic Services, que marcaron el comienzo de todo ese seguimiento de los ciclos económicos que implicaba tanto a Londres como a Cambridge.

Yo había sido el primero en organizar un encuentro de Konjunkturinstituten en Viena, y Londres lo repitió y por supuesto me invitó. Keynes era miembro del consejo. Sobre la marcha tuvimos nuestro primer conflicto, eso sí, muy amistosamente, sobre el tipo de interés. Era algo inevitable. Como era en él habitual, intentó pasar como una apisonadora sobre el joven que tenía delante. Pero en el instante, en el preciso instante en que me resistí con serios argumentos, he de concedérselo, me tomó en serio y desde entonces siempre me respetó. Sé de su modo habitual de referirse a mí: «Por supuesto que está loco, pero sus ideas también son muy interesantes.» Esa era su idea sobre mí.

Además, teníamos muchos otros intereses en común. Déjeme relatarle la historia principal, algo de lo que le considero culpable. Yo había reseñado el *Treatise* por extenso. Estaba preparado para esa crítica, porque acababa de escribir un importante trabajo que recogía una refutación general de la función de empleo, la dependencia directa del empleo respecto de la demanda agregada. Pensé que había acabado con el asunto en la crítica a Foster y Catchings.

En los años veinte, cierto grupo americano había desarrollado de forma un tanto ingenua algo muy parecido a las ideas keynesianas. Mientras estuve en América en los años 1923 y 1924, los señores Foster y Catchings ofrecieron un premio a la mejor

crítica de su trabajo. No aproveché la oportunidad para preparar una crítica tal, pero el libro que ganó el premio me pareció tan pobre que pensé que debía volver sobre el asunto aunque estuviera fuera de plazo. Mi trabajo, publicado más tarde en inglés con el título «The Paradox of Saving», realmente supone el comienzo de mis ideas sobre los precios y la producción.

Así que cuando salió a la luz el *Treatise* me sentí un tanto molesto de que precisamente entonces, cuando creía haber demolido definitivamente la relación entre demanda agregada y empleo, la idea volviera a ser retomada. Era mi primer año en Inglaterra. La reseña del *Treatise* de Keynes la hice en dos secciones. Y aprovecho para señalar que cualquier volumen del *Treatise* es mucho mejor que *The General Theory* [1936], por lo que el tono general, aunque criticara la idea central, era de reconocimiento. Su teoría estaba acabada y por eso Keynes, cuando salió publicada la segunda parte, me dijo: «No se moleste más; si ya no creo en nada de eso.» Lo que resulta muy descorazonador.

Q<sub>6</sub>: Sí, mucho. No veo por qué lo hizo.

Hayek: Retrospectivamente, siempre he dicho que fue por eso por lo que no volví a la carga cuando salió la *Teoría General*, lo que no es del todo correcto. Sabía que había algo más de fondo que nuestra simple diferencia sobre ese punto crucial, pero los conceptos sobre los que tal diferencia se apoya, la distinción entre las teorías macro y microeconómica, aún no estaban del todo claros. Apenas si empezaba a caer en la cuenta de que la discusión había realmente de recaer sobre el contraste entre micro y macro.

Mucho más importante, sin embargo, era que me hubiera criticado porque en *Prices and Production* la teoría del capital era inadecuada; que en la cruda forma böhm-bawerkiana de un periodo medio de producción, mi teoría del capital resultara inadecuada. Por eso empecé a escribir una gran obra sobre capital y dinero, que acabó finalmente tratando del fenómeno del dinero. Me llevó mucho más tiempo del que había supuesto: dediqué siete años al tema. Estaba completamente harto del tema, y eso que aún no había llegado a los aspectos monetarios. Y entonces estalló la guerra, lo que acabó por persuadirme de tratar de esa parte en otro volumen [*The Pure Theory of Capital*, 1941] y olvidarme totalmente por entonces de la parte monetaria, de la que ya me ocuparía en otro momento.

Quizás le sorprenda, pero durante la guerra luché junto a Keynes contra sus críticos, porque Keynes temía y mucho la inflación. La verdad es que yo había publicado uno o dos ensayos, uno reseñando su panfleto sobre la guerra y otro sobre cómo combatir la inflación, al que él ya había dado su visto bueno. La inflación, y no la deflación, se había convertido durante la guerra en el mayor de los peligros, y por eso la combatíamos. En estas circunstancias me interesaba fortalecer su influencia contra los inflacionistas, por lo que no quise seguir con el libro.

Nos habíamos hecho amigos, ya que compartíamos muchos otros intereses, tanto

históricos como al margen de la economía. En general, cuando nos encontrábamos, no hablábamos de economía. Solía verle con cierta frecuencia durante la guerra; trabajaba en Londres, claro, pero algunos fines de semana se pasaba por Cambridge, y yo me alojaba en el King's College. Personalmente llegamos a ser muy buenos amigos, incluso con [su mujer] Lydia Lopokova.

La última ocasión en que nos vimos, sobre la que me gustaría hablarle, aunque no estoy seguro de si las dos o tres cosas que quiero contar ocurrieron en la misma tarde, como creo, o quizás en dos tardes sucesivas. Acababa de regresar de esa negociación tan extremadamente agotadora sobre el préstamo a Inglaterra después de la guerra. Estoy hablando de seis semanas antes de que muriera, en 1946; sería a comienzos del nuevo año. Sin embargo, en la sobremesa nos entretuvo a todos toda la tarde sobre la situación del coleccionismo de libros del periodo isabelino en los Estados Unidos.

Esa tarde, algo después, ocurrió lo siguiente, algo que precisa de una explicación previa. Durante la guerra Keynes me había remitido regularmente el *Journal of the History of Ideas*, una revista por entonces nueva, de la que era el único suscriptor en Inglaterra. Cuando advirtió que yo también estaba interesado en ella (esto ilustra bien nuestra relación), nada más leerla me la enviaba. Pues bien, resultó que la había recibido hacía dos o tres semanas, aunque hasta esa misma mañana no hubiera leído un artículo sobre las circunstancias de la publicación de la segunda obra perdida de Copérnico. Por casualidad me encontraba tomando café en el King's College, sentado frente a un astrónomo con quien hubiera resultado terriblemente difícil entablar conversación de no haber sido por ese artículo, que él no conocía: mi relato de lo que recordaba sobre las vicisitudes de la publicación le tenía completamente fascinado. Keynes estaba sentado tres asientos más lejos, metido en otra conversación; pero sin dejar de atender a la nuestra todo el tiempo, como demuestra el que de repente saltara: «Se equivoca, Hayek», y fuera capaz de corregirme. Debían de haber pasado al menos dos semanas desde que él leyera el artículo, porque me lo había enviado hacía dos semanas. Estaba pensando en otra cosa, pero se encontraba lo suficientemente despierto y alerta como para darse cuenta de mi incorrección. Tenía razón; yo no había reparado en ese detalle particular, pero él tenía razón.

Con seguridad esa misma tarde —aunque no fuera quizás la misma en que nos había estado hablando del coleccionismo de libros del periodo isabelino, pero con certeza en esas semanas— nos hallábamos sentados leyendo la prensa en la sala de profesores. Le mencioné lo que estaban haciendo Mrs. Robinson y Kahn en política monetaria, y estalló: «No son más que unos tontos. Ya sabe, mis ideas eran tremendamente importantes en los años treinta y no se discutía sobre la pertinencia de combatir la inflación. Pero puede creerme, Hayek, mis ideas han caído en el olvido. Voy a invertir la opinión pública así [y chasqueó los dedos].» Seis semanas más tarde había fallecido. Pienso que debería haberlo hecho.

Q<sub>6</sub>: Debería haberlo hecho; era un gran manipulador de la opinión pública, ¿no?

Hayek: Sí. Se vanagloriaba de ello, llamándose a sí mismo Casandra, convencido de poder manejar la opinión pública a su gusto. La influencia que tuvo en los tratados de paz se le había subido a la cabeza. Desde luego que era consciente de su dominio del idioma, algo que me temo no revela la *Teoría General*, pero escribía de maravilla, además de ser un excelente orador. Siempre he dicho que su voz era embrujadora, tan musical. Entiendo que la gente se quedara embelesada sólo con escucharle.

¿Y la amplitud de sus intereses? Se podía hablar con él de muchísimas cosas, aunque hubiera por supuesto notables lagunas en sus conocimientos. Su conocimiento estaba guiado por el gusto, lo que implicaba una completa ignorancia de la historia económica del sigloXIX. Una ignorancia absoluta, y sólo porque no le gustaba.

Se lo tenía que recordar casi a diario; no sólo sobre historia económica, sino incluso sobre los primeros economistas ingleses. Conocía a su Marshall, y poco más. En una época tuvo que haber mostrado interés por Malthus, pero hube de hablarle de Henry Thornton. Mucho más tarde advertí —nunca tuve oportunidad de decírselo— que si le hubiera hablado de los inflacionistas ingleses del sigloXIXquizás se le habrían quitado las ganas de seguir por ese camino.

Q<sub>6</sub>: ¿Recuerda si conocía a Jevons?

Hayek: Sí, eso sí.

Q<sub>6</sub>: Es lo menos que se podía esperar. Jevons, y también su padre, escribieron sobre lógica...

Hayek: Sí, de Jevons conocía más su lógica que su economía. De economía sabía lo del gran descubrimiento y lo del índice de precios, pero en lo que se refiere a la utilidad marginal... Y Jevons, en concreto, había sobresalido en la teoría del capital, algo de lo que Keynes no tenía ni idea.

Apenas entendía nada de la teoría del comercio internacional. Eligió los criterios de impacto público de las estadísticas, y los estudió; si tiene en cuenta su tiempo de estudio, no creo que dedicara más de un año en total a estudiar economía. Sus dos partes del trío eran, me parece, una matemáticas y la otra económicas. Tengo que decir que me agradaba Keynes, y que en muchos aspectos le admiraba, pero no me parece que fuera buen economista.

Q<sub>6</sub>: Más adelante, durante los años cuarenta, creo, escribiendo un ensayo sobre cierto aspecto de la literatura isabelina, si no me equivoco, destacó que su memoria funcionaba muy a corto plazo. Lo que dijo fue:«Esta semana soy un experto en este tema, y la que viene no tendré la más remota idea del mismo.»

Hayek: Eso encaja bastante bien. Había sucesos singulares que me sorprendían de él. En el fondo era un doctrinario, pero no dejaba de estar abierto a nuevas ideas. Cuando le envié mi ensayo sobre la inversión que aumenta la demanda de nuevo capital, admitió sin tapujos que el tema le resultaba nuevo, añadiendo:«Pero seguramente está en lo cierto.»Lo mismo ocurrió cuando le envié un ensayo que había

escrito sobre cierto tipo de estabilización, se me olvida ahora cuándo. El caso es que circulaba por entonces la propuesta de estabilizar la moneda en función de un número índice [una moneda respaldada por reservas de mercancías]. Se metió en el tema, no se encontró a gusto, aunque puso todo su interés. Una vez más, los antecedentes de la idea le eran completamente desconocidos.

Q<sub>6</sub>: ¿En qué momento empezó a darse cuenta de que Keynes había ganado temporalmente la batalla, consiguiendo que sus ideas fueran aceptadas por quienes tomaban las decisiones en el gobierno, y no sólo en el gobierno?

Hayek: ¿Que había vencido plenamente? Sólo después de la guerra.

Q<sub>6</sub>: ¿Después de la guerra? No me refiero a la batalla teórica, sino a la práctica, esto es, en lo que respecta a los gobiernos.

Hayek: Eso tiene cierta conexión con otro asunto, a saber, que Keynes había acabado por liar a Lionel Robbins, como resultado de trabajar juntos durante la guerra en los círculos gubernamentales. Estuvieron juntos en Bretton Woods como representantes británicos. Y Lionel, que era muy anti-keynesiano antes de la guerra, acabó siendo más o menos vencido por Keynes. No tanto mediante argumentos puramente teóricos, cuanto por... Me temo que tendré que contarle primero otra historia. Tengo la teoría de que todos los economistas que entran al servicio del gobierno acaban por corromperse sólo por eso. Tengo que añadir que debo mi propia independencia al hecho de haber dejado mi país tan pronto como comenzaban a utilizarme al servicio del gobierno. Hubo un tiempo en que trabajé para un comité del gobierno en Austria; a las seis semanas o seis meses ya estaba fuera. No fui empleado [en Gran Bretaña] durante la guerra, porque era aún un ex-extranjero, el extranjero enemigo; mi posición era privilegiada, ya ve. No serví a ningún interés de guerra, pero tampoco me sentí molesto por ello. Difícilmente podía haber gozado de una posición más ideal en Inglaterra. Pero nada más acabar la guerra hice algo, algo muy curioso: un estudio social de Gibraltar.

Había habido cierto problema con los trabajadores del puerto, en 1944, último año de la guerra. Como manda la tradición, los estibadores venidos de Inglaterra cobraban más que los gibraltareños, y eso produjo malestar. Ni siquiera existía un índice del coste de la vida, por lo que la Administración Colonial apeló a mí para que les buscara un buen estudiante dispuesto a ir a Gibraltar a elaborarlo. Contesté con un: «No hay buenos estudiantes en estos momentos; ni buenos ni malos. Pero si no les importa que vaya yo, puedo hacerlo durante mis vacaciones y además disfrutar con ello.» «Si viene usted, quizás le pidamos algo más. ¿Podría hacer un estudio social de Gibraltar?»

Así que me fui a pasar seis semanas a Gibraltar. Algo extraordinario. No me vuelva a tentar para que le cuente más anécdotas, porque no acabaríamos nunca. En cualquier caso, cumplí con mi parte de servicio al gobierno. Cuando la Administración Colonial me pidió que fuera a Chipre en su nombre, tuve que negarme, amparándome en que ya me había comprometido a ir a América.

El tiempo que dediqué al gobierno no llegó a ser tanto como para que me

corrompiera. En América tampoco fue mucho. La primera vez que me pidieron que entrara en un comité, en Washington, tuve que decir que no, que me iba. Así que me he librado de la experiencia práctica del servicio al gobierno. Habiendo observado el caso de un hombre al que tanto admiraba como Lionel Robbins, no tengo dudas de que eso corrompe la actitud de un economista, hasta el punto de que se convierte en un hombre de estado y deja de ser un economista.

Q<sub>6</sub>: Supongo que se trata de una elección: una cosa o la otra. No resulta fácil ser las dos.

Hayek: Keynes por supuesto que fue, en cierto sentido, sobre todo hombre de estado.

Q<sub>6</sub>: Mucho más que teórico.

Hayek: Pero de Robbins quisiera añadir (ojalá pudiera hablar usted directamente con él) que hay que ser consciente de su hábito extremadamente amigable. Era el amigo más leal que se pueda imaginar. Pero si le preguntara por sus recuerdos de Harold Laski, o de Beveridge, sería honesto, pero no por ello veraz. Un recuerdo demasiado embellecido. Es porque eran muy amigos suyos. Me temo que soy mucho más abierto en este tipo de cosas, que no cierro el pico, que mis historias sobre Laski o Beveridge pueden ser algo maliciosas.

Si me preguntara quiénes fueron las personas más interesantes con las que me gustaría volver a pasar una tarde, sería con esos dos economistas, Schumpeter y Keynes, quienes tenían algunas cosas en común. Lo puedo expresar en una frase: *pour épater le bourgeois*. Ambos lo eran, si bien de distinto modo. Schumpeter era superior a Keynes como académico, y de intelecto más brillante: captaba lo que se exponía con impresionante rapidez. Sin embargo, carecía absolutamente de una filosofía realmente coherente. Confiaba en sus intuiciones. No creo que nunca llegue a escribirse una buena biografía suya, porque habría de ser escrita por un amigo íntimo y a la vez crítico, y no creo que exista tal persona.

\* \* \*

Q<sub>6</sub>: ¿Podría decir algo sobre sus diferencias con los economistas keynesianos?

Hayek: Keynes, en contra de sus propias intenciones, había estimulado el desarrollo de la macroeconomía. Yo estaba convencido de que no sólo sus particulares conclusiones, sino el fundamento mismo de la macroeconomía, estaba equivocado, por lo que quería demostrar que había que volver a la microeconomía. El enfoque macroeconómico procedía de los científicos naturales, de pensar que cabría deducir cualquier cosa a partir de medir magnitudes de los efectos de agregados y medias estadísticas. Llegó a fascinarme mucho más.

Sentía en cierto modo que no podía haber nadie que pudiera realizar aquello para lo que yo mismo no me consideraba preparado. Ojalá hubiera podido confiar en que otro

continuara lo que yo había avanzado en teoría del capital. Era un camino nuevo el que se abría, fascinante. En un caso había de esforzarme por obtener un resultado que ya conocía, pero que tenía que probar, lo que resultaba tedioso. En el otro, me encontraba ante un problema abierto: ¿Qué apariencia cobra la economía cuando se la reconoce como prototipo de un nuevo tipo de ciencia de los fenómenos complejos que no puede seguir empleando el simple modelo de la mecánica en física, sino que tiene que ocuparse de lo que yo entonces llamaba «predicciones meramente genéricas», ciertas predicciones limitadas? Eso resultaba mucho más fascinante como problema intelectual.

Q<sub>6</sub>: ¿No diría usted, volviendo la vista atrás, que la teoría del capital en sentido austriaco terminó con la *Pure Theory of Capital*?

Hayek: En gran medida, sí. Nadie ha hecho lo que yo confiaba que otros harían.

Q<sub>6</sub>: Al menos la cuestión de los agregados keynesianos se está tomando ahora en serio, y usted aparece como la persona que los cuestionó por vez primera hace ahora cincuenta años.

Hayek: Es la decepción respecto a Keynes lo que ha tornado el interés hacia mí, algo tan simple como que el desempleo combinado con la inflación ha desilusionado de repente a la gente.

Q<sub>6</sub>: Se ha argumentado que la *Teoría General* de Keynes intencionadamente se escribió para resultar confusa y compleja. ¿Está de acuerdo con esa idea?

Hayek: No de modo tan craso. Keynes estaba tan convencido de que él era más listo que el resto del mundo, que pensaba que su instinto le decía lo que había de hacerse, y estaba dispuesto a inventar una teoría con tal de convencer a la gente para que actuara en ese sentido. Ese era realmente su planteamiento. Por otra parte, como economista, su formación en historia económica dejaba mucho que desear. Ya sabe que sentía especial pasión por la época isabelina, por el sigloXVI en el que era un experto. Pero era poco menos que un ignorante en lo que concierne a la historia económica del sigloXIX sólo porque le disgustaba por razones estéticas. El sigloXIX es feo.

Q<sub>6</sub>: ¿Por qué detestaba tanto el sigloXIX?

Hayek: Porque se creía a pie juntillas cuanto habían dicho Tawney y compañía sobre la historia del trabajo, sobre el empobrecimiento de la clase trabajadora. Vamos, Dickens.

La única carta que conservo de Keynes es la que me escribió con ocasión de *The Road to Serfdom*, que ha sido citada muchas veces, en la que manifiesta coincidir mucho conmigo y llega a la conclusión de que existe un gran peligro, pero que en un país en que la mentalidad de la gente sea la adecuada cabe evitarlo.

El estallido de la guerra trajo consigo el traslado de la LSE a Cambridge y el que la mayoría de mis colegas más cercanos entraran al servicio del gobierno. Por un tiempo fui el único economista de alto rango académico en la LSE, auxiliado únicamente por

un par de jóvenes. Al menos, las clases se daban en un programa conjunto con Cambridge, y durante algún tiempo yo mismo impartía las clases de teoría económica avanzada para ambas instituciones, mientras que A.C. Pigou explicaba los fundamentos de la teoría.

Durante el primer año de guerra continuamos viviendo en Londres, por mi parte yendo a Cambridge sólo tres días a la semana. El comienzo de los bombardeos en septiembre de 1940 tornó la situación insostenible. Como al principio no pude conseguir alojamiento adecuado en Cambridge, los Robbins, que por entonces tenían una casita en los Chilterns, hospedaron a mi familia por un año, mientras que Keynes, con quien por entonces había hecho bastante amistad, me proporcionó habitación en el King's College. En 1941 logramos, finalmente, encontrar una casa, unos establos habilitados, en Malting Lane, donde vivimos hasta 1945.

La vida en Cambridge durante esos años me resultó enormemente agradable, completando mi proceso de plena absorción en un estilo de vida, el inglés, con el que desde el principio ya me había sentido muy a gusto. Si todo el ambiente y atmósfera intelectual de la campiña inglesa me habían atraído extraordinariamente desde el primer momento, las condiciones de una guerra en la que todas mis simpatías estaban con los ingleses aceleraron el proceso de sentirme del todo en casa, mucho más que en mi nativa Austria, de la que ya me había distanciado algo por las circunstancias de los años veinte. Mientras que ni en mi primera visita a los Estados Unidos ni en mi posterior estancia allí, o en Alemania más tarde, sentí que perteneciera a esos lugares, los hábitos ingleses los sentía tan connaturales a todos mis instintos y disposiciones que, de no haber sido por circunstancias muy especiales, jamás habría deseado dejar de nuevo el país. Y de todas las formas de vida, la más atractiva me sigue pareciendo la de un College de las antiguas universidades; al menos, tal como era entonces en Cambridge, ya que Oxford nunca lo llegué a conocer bien. Las tardes alrededor de la High Table y en la Combinations Room del King's College forman parte de los mejores recuerdos de mi vida, y algunas de las personas mayores que entonces llegué a conocer bien, especialmente

J.H. Clapham, siguieron siendo, mientras vivieron, amigos muy queridos.



## Tercera Parte

### *Un alto en el camino*

La poca carga académica, por los poquísimos alumnos que tenía, y lo cerca que estaba todo en Cambridge me dejaban para mi propio trabajo más tiempo que el que nunca antes había tenido. Aunque mi interés principal seguía centrado en la teoría económica pura, fue en Cambridge cuando escribí *The Road to Serfdom* [*Camino de servidumbre*], desarrollando algunas ideas que ya había esbozado en un artículo de 1938 y que había ampliado como resultado de los estudios sobre el abuso y degeneración de la razón a que dediqué los dos primeros años de la guerra, y que ya antes mencioné.

Q<sub>1</sub>: *Camino de servidumbre* es el tipo de obra sobre economía que el lector corriente, me parece, puede entender, a diferencia de otras obras más técnicas. El uso del término «extranjero» en Inglaterra... es muy interesante. ¿Hasta qué punto cumple la cultura, comoquiera se la defina, alguna función en el ordenamiento de las actividades del mundo? Sé que ha escrito hace poco algo sobre esta cuestión.

Hayek: Algo de eso hay; pero la cultura que más te diga no tiene por qué ser aquella en la que has nacido. Siento que mi nacionalidad cultural es británica, no austriaca. Puede deberse a haber pasado el periodo más decisivo, más activo de mi vida (de comienzos de los años treinta a los cincuenta) en Inglaterra. Pero es que ya nada más llegar me encontré por primera vez en una atmósfera moral completamente connatural, que podía absorber sobre la marcha.

He de admitir que no tuve la misma experiencia al llegar a los Estados Unidos diez años antes. Encontré los Estados Unidos más interesantes y fascinantes, pero no me convertí en americano del modo en que me convertí en británico. Pienso, con todo, que es algo emocional. Mi temperamento era más afín al de los británicos que al de los americanos, e incluso que al de mis connacionales austriacos. En parte depende, creo, de la propia adaptabilidad a una determinada cultura. Hubo una época en que hablaba un italiano bastante fluido, sin que por eso llegara a sentirme nunca italiano. Era algo emocional, no sentía esas cosas que te hacen sentirte italiano. Sin embargo, británico lo fui desde el primer momento, porque me resultaba natural, como más tarde descubrí. Fue como entrar en un baño de agua caliente que estaba a la misma temperatura de mi cuerpo.

Q<sub>1</sub>: ¿Qué es lo que le hace sentirse confortablemente y a gusto entre los británicos?

Hayek: La fortaleza de ciertas convenciones sociales que hacen que la gente comprenda al momento cuáles son tus necesidades sin tener que mencionarlas.

Q<sub>1</sub>: ¿Puede ofrecer un ejemplo?

Hayek: El modo de interrumpir una conversación. No se dice: «Lo siento, pero tengo prisa», sino que se distrae uno un poco dando a entender que se está pendiente de alguna otra cosa; no hay necesidad de palabras. Tu interlocutor interrumpirá la conversación porque advertirá, sin que se le diga, que uno lo que realmente quiere es hacer otra cosa. No hará falta ni una sola palabra. Eso por lo que toca a una indicación indirecta de no querer continuar en ese momento.

Q<sub>1</sub>: ¿Sería diferente en los Estados Unidos? ¿Son ahí más directos?

Hayek: O bien se esforzaría uno por prestar mucha mayor atención a la conversación, como si estuviera atento, o simplemente la interrumpiría con un «Lo siento, pero es que tengo prisa». Eso nunca ocurriría entre los británicos; bueno, no puedo asegurar que nunca, pero desde luego eso no serían modales británicos.

Q<sub>1</sub>: ¿Y cómo se haría en Austria?

Hayek: Con una prolongada efusión de educadas expresiones explicando cuán terriblemente lo siente uno, pero es que en ese preciso instante uno no puede continuar la conversación. Se utilizarían muchas palabras, cuando en Inglaterra no haría falta ni una sola.

\* \* \*

Q<sub>6</sub>: La sensación de estar en casa en Inglaterra debió ayudarle mucho a dominar los matices del idioma.

Hayek: Durante la guerra me entretuve con *Camino de servidumbre* porque por vez primera sentía que dominaba el inglés, en el sentido de disfrutar escribiendo en inglés. Quiero decir, que no tenía dificultad para expresar argumentos técnicos, aunque...

Q<sub>6</sub>: Sentía que dominaba, ¿no es eso?

Hayek: Si se toma la molestia de leer el comienzo de la introducción y los primeros dos o tres capítulos, advertirá que de hecho lo que ahí andaba intentando era apreciar cómo de bien podía escribir en inglés. Por eso me tomé la molestia de releer una y otra vez esas partes, hasta cogerle el aire.

Q<sub>6</sub>: El ritmo.

Hayek: Sí, me habría llevado años intentar lo mismo con el resto del libro. Pero la parte del comienzo —los primeros dos o tres capítulos y la introducción— probablemente constituyan, desde el punto de vista del estilo, lo mejor que nunca haya escrito en inglés. Aunque me tuve que poner a ello y ser consciente de que por fin era capaz de escribir bien, y no sólo correctamente. Un buen inglés. Me llevó toda la guerra y fue algo gradual. Creo que aún conservo una o dos versiones de *Camino de*

*servidumbre* sobre las que estuve practicando mi inglés, algo con lo que de veras disfruté. Quizás estuviera algo cansado de tanta teoría pura, ya que los cuatro años que dediqué a *The Pure Theory of Capital* fueron muy duros.

Hay al menos otra cosa de importancia que cabe extraer de mis textos. *The CounterRevolution of Science* es un fragmento de un auténtico libracó que por entonces planeaba escribir en forma muy diferente con el título *The Abuse and Decline of Reason*. Cuando decidí escribir *Camino de servidumbre* de hecho lo concebí como una anticipación del argumento sobre el declive de la razón, que vendría al final. Algo mucho más popular que el original, porque era muy ambicioso. Al principio pensé en los capítulos que ya había escrito sobre los saint-simonianos, sobre Comte, y sobre la relación de Comte con Hegel; luego dos o tres sobre Francia, y después estaba previsto uno sobre Hegel y Marx. Odiaba tener que ocuparme de Marx, con quien había forcejeado en mis años de estudiante, y tanto me deprimía hacerlo que acabé por abandonar la idea de un largo relato histórico. Así surgió este relato sistemático del declive de la razón. Némesis e Hybris eran sus títulos.

\* \* \*

Q<sub>5</sub>: Creo que hubo cierta confusión sobre *Camino de servidumbre* entendido como una especie de observación sobre cosas que podrían estar ocurriendo...

Hayek: Ya en 1939 se daba en Inglaterra una situación muy especial: la gente creía en serio que el Nacional-Socialismo era una reacción capitalista contra el socialismo. Ahora quizás resulte difícil de creer, pero de esta mentalidad el exponente más destacado con quien me tropecé fue Lord Beveridge. Estaba plenamente convencido de que esos nacional-socialistas y capitalistas estaban reaccionando contra el socialismo. Así que le remití un informe sobre el asunto, lo transformé en artículo de revista, y luego dediqué la guerra a pergeñar lo que en el fondo era una especie de versión popular avanzada de lo que había imaginado sería el gran libro sobre el abuso y declive de la razón. Esa era la segunda parte, la que trataba del declive de la razón. Tenía en cuenta el momento y estaba directamente dirigida a la *intelligentsia* socialista británica, que parecía pensar en su conjunto que el Nacional-Socialismo no era socialismo, sino algo despreciable. Lo que intentaba era decirles: «Vais por el mismo camino que ellos.»

Lo que resultó totalmente inesperado fue la tan distinta recepción de la obra en América, y el que atrajera además tanto la atención. Estaba escrito en un marco de referencia distintivamente inglés, por lo que fue recibido de una manera totalmente diferente. Los socialistas ingleses, con apenas excepciones, aceptaron el libro como escrito de buena fe, como una propuesta de problemas que estaban dispuestos a considerar. Gente como Lady Wootton escribió... Con ella tuve una experiencia muy curiosa. Me dijo: «Usted sabe, yo misma quería señalar algunas de las cosas que usted

dice, pero ahora, con lo que ha exagerado, no puedo menos de volverme contra usted.» En América todo fue completamente diferente. El socialismo era una infección reciente. El enorme entusiasmo en torno al *New Deal* estaba aún en su apogeo, distinguiéndose dos grupos: quienes estaban entusiasmados con el libro sin haberlo leído —sólo habían oído hablar de que existía un libro que apoyaba el capitalismo— y la *intelligentsia* americana, que acababa de ser infectada por el bacilo colectivista y que sentía que era una traición a los altos ideales que los intelectuales deberían defender. Así que fui objeto de un increíble abuso, algo que nunca había experimentado en Inglaterra. Llegó tan lejos como para desacreditarme completamente desde el punto de vista profesional.

A mediados de los cuarenta —supongo que suena algo engreído— me parece que era conocido como uno de los dos principales economistas en lid: Keynes por un lado, yo por el otro. Ahora bien, Keynes murió y fue canonizado, mientras que yo me desacredité personalmente al publicar *Camino de servidumbre*, lo que cambió completamente la situación.

El éxito popular que conoció *Camino de servidumbre* me pilló por sorpresa. Aunque resistí bastante tiempo al empuje que amenazaba con sacarme de la teoría pura para llevarme a un trabajo más práctico, en el fondo tal éxito tuvo un profundo efecto sobre mi vida. El éxito inmediato en Inglaterra fue no menos sorprendente que en los Estados Unidos, si bien nunca tuvo en el primero la espectacularidad que tuvo en el segundo. Casualmente pude experimentar en directo el apogeo de este curioso encumbramiento repentino, ya que de marzo a mayo de 1945, precisamente cuando el libro estaba entre los más vendidos, me encontré en los Estados Unidos en una gira de conferencias, lo que constituyó una de las experiencias más curiosas de mi vida.

Los editores americanos, la University of Chicago Press, había organizado originalmente una visita de cinco semanas, durante la cual debía repetir una serie de tres o cuatro conferencias en cinco de las universidades más importantes del Este y del Medio-Oeste. Mientras cruzaba el Atlántico en un lento convoy (aún estábamos en guerra), sin comunicaciones, la condensación de la obra en el *Reader's Digest* alteró completamente la situación. De repente, si bien temporalmente, era famoso, y al llegar se me comunicó que había cambiado todo el plan de mi visita, que iba a embarcarme en una gira de charlas de gran alcance y que todos los preparativos habían sido confiados a una agencia comercial. De modo que sin haberme nunca dirigido a audiencias tan amplias me encontré al día siguiente de mi llegada, sin preparación y sobre un tema que no había previsto, en Town Hall, Nueva York, descubriendo para mi sorpresa que podía hacerlo estupendamente.

La historia de toda la gira, que me llevó hasta Oklahoma City y durante parte de la cual Chicago sirvió como base de operaciones, es demasiado larga como para contarla aquí. Pero prácticamente todos los contactos que me condujeron a posteriores visitas y que finalmente me llevaron a trasladarme a Chicago los establecí durante ese viaje. De

hecho no había vuelto a los Estados Unidos desde mi visita como licenciado veintiún años antes, y desde entonces volví casi todos los años hasta que me instalé definitivamente a finales de 1949.

Q<sub>6</sub>: ¿Podría contar algo sobre la respuesta que encontró *Camino de servidumbre*?

Hayek: En Inglaterra, *Camino de servidumbre* llegó en un momento en que la gente ya era consciente de los peligros del socialismo. En América, por el contrario, me rodeaba el entusiasmo de todos los partidarios del *New Deal*. Hubo alguna reacción violenta. Debo decir que quienes en Inglaterra hablaban del libro lo habían leído, mientras que en América discutía sobre él gente que por lo general no lo había hecho o que, a lo más, había leído la versión abreviada del *Reader's Digest*.

Creo que ya le he comentado que no obtuve ni un solo penique por esa versión, ya que la University of Chicago Press se la había cedido gratis al *Reader's Digest*. La mayor parte de la gente leyó la obra así. Estaba bien, muy bien hecha. Fue Max Eastman quien la resumió. Evidentemente, la proporción entre quienes la leyeron así frente a quienes la leyeron en su forma original fue, al menos, de doce a uno. Incluso llegó a mucha gente que estaba en prisión

o en campos de guerra. Al parecer, el *Reader's Digest* llegaba a los prisioneros de guerra, sobre todo en los campos ingleses. Bastantes alemanes han contado que aprendían inglés leyendo el *Reader's Digest*.

En cualquier caso, cuando llegué a Nueva York se me comunicó lo siguiente: «El plan original se ha suspendido. De repente se ha vuelto usted famoso y le hemos preparado una gira de conferencias por los Estados Unidos.»

«No puede ser, nunca he dado ese tipo de conferencias en público.»

«Bien, pero ya está todo arreglado, así que no tiene más remedio que intentarlo.»

«¿Y cuándo comenzaríamos?»

«Ya vamos con retraso.» Era un sábado por la tarde. «Comienza usted mañana por la mañana, en la Town Hall de Nueva York.»

Ese nombre no me decía nada. Lo que se me vino a la cabeza fue una preciosa viñeta del *New Yorker* [de Helen Hokinson] de un club de damas. Domingo por la mañana, pensé, sólo puede tratarse de algo parecido a un club de damas. Cuando me recogieron en el Regency Hotel, de camino hacia la parte baja de la ciudad, comencé a preguntar al presentador, que había venido a recogerme, sobre el público que esperaban.

«La sala puede albergar unas tres mil personas, pero está a rebosar.»

«Dios mío, nunca he hecho nada parecido. ¿Sobre qué se supone que tengo que hablar?»

«Lo hemos titulado ‘Derecho y Relaciones Exteriores’.»

«Pero no puede ser. Nunca he pensado sobre ese tema.»

«Todo está ya anunciado y le están esperando.»

Así que fui acompañado a ese enorme salón con toda clase de aparatos que me resultaban extraños. Por entonces lo que ahí tenían eran dictáfonos y micrófonos, algo

completamente nuevo para mí. Mi último recuerdo es que pregunté al presentador: «¿Tres cuartos de hora?»

«No, tiene que ser exactamente una hora, porque lo estarán retransmitiendo por radio.»

Así que me lancé a hablar de un tema sobre el que no tenía ni idea, y aún recuerdo que comencé con la frase: «Señoras y señores, supongo que estarán todos de acuerdo conmigo si les digo que...». Aún no sabía siquiera qué es lo que iba a decir.

Entonces descubrí que el público americano es muy agradecido; podía ver en sus caras la atención que prestaban. Algo completamente diferente a lo que cabe esperar del público inglés. Gradualmente les contagié una gran excitación, y conseguí superar la conferencia con notable éxito. Yo, que nunca había pronunciado una conferencia en público, ni hablado sin un papel escrito por delante, de repente descubrí que era capaz de tal tipo de conferencias.

Recorrí todos los Estados Unidos, hasta las montañas y vuelta, y hacia el sur, durante cinco semanas, y paulatinamente me convencí de haberme convertido en un experimentado conferenciante.

\* \* \*

Hayek: Si no me equivoco, la primera vez que conseguí ir a Alemania fue en otoño de 1946, en representación del British Council. Fui tanto a la zona inglesa como a la americana. Mi base de operaciones estaba en Colonia, donde tuve mi experiencia más emocionante como conferenciante universitario. No tenía ni idea de que los alemanes supieran por entonces nada de mí, y sin embargo me encontré en una enorme sala pronunciando una conferencia ante una audiencia tan concurrida que los estudiantes no podían ni entrar. Fue entonces cuando descubrí también que la gente se pasaba de mano en mano copias a máquina de *Camino de servidumbre* en alemán, aun cuando la obra aún no había sido publicada en ese idioma.

Q<sub>6</sub>: ¿De qué iba la conferencia?

Hayek: Precisamente sobre *Camino de servidumbre*. Además de en Colonia también pronuncié conferencias en algunas ciudades vecinas, incluida Darmstadt. Algo particularmente memorable, ya que el lugar había quedado absolutamente destruido por la guerra y no parecía que hubiera quedado nada de la ciudad: sólo grandes montañas de escombros. Trepé por entre ellos hasta un enorme agujero subterráneo desde el que hablar.

Q<sub>6</sub>: Alguien en Londres me comentó que había algo llamado «el discurso de la Gestapo», en el que Attlee le atacó a usted. ¿Puede contarme algo de eso?

Hayek: El discurso de la Gestapo era el discurso de Churchill en el que a éste — debió de ser poco después de la publicación de *Camino de servidumbre* — se le

atribuyó haber sido inspirado por *Camino de servidumbre*, y en el que Churchill pronosticaba que un gobierno socialista conduciría a la Gestapo. En su respuesta, Attlee acusó a Churchill de «haber sido inspirado por Friedrich August von Hayek».

Q<sub>6</sub>: ¿Y eso era todo?

Hayek: Eso fue todo. Cuando hablaba, Churchill siempre mencionaba la Gestapo. Este hábito de los socialistas de llamarme «Friedrich August von Hayek» no era peculiar de Attlee, pues otros hacían lo mismo. Entre socialistas, oficialmente yo era «Friedrich August von Hayek».

Q<sub>6</sub>: ¿Y qué me dice de un artículo de 1947 en el que se le menciona como asesor económico de Winston Churchill? ¿Eso no cuenta?

Hayek: No. Yo sólo estuve con Churchill una sola vez.

Q<sub>6</sub>: El titular decía: «El asesor de Churchill se explica.»

Hayek: Siendo decano de la facultad de económicas, fui invitado a una cena a la que asistía Churchill, antes de la recepción de cierto grado académico. Pude observar durante la cena cómo ingería brandy en grandes cantidades; para cuando me presentaron a él, apenas si podía hablar, pero me identificó inmediatamente como autor de *Camino de servidumbre*. Estaba completamente bebido. Sólo dijo una frase: «Tiene usted toda la razón, pero eso nunca pasará en Gran Bretaña.» Media hora más tarde pronunció uno de los discursos más brillantes que jamás haya escuchado.

Q<sub>6</sub>: Ernst Gombrich me dijo que él pensaba que el «discurso de la Gestapo» pudo ser lo que le costó a Churchill la elección. ¿Cree que tuvo algo que ver?

Hayek: No me parece del todo imposible. Attlee y Dalton le atacaron precisamente por eso. En ambos casos alegando que las ideas las había tomado del economista austriaco Friedrich August von Hayek. En ese sentido, en la mente del público se me asociaba con Churchill, pero evidentemente él ya conocía el contenido del libro. Me di cuenta en ese único encuentro. No estoy seguro de hasta dónde leyó —¿quizás todo el libro?—, pero nunca influí lo más mínimo; no tuve el menor contacto, aparte esa vez. Pero la expresión «una Gestapo» que contenía su discurso se utilizó contra él tanto por esa época, que perfectamente ese discurso pudo haberle hecho más daño que ninguna otra cosa.

Q<sub>6</sub>: Otra cuestión sobre la que quería preguntarle tiene que ver con el uso del *von*, como en *von Mises*, *von Hayek*, etcétera. Recuerdo una historia, si bien sólo vagamente, sobre cómo consiguió Mises su título, raro en un judío, y tenía que ver con que su padre lo obtuvo y él lo heredó. ¿Conoce los detalles?

Hayek: Siempre se heredan. Vayamos primero con lo del título en la historia de Mises. La historia habitual es la siguiente: imagínese que en Inglaterra todos los altos cargos de la Administración fueran profesionales libres y comerciantes que, por algún mérito especial, consiguieran el título de *sir*, pasándolo en herencia a todos sus hijos. En Austria, en vez de *sir*, se le llama a uno *von*, con frecuencia remontándose el título

varias generaciones atrás. Añádase ahora la complicación de que tal título fue en Austria oficialmente abolido e incluso prohibido con la Revolución de 1918, con lo que en Austria, lo que resulta algo cómico, nadie podía usarlo legalmente para referirse a sí mismo, pero sí a otra persona. En Austria sólo se te prohíbe usar el *von* referido a ti mismo, pero por cortesía uno se dirige a otro con el *von* si es el caso de que lo haya heredado. Esta complicación es mayor aún en mi propio caso. Yo era un ciudadano obediente y por eso dejé de usar el *von* completamente, lo que no impedía por supuesto que inevitablemente apareciera en mi certificado de nacimiento. Cuando me quise naturalizar británico, remití a tal efecto dicho certificado, y al recibir el de naturalización, mi nombre inglés se convirtió de repente en *von Hayek*. Me pilló en un momento en que tenía prisas por conseguir un pasaporte inglés para pasar las vacaciones en Europa, por lo que en vez de reclamar por vía administrativa que rectificaran, lo que hice fue conformarme. Desde entonces, oficialmente, en Austria soy Hayek, y en Inglaterra, también oficialmente, von Hayek.

\* \* \*

Q<sub>7</sub>: ¿Puede explicar qué pretendía con *Camino de servidumbre*?

Hayek: Estaba dirigido contra lo que yo llamaría el socialismo clásico, sobre todo contra la nacionalización o socialización de los medios de producción. Algo a lo que muchos partidos socialistas contemporáneos han renunciado, al menos de modo ostensible, abogando más bien por una idea de redistribución o imposición justa — asociada al estado de bienestar— que no tiene aplicación directa. No creo que altere la objeción fundamental, porque pienso que ese control indirecto de la economía conduce en último término al mismo resultado, si bien en un proceso muchísimo más lento. De modo que al hablar de lo que parecía un peligro inminente si se volvía uno hacia un sistema de planificación centralizada, lo que aún era el objetivo de la mayoría de los programas oficiales de los socialistas, mi afirmación no tenía relevancia directa. El proceso, al menos, sería diferente. Cierta aspecto de las políticas del actual estado de bienestar —el redistributivo, en concreto— conduce finalmente al mismo resultado: la destrucción del orden de mercado y la necesidad, en contra de la voluntad de los actuales socialistas, de ir gradualmente imponiendo más y más planificación central. El proceso conduciría al mismo resultado. Pero mi descripción del proceso, y en concreto la velocidad relativa con que supuse tendría lugar, no es por supuesto aplicable a todo el programa socialista.

Q<sub>7</sub>: ¿Un alejamiento de la confianza en la planificación central en favor de un mayor uso del presupuesto para la redistribución de ingresos?

Hayek: Exactamente. No sé si debería alegrarme de ello, pero pienso que el socialismo se habría desacreditado a sí mismo mucho antes de haberse atendido a su

programa original.

\* \* \*

*Nota del editor:* En las páginas que siguen se reproduce íntegramente la transcripción de la retransmisión radiofónica de un debate entre Hayek y dos profesores de la Universidad de Chicago, emitida el 22 de abril de 1945.

*Friedrich Hayek*, profesor de economía en la London School of Economics, nació en Viena en 1899. Se educó en la Universidad de Viena, entrando al servicio de la Administración en 1921. Posteriormente fue nombrado director del Instituto Austriaco de Investigación Económica, e impartió docencia en economía en la Universidad de Viena. Marchó en 1931 a Inglaterra para ejercer como profesor de ciencias económicas en la Universidad de Londres, manteniéndose vinculado a la London School of Economics desde mediados de los años treinta. En 1938 adquirió la nacionalidad británica. Es autor de muchas obras, entre otras *Prices and Production* (1931), *Monetary Theory and the Trade Cycle* (1933), *Collectivist Economic Planning* (1935), *The Pure Theory of Capital* (1941) y *The Road to Serfdom* (1944).

*Maynard C. Krueger*, profesor ayudante de economía y miembro del correspondiente College de la Universidad de Chicago, estudió historia y política internacional antes de especializarse en economía. Completó su educación universitaria en la Universidad de Missouri en 1926 y, después de licenciarse en esa institución en 1927, se incorporó a la plantilla del Albion College como profesor de historia. Amplió estudios durante tres años en las universidades de París, Berlín y Ginebra. Desde 1928, y hasta su incorporación como docente a la Universidad de Chicago en 1932, impartió docencia en la School of Finance and Commerce de la Universidad de Pensilvania. Actualmente es presidente nacional del partido socialista, habiéndose presentado en 1940 como candidato a la vicepresidencia en la conferencia nacional de los socialistas.

*Charles E. Merriam*, Morton D. Hull Distinguished Service Professor Emeritus en Ciencias Políticas de la Universidad de Chicago, fue vicepresidente del National Resources Planning Board, y también miembro de la Commission on Recent Social Trends y del President's Committee on Administrative Management. El profesor Merriam ha intervenido activamente en la política de Chicago, siendo en tres ocasiones representante municipal en el consejo de la ciudad, y derrotado por poco en las elecciones a alcalde. Estudió en el Lenox College y en la State University de Iowa, obteniendo sus grados de licenciatura y doctorado en Columbia University. Ha sido miembro del departamento de ciencias políticas de la Universidad de Chicago desde 1900. Es autor de muchas obras, entre otras *A History of American Political Theories* (1903), *American Political Ideas, 1865-1917* (1921), *The American Party System* (1922), *New Aspects of Politics* (1925), *Political Power* (1934), *Role of Politics in Social Change* (1936), *The New Democracy and the New Despotism* (1939), *Prologue*

*to Politics* (1939), *What Is Democracy?* (1941), *On the Agenda of Democracy* (1941), y *Public and Private Government* (1944).

Mr. Krueger: Acaba usted de publicar un libro, profesor Hayek, que es un ataque general a los socialistas de todo tipo, incluyendo a los del partido socialista, entre los que me cuento. El debate en la Mesa Redonda de hoy ha de serlo en primer lugar sobre sus principales argumentos. ¿Podría ofrecernos una sinopsis de la tesis esencial de su obra?

Mr. Hayek: En realidad no es un ataque a los socialistas, sino un intento de persuadir a los socialistas, a quienes he dedicado el libro. Mi tesis principal es que los socialistas se equivocan en los medios que emplean para conseguir lo que quieren. Existen dos modos alternativos de ordenar los asuntos sociales: mediante la competencia y mediante la dirección gubernamental. Me opongo a la segunda, y quiero que la competencia funcione.

Mr. Krueger: Esta obra es también un ataque a la planificación. Profesor Merriam, usted diserta actualmente sobre la relación entre gobierno y orden económico. ¿Qué impresión le ha producido la lectura del libro?

Mr. Merriam: Llevo dedicado a la planificación desde hace más de cuarenta años: a la planificación de Chicago, a la estatal, a la regional, a la nacional en Washington... y no he advertido en ningún momento que nuestra planificación haya conducido hacia la servidumbre sino hacia la libertad, hacia la emancipación y hacia niveles superiores de desarrollo de la personalidad humana. Me parece que el libro no tendría especial relevancia para nuestro campo, de no ser por la confusión que tiende a introducir en la gente sobre el significado de la planificación en este país.

Mr. Krueger: Adivino un interesante debate y cierta controversia. Su principal afirmación, Hayek, es que la planificación tiende al totalitarismo. ¿Quiere matizarla de algún modo?

Mr. Hayek: Claro, por supuesto que hay matizaciones. El uso que en este debate se hace del término «planificación» es tan vago que casi carece de significado. Aquí se denomina planificación a toda actividad gubernamental y se supone que hay gente contraria a cualquier actividad de tal índole.

Mr. Merriam: En otras palabras, ¿no le gusta el uso americano del término «planificación» y pretende introducir uno nuevo?

Mr. Hayek: Desconozco el uso americano, e incluso dudo que exista un uso general. Es su uso.

Mr. Merriam: Cruzando la calle está la American Society of Planning Officials, con casi mil doscientos miembros. Hay cientos de oficinas de planificación municipal y cuarenta y ocho oficinas de planificación estatal, y en los últimos quince o veinte años no se ha parado de planificar en Washington. Se lo recuerdo, por si no lo sabía.

Mr. Hayek: Lo sé perfectamente. También sé que hay mucha gente en América que se opone a la planificación sin por ello sostener que no debería existir ninguna clase de

gobierno. Quieren confinar el gobierno a ciertas funciones. Mire, estoy de acuerdo con usted en que este debate, aquí y en cualquier sitio, resulta muy confuso. Lo que quería señalar es que hay dos modos básicos alternativos de ordenar nuestros asuntos. Por una parte, confiar en la competencia, la cual, si ha de ser efectiva, exige buenas dosis de actividad gubernamental dirigida tanto a hacerla efectiva como a complementarla donde lo anterior no sea posible.

Mr. Merriam: No me gusta cómo me ha despachado sin más sobre la noción americana de planificación. Un comentario de hoy mismo de su libro dice que «servirá de antídoto contra planificadores y socialistas bien intencionados y sentimentales», sin la menor matización, siendo así que usted tampoco discrimina o distingue en el libro.

Mr. Hayek: Creía que el libro era precisamente eso.

Mr. Merriam: Debe resultar desalentador, desde tal posición, tenerme a mí, un planificador americano, diciéndole que no utilizamos su término en ese sentido y que no nos gusta el modo en que nos lo quiere imponer.

Mr. Krueger: Merriam, conténgase un momento y demos a Hayek la oportunidad de explicar, también a nuestros oyentes, el sentido en que usa el término. Entiendo que no se opone a la planificación pública en todos los campos. ¿Podría ofrecernos una lista de ejemplos del tipo de planificación que no está atacando?

Mr. Hayek: Todo el diseño del marco legal dentro del cual opera la competencia: las leyes sobre contratos, sobre propiedad, las cláusulas generales sobre la prevención del fraude y el engaño. Actividades todas perfectamente deseables. Déjeme no obstante definirle más claramente la planificación frente a la competencia.

Cada vez que se pide al gobierno que decida cuánto ha de producirse de algo, quién podrá hacerlo y quién no, quién tendrá tal o cual privilegio... eso es una especie de sistema social alternativo al de la competencia con el que éste no puede combinarse. Es el sistema por el que la gran mayoría de los socialistas ha abogado durante más de un siglo, habiendo adquirido considerable influencia. Es de este sistema, de este tipo de planificación, del que única y exclusivamente estoy tratando, y el que desapruuebo.

Mr. Krueger: ¿Podemos preguntarle algo al respecto? ¿Qué tiene que decir de la limitación de la jornada laboral, de la ley que establece un número máximo de horas de trabajo? ¿Es compatible con su idea de planificación pertinente?

Mr. Hayek: Sí, si no se lleva demasiado lejos. Es una de esas regulaciones que crea condiciones de igualdad en todo el sistema. Pero está claro que si se lleva más allá del punto en que resulta adecuado atendiendo a la situación general del país, entonces puede interferir en exceso. Si hoy se legislara que nadie puede trabajar más de cuatro horas, eso perjudicaría a todo el sistema de la competencia.

Mr. Merriam: ¿Objetaría usted a cualquier limitación de la jornada laboral?

Mr. Hayek: No a «cualquiera», pero podría ser. Ahí tiene un ejemplo de cómo mi objeción no es de principio sino de grado. Es una de esas cosas que no hay modo de tratar sin hacer cuestión del coste que implica esa medida concreta.

Mr. Krueger: ¿Le parece permisible una ley que establezca un salario mínimo?

Mr. Hayek: Sería admisible una ley que estableciera un único salario mínimo general igual para todos los sectores, pero no creo que ése sea un modo particularmente inteligente de alcanzar el fin pretendido. Conozco modos mucho mejores de garantizar a todos un mínimo. Pero en cuanto se pasa de establecer un único salario mínimo general para todos los sectores a decretar mínimos particulares y diferentes para cada sector, entonces por supuesto que el mecanismo de precios se torna inoperante, porque habrá dejado de servir como guía para que la gente elija entre empresas y sectores.

Mr. Merriam: ¿Y qué me dice del TVA [Tennessee Valley Authority]?

Mr. Hayek: Hay mucho del TVA a lo que ningún economista puede objetar, ciertamente no los partidarios del *laissez-faire*. El control de las inundaciones y la construcción de presas son funciones que se reconocen al gobierno. Tengo la impresión de que muchas otras cosas muy distintas se han asociado a ese proyecto que no tenían por qué haber sido hechas por la empresa pública. Pero el principio de que el gobierno ha de ocuparse del control de las inundaciones y de cosas por el estilo, de que es una función perfectamente legítima y necesaria del mismo, no me parece que esté en discusión.

Mr. Merriam: ¿Incluso si implicara un crecimiento del potencial hidroeléctrico, como ha ocurrido con la TVA?

Mr. Hayek: Eso depende de las circunstancias. Si tal potencial hidroeléctrico no hubiera podido ser proporcionado por empresas privadas, no tengo nada que objetar.

Mr. Merriam: Eso no es cuestión de lógica sino de ajustes prácticos.

Mr. Hayek: Toda la cuestión de si se pueden o no crear las condiciones de la competencia es una cuestión de hecho.

Mr. Merriam: ¿No de lógica?

Mr. Hayek: Todo lo que digo es que, donde puedan crearse condiciones de competencia, deberíamos confiar en la misma.

Mr. Krueger: Un sistema general de seguridad social, ¿viola su definición de planificación«buena»?

Mr. Hayek: No desde luego un sistema de seguridad social en cuanto tal, ni siquiera un sistema que cuente con la ayuda del gobierno para organizarse. El único punto problemático es hasta qué punto hacerlo obligatorio y en qué medida lo utilizarán los sindicatos para fortalecer las acciones monopolistas. Ya que, dicho sea de paso, este es uno de los modos mediante los que perfectamente cabe eliminar la competencia.

Mr. Merriam: No se estará oponiendo a cualquier seguridad social gubernamental, ¿verdad? ¿Quiere que sea absolutamente opcional?

Mr. Hayek: Podría ser perfectamente opcional, lo que no contradiría el que cupiera ayuda por parte del gobierno. Lo que de ninguna manera entiendo es por qué ha de ser obligatoria.

Mr. Krueger: Una de las razones es que se suponía que mucha gente, la mayor parte

de la población, disfrutaría de ella. Esa fue la razón para imponerla como obligatoria. Me parece que todo el mundo está perfectamente de acuerdo en esto.

Mr. Hayek: No sé de qué me está hablando.

Mr. Krueger: ¿Qué piensa usted de un mínimo garantizado de alimento, vestido y cobijo? ¿Viola eso su definición de planificación pertinente?

Mr. Hayek: ¿Qué entiende usted por «un mínimo garantizado»? Siempre he dicho que estoy a favor de un ingreso mínimo por persona.

Mr. Merriam: Lo dice en su libro, cierto. ¿Qué quiere decir con eso?

Mr. Hayek: Lo volveré a expresar a mi modo. Lo que quiero decir es asegurar un ingreso mínimo con el que cualquiera pueda contar. Eso lo tienen ustedes, sobre todo bajo la forma de subsidio de desempleo.

Mr. Merriam: Pareció usted molesto cuando Krueger utilizó el término.

Mr. Hayek: No, pero él lo transformó en una garantía específica de prestaciones concretas.

Mr. Krueger: Esa cita es literal.

Mr. Merriam: De su libro, sí.

Mr. Krueger: Un mínimo garantizado de alimento, vestido y cobijo. Si eso es permisible, entonces me alegro de oírsele decir, porque usted va bastante más lejos que eso. En el campo internacional quiere un poder que pueda impedir a las diferentes naciones acciones que puedan perjudicar a las vecinas. Me parece que usted permite mucha más planificación pública de lo que muchos de sus lectores en este país han supuesto.

Mr. Hayek: Efectivamente, ya lo he advertido. Pero no soy un anarquista, no sugiero que un sistema competitivo pueda funcionar sin un sistema legal inteligentemente adoptado y eficazmente exigido. Ideal al que nos vamos aproximando dentro de cada país, aunque en el ámbito internacional ni siquiera tengamos un sistema legal.

Mr. Krueger: ¿Podemos pedirle que especifique el tipo de planificación que estaría proscrita en su sistema ideal? ¿Qué clase de planificación consideraría objetable?

Mr. Hayek: Le he dado una definición general: cualquier control directo del volumen o dirección de la producción.

Si quiere ejemplos de este país, creo que deben ser de antes de la guerra. Por ejemplo, la Agricultural Adjustment Administration, y casi todo el NRA; más recientemente, la Guffey Coal Bill. Ahí tiene una lista.

Mr. Merriam: ¿También incluiría ahí las tarifas?

Mr. Hayek: Sin duda incluiría cuantas restricciones impidieran la competencia.

Mr. Merriam: Aboliría todas las tarifas, ¿no?

Mr. Hayek: Soy librecambista convencido, y el libre comercio forma parte de esa filosofía.

Mr. Merriam: ¿Sin limitación o matización alguna?

Mr. Hayek: Una de las cosas que más me decepciona es que muchos partidarios de

mi obra no lo sean también del libre comercio, sin advertir que todo es parte de una misma filosofía.

Mr. Merriam: ¿Está contra la paridad de precios para el agricultor?

Mr. Hayek: Si por «paridad de precios» entiende un precio determinado garantizado por el gobierno, entonces ciertamente lo estoy, porque significaría que el sistema de formación de precios en competencia es completamente ineficaz.

Mr. Merriam: ¿Piensa, entonces, que si queremos evitar el camino hacia la servidumbre debemos abolir todas las tarifas y la paridad de precios para los agricultores?

Mr. Hayek: Sería uno de los modos más seguros de evitar marchar por tal camino.

Mr. Krueger: Hay otro asunto que me interesa: la cuestión de la planificación en relación a la cuestión del desempleo. Explica usted en el libro cómo la actual generación quiere más planificación que la anterior, y lo hace sin emplear nunca el término «desempleo», que de hecho aparece en su libro raras, muy raras veces. ¿Qué clase de planificación cabe justificar al abordar el problema de desempleo?

Mr. Hayek: Me parece que lo que esencialmente se requiere y probablemente sea lo eficaz se encuentra sobre todo —casi exclusivamente— en el campo de la política monetaria, aunque no comulgue con muchas de las ideas corrientes. Me refiero a que nadie duda que el gobierno tiene importantes funciones que ejercer en la provisión de las condiciones conducentes a un nivel de empleo elevado y sostenido. El que unas medidas concretas sean efectivas o no, eso ya es una cuestión muy técnica.

Mr. Merriam: ¿Se encuentra el Banco de la Reserva Federal en ese camino de servidumbre?

Mr. Hayek: No. Ninguna persona sensata ha negado nunca, que yo sepa, que el sistema monetario deba estar bajo control central. Eso forma parte del marco dentro del cual opera la competencia.

Mr. Merriam: Al parecer, no se ha enterado del debate sobre la adopción de cierta propuesta del Consejo del Banco de la Reserva Federal.

Mr. Hayek: He estudiado la historia del sistema de la Reserva Federal con mucho detalle.

Mr. Merriam: ¿Y no se ha enterado de que tal propuesta ha sido tachada de socialista?

Mr. Hayek: Supongo que no me hará responsable de las tonterías que haya dicho cualquiera.

Mr. Merriam: Lo que no le gusta lo llama usted tontería o ambigüedad.

Mr. Hayek: Es usted mismo quien lo considera una tontería.

Mr. Merriam: Me parece una tontería, sí; pero, como persona realista, atiendo a lo que ocurre en este país —esto es, América— distinguiéndolo de lo que ocurre en Austria, el Continente o Inglaterra.

Mr. Krueger: En su libro aparece una afirmación, presentada como una de sus

principales tesis, que a mí sí que me parece una tontería. Es la afirmación, realizada en lenguaje llano, de que es históricamente cierto que el auge del totalitarismo, en particular del fascismo, no fue una reacción contra las tendencias colectivistas en Europa, sino la inevitable consecuencia de la tendencia hacia el socialismo. Me parece una tan clara perversión de los hechos históricos que me gustaría oírsele reafirmar en términos que yo mismo pudiera entender.

Mr. Merriam: En términos limitados.

Mr. Hayek: Esa es efectivamente mi convicción y tesis principal de mi obra. Equivale a decir, simplemente, que la tendencia hacia el socialismo fue la causa principal de la creciente acumulación en manos del gobierno de más y más poder sobre todas las actividades. En Europa, una vez que los gobiernos controlaban directamente gran parte de la actividad social, hubo que decir a la gente a qué fines habían de servir tales actividades. Por eso tuvieron que pasar del mero control de las actividades materiales al control de las ideas y creencias.

Mr. Merriam: A eso debo responder que siempre he tenido la impresión contraria, desde mis comienzos como estudiante en Alemania en 1899, en la Universidad de Berlín, y en las muchas, muchas veces que he vuelto allí, sobre todo en el periodo de 1924, 1926, 1929, 1930 y 1932. No fue el comunismo, sino el miedo al comunismo el factor más poderoso en el desarrollo del nazismo.

Mr. Krueger: Si no podemos ponernos de acuerdo sobre la observación histórica acerca de la relación entre colectivismo, socialismo y fascismo, retornemos a la lógica argumental. Su argumento, Hayek, es que la planificación central conduce necesariamente al totalitarismo. Me gustaría que ampliase la idea.

Mr. Merriam: ¿Qué entiende por «planificación central»? Sigue pareciéndome confuso su uso del término.

Mr. Krueger: Eso es lo primero que me gustaría aclarar. Quisiera que ambos considerasen si eso puede hacerse por definición —simplemente definiendo, por ejemplo, qué planificación implica totalitarismo— o si existe alguna lógica real subyacente. Porque yo fui incapaz de seguir tal lógica en su obra.

Mr. Hayek: He empleado el término «planificación central» exactamente en el mismo sentido en que mucha gente en el pasado ha sugerido que cabría hacer mejor las cosas arrebatándolas de manos de la libre empresa y confiándolas al control del gobierno. Ese es el uso que hago del término. Una vez hecho eso, ocurren cosas que tales personas no previeron, pero que se siguen de ello como consecuencia lógica. En la medida en que el gobierno se hace cargo del control de los medios, también tiene que decidir a qué fines se van éstos a destinar.

Mr. Merriam: Los marxistas originarios eran anarquistas, ¿no? No creían en absoluto en el Estado.

Mr. Hayek: Confiaban en que acabaría por ser abolido, pero la ruta que propusieron pasaba por la omnipotencia del Estado, prometiendo su abolición en un futuro lejano y

sin explicar jamás cómo acabaría ocurriendo.

Mr. Merriam: Esa sigue siendo aún la doctrina, ¿no?

Mr. Hayek: Existen innumerables escuelas marxistas.

Mr. Merriam: ¿Entonces no cabe considerar a Lenin un profeta del comunismo?

Mr. Hayek: Dudo mucho que exista alguien en Rusia que crea que el Estado vaya alguna vez a desaparecer.

Mr. Merriam: Estamos tratando de la lógica de la situación y no de asuntos prácticos. ¿Es esa la doctrina, sí o no?

Mr. Krueger: Hayek, usted acaba por usar, de un párrafo a otro, y de modo intercambiable, el término «socialismo» y los términos «comunismo», «totalitarismo», «planificación» y «colectivismo». Sustituye uno por otro, lo que nos lleva a inquirir qué quiere realmente decir cuando dice «planificación». Insiste usted, por ejemplo, en que ello implica el control de las actividades individuales.

Esto es, que de haber planificación económica, una autoridad planificadora central debe decidir la ocupación de la gente, aboliendo su libertad de elegir profesión, así como qué mercancías y servicios ha de consumir cada cual y en qué cantidad, y de ahí proceder hasta instituir el control del pensamiento y de la expresión de la gente; de sus relaciones familiares, incluso. Usted sugiere todo esto en su obra. ¿Qué es lo que hay en la planificación central que implica este control sobre las actividades individuales?

Mr. Merriam: Cuando dice «planificación central» está excluyendo mi tipo de planificación.

Mr. Krueger: Y también la mía.

Mr. Merriam: Washington es planificación central, desde algún punto de vista, y la National Planning Association, con sede en Washington, financiada con fondos privados, también.

Mr. Hayek: No empleo los términos indistintamente. Digo, Krueger, que el colectivismo es un método que cabe usar para muchos fines, y que los otros son especímenes varios de colectivismo. Pero también digo que hay resultados que se siguen del empleo de un método, y no sólo de los fines que la gente pretende. Ese método de planificación central que se propone como método alternativo, en lugar de la competencia, de organizar la producción, significa que el gobierno, o la autoridad central en cada caso, deben hacerse con el control total de los recursos.

Mr. Merriam: Pero si «planificación central» no significa eso, entonces, por supuesto, no quiere decir que eso ocurra en los Estados Unidos.

Mr. Hayek: He definido y empleado el término en ese sentido de modo coherente, me parece, y creo que hay mucho de este tipo de planificación central en los propios Estados Unidos.

Mr. Merriam: Se lo discuto. ¿Puede enumerar ejemplos?

Mr. Hayek: Antes ya le di una lista.

Mr. Merriam: Se refiere a la AAA. Pero eso es constitucional en todo caso. No nos están llevando por el camino de la servidumbre, porque se han terminado.

Mr. Hayek: La mayoría de los controles establecidos en tiempos de guerra son ejemplos de planificación central, aunque sólo sea temporal.

Mr. Merriam: ¿Pretende que la guerra se dirija desde los distritos municipales? La guerra hay que centralizarla, ¿no?

Mr. Hayek: Durante la guerra todos hemos de ser en algún sentido totalitarios.

Mr. Merriam: No se opondrá a ello, ¿verdad?

Mr. Hayek: No, porque cabría sacrificar parte de la propia libertad temporalmente para poder preservarla a largo plazo.

Mr. Krueger: Contra esta definición de planificación que, por definición, implica el control de todas las actividades individuales, me gustaría sugerir que se ha escrito mucho, y usted sin duda lo habrá leído, sobre un tipo de planificación democrática basada en la descentralización y en el empleo de normas en lugar del uso de la autoridad discrecional en la adopción de decisiones, y basado en el mantenimiento de los procesos políticos democráticos como el control esencial de los funcionarios del gobierno por la gente. Parece ignorar usted todo esto, cuando insiste, por ejemplo, en que la planificación es incompatible con el gobierno de la ley.

Merriam, usted cree en el gobierno de la ley. ¿Qué tiene que decir al respecto?

Mr. Merriam: Algo sé del gobierno de la ley, sí, pero se me antoja que una gran laguna en los estudios de Hayek, entre otras muchas, está en que no cuenta con la administración y gestión públicas. Considera irracional delegar algo en un administrador, si le he entendido.

Mr. Hayek: Tengo bastante que precisar. Su idea, Krueger, me parece la más importante.

Mr. Merriam: A mí me parece más importante la mía.

Mr. Hayek: Voy a empezar por Krueger. Estos nuevos experimentos de algunos socialistas como usted de diseñar una alternativa a lo que solía ser el método tradicional del socialismo me parece intelectualmente fascinante. De hecho, son en parte resultado de haber advertido los peligros que apunto. Aunque me parece que no han llegado lejos o advertido lo enorme del peligro, que no evitan con las modificaciones que proponen, al menos han empezado a verlo, y eso ya es algo.

El caso es que he argumentado sobre el tipo de socialismo que determina nuestro desarrollo presente, no sobre ese tipo de socialismo especulativo que hace ya cinco años se discutía en casi una docena de artículos en revistas especializadas. Sus propios autores dudaban mucho de que alguna vez tal socialismo pudiera convertirse en asunto práctico.

Mr. Merriam: ¿Se puede saber de qué está hablando? Me parece que no me estoy enterando de nada. Krueger, ¿sabe usted de qué rayos está hablando?

Mr. Krueger: Me parece que sólo está descartando por irrelevante cuanto tan

inteligentemente se ha escrito sobre la cuestión de cómo puede gestionarse democráticamente la planificación, por cuanto insiste en definir la planificación como no democrática.

Mr. Merriam: Nos está excluyendo del cuadro que pinta. Por definición su definición es una definición, está claro.

Mr. Hayek: Empleaba la definición que hasta hace apenas cinco o diez años empleaban todos los socialistas que conozco, y que todos pensaban debía llevar a la práctica en un sistema democrático. Tanto ustedes como yo hemos concluido ahora que tales concepciones son irrealizables, y yo he ampliado la conclusión para aplicarla a todo socialismo. Frente a esto, ustedes, como reacción, acaban de diseñar un nuevo tipo de socialismo que piensan escapa a mi ampliación, experimento éste al que presto todo mi interés.

Mr. Merriam: No entiendo cómo puede estar seguro de que no son posibles las condiciones democráticas bajo un sistema que aún no ha sido probado.

Mr. Hayek: Puede ser que ustedes tengan unos medios de control completamente diferentes. Por mi parte, estoy totalmente a favor del desarrollo y de los experimentos.

Mr. Merriam: Me parece que tenemos más confianza en la democracia que usted, al menos por lo que se deduce de ciertos pasajes de su obra.

Mr. Krueger: Permítame abundar al respecto, Hayek. Insiste usted en que ninguna clase de planificación es compatible con el gobierno de la ley, y despacha en una breve nota a pie de página todo lo que se ha escrito sobre la planificación socialista de naturaleza democrática. Parece no tener la menor fe en el proceso político como medio de hacer que el gobierno responda a la voluntad del pueblo. ¿Es así como piensa? ¿No confía en el proceso político como medio de establecer responsabilidades?

Mr. Hayek: Si por planificación central entiende lo que yo, la dirección de la producción por el gobierno, mi convicción es que no cabe ejercer un control eficaz de la misma mediante un proceso democrático, ya que en una sociedad libre es imposible lograr el grado de conformidad que se requiere. Se precisan métodos que pongan de acuerdo a la gente, pues de lo contrario no tendríamos frenos democráticos.

Mr. Merriam: En su capítulo «Por qué los peores se colocan a la cabeza» expresa serias dudas, al parecer, sobre la capacidad de una sociedad democrática para llegar lejos. Dice, por ejemplo, que mientras más inteligente es la gente menos probable es que coincida. De ser así, ignoro entonces cuál es el valor de nuestro proceso educativo.

Mr. Hayek: Lo que quiero decir, Merriam, es que la gente como usted tiende a imponer a la democracia tareas que la superan y que probablemente acaben destruyéndola.

Mr. Merriam: Usted piensa que ésa es mi opinión. Mi idea es que así es como se hace la democracia, y que su debilidad proviene de que haya gente que atiende a lo que algunos piensan son sus ideas, Hayek.

Mr. Hayek: Ahí es donde diferimos.

Mr. Krueger: Soy tan escéptico como usted, Hayek, por lo que respecta a un estado todopoderoso.

Mr. Merriam: ¿Puede decirnos qué entiende por un estado«todopoderoso»?

Mr. Krueger: Empleo sus términos. Hayek ha utilizado palabras como«todopoderoso»,«omniabarcante»o«total»en casi cada capítulo.

Mr. Merriam: Ningún estado es todopoderoso.

Mr. Krueger: No quiero ser rescatado de las concentraciones privadas de poder económico del sigloXIXa costa del desarrollo de un estado totalitario. Pero si está seriamente interesado en ello, Hayek, me parece que también lo estará en el mejoramiento de un proceso político que permita establecer una conexión entre la gente y su gobierno. En vez de eso usted dice, y cito:«La elección periódica de representantes a la que cada vez más tiende a reducirse la capacidad de decisión moral del individuo no es ocasión que realmente pruebe los valores morales de éste.»No las va a tener todas consigo, me parece, si no conseguimos hacer del proceso político ocasión de expresar tales valores.

Mr. Hayek: Si saca la frase de contexto puede resultar muy confuso.

Mr. Krueger: Para clarificar a nuestros oyentes la posición fundamental de cada uno sobre el tema, sugiero que cada cual emita su pronunciamiento final.

Mr. Merriam: Me parece que la tendencia actual es hacia la libertad, hacia un grado de libertad hasta ahora desconocido en la historia. La servidumbre y la esclavitud pertenecen ya al pasado. Las grandes maldiciones de la humanidad, la guerra y el desempleo, están en proceso de ser abolidas por los esfuerzos humanos democráticos que reúnen en una empresa común, pública y privada, las fuerzas creativas del gobierno, las empresas, el trabajo, la agricultura y la iglesia.

Mr. Krueger: Si define la planificación de modo tal que ha de ser necesariamente totalitaria, entonces no hay manera de hacerla democrática. Pero la planificación es plenamente compatible con mantener reglas procedimentales que limiten el poder discrecional. Libertad, igualdad y seguridad, las tres, son perfectamente combinables, si bien para ello, me parece, algunas libertades han de abolirse o limitarse. Una de ellas es la libertad de poseer en privado y de controlar los beneficios, con el fin de asegurar aquellos medios de vida esenciales para otros. En lugar de restringir la moralidad a la conducta individual como si este fuera su campo propio, el principio moral ha de introducirse en el proceso político de modo que opere por medio de programas y de partidos políticos. De lo contrario, la libertad se quedará en una mera palabra en el título de la«Liga por la libertad».

Mr. Hayek: Lo que dicen no me perturba lo más mínimo. Parecen no advertir que continúan sumidos en una antigua controversia, la de si el Estado debería o no intervenir. El propósito de mi obra no ha sido otro que sustituir esa vaga y estúpida discusión por otra nueva, basada en la distinción entre tipos de intervención estatal, ya que estimo algunos tipos de actuación o intervención extremadamente peligrosos. Todo

mi esfuerzo, por tanto, se ha dirigido a distinguir entre intervención legítima e ilegítima. Y lo he hecho diciendo que, en la medida en que el gobierno actúe para favorecer la competencia, o bien en ámbitos en que no quepa introducir ésta, entonces no habría qué objetar. Todas las demás formas de actividad estatal me parecen, por el contrario, extremadamente peligrosas.



## Cuarta Parte

### *Chicago–Friburgo*

Mi visita más prolongada a los Estados Unidos antes de 1949 la realicé en la primavera y comienzos del verano de 1946, cuando pasé dos meses en la Universidad de Chicago y otros dos en la de Stanford. Durante ese periodo, en que gocé de más tiempo libre del que había disfrutado en los años precedentes, retomé el trabajo que había comenzado veinticinco años antes sobre las ideas psicológicas, y que acabó por publicarse en *The Sensory Order*.

Después de mi visita [la gira de conferencias de 1945] se hizo grande la tentación, desde consideraciones financieras, de escribir más obras divulgativas o pronunciar conferencias, y algunos amigos me animaron a cosechar todo el fruto posible. No me faltaron ofertas de varios tipos. Pero ni me sentía atraído por la tarea ni pensaba estar capacitado para realizarla con facilidad. La verdad es que me parecía que ese tipo de conferencias y escritos populares ejercían un efecto corruptor sobre mi mente y que, si me limitaba a actividades estrictamente académicas, a largo plazo podría hacer más por los ideales políticos que defendía. Además, haber ejercido por una vez al menos una influencia práctica y al mismo tiempo ganado una notable cantidad de dinero extra me hacía sentirme con derecho a dejar de prestar atención a cuestiones prácticas y dedicar por un tiempo todas mis energías a problemas exclusivamente abstractos. Probablemente también me doliera un poco el que algunas de mis amistades más de izquierdas me dieran a entender, con notable descaro, que a sus ojos había dejado de ser un científico para convertirme en mero propagandista. En todo caso, decidí que me iba a recompensar por lo que consideraba un deber cumplido desentendiéndome por un tiempo de lo que de mí se esperaba y dedicándome única y exclusivamente a lo que en ese momento se me antojara. Que era ocuparme de mis viejas ideas sobre psicología teórica, refrescadas por el trabajo sobre metodología de las ciencias sociales que había realizado en los primeros años de la guerra.

Jamás hubiera deseado abandonar Inglaterra, no desde luego de haber podido seguir viviendo en Cambridge, [si bien] comenzaba a sentir la atmósfera de una institución tan altamente especializada como la LSE algo estrecha, y el trabajo allí —por las largas distancias y por la docencia nocturna— cada vez más agotador. Lo que en primera instancia me hizo aceptar la oferta de Chicago [en 1950] fue únicamente la posibilidad que me ofrecía, desde el punto de vista financiero, de divorciarme y casarme de nuevo,

algo que deseaba hacer desde hacía mucho y que la guerra me había obligado a posponer ya bastantes años.

Realmente, el puesto en el Comité sobre Pensamiento Social de la Universidad de Chicago me proporcionó una ocasión ideal de desarrollar mis nuevos intereses. En mi calidad de profesor de ciencias sociales y morales podía dedicarme a casi cualquier cosa que quisiera e impartir clases sólo el tiempo que deseara. La verdad es que me había estancado un poco como economista y no sentía la menor simpatía por el curso que estaba tomando la ciencia económica. Aunque aún consideraba como excursiones temporales en otros campos mis trabajos de los años cuarenta sobre el método científico, la historia de las ideas y la teoría política, el caso es que se me hacía difícil volver a la docencia sistemática de la teoría económica, y por eso experimenté un alivio al no verme forzado a hacerlo como parte de mis deberes docentes.

Q<sub>6</sub>: ¿No tuvo el Volker Fund algo que ver con su marcha a los Estados Unidos [en 1950]?

Hayek: En una de esas giras de conferencias [1945] —que es por lo que le cuento toda esta historia— una de las sesiones más importantes se celebraba en el Economic Club de Detroit. Por entonces tenía mi centro de operaciones en el Quadrangle Club de la Universidad de Chicago, ya que la University of Chicago Press era la que estaba detrás, y todo estaba en manos de la organización nacional de conciertos y artistas. Esa conferencia en Detroit tuvo mucho éxito, y a la mañana siguiente, o a la otra, de vuelta en Chicago, cierto caballero se presentó en mi club y me dijo: «Profesor, no le voy a entretener mucho. Debería escribirse un libro como *The Road to Serfdom* pensando en los Estados Unidos de América. ¿Lo haría usted?»

«No sé nada».

«¿Pero puede escribirse?»

«Supongo que sí, siempre que elija al autor adecuado.»

«¿Cuánto podría costar?»

«No estoy al tanto de los precios en América, pero supongo que el coste sería de unos diez mil dólares [sesenta mil, al cambio actual] al año durante tres años.»

«El dinero es suyo.»

Era el señor Luhnnow. No le tomé muy en serio. Pero tuve largas discusiones sobre el tema con Henry Simons, que se había convertido en mi gran amigo en Chicago. Se hicieron presentes algunas complicaciones, pero finalmente hube de regresar a Inglaterra. Tenía que comunicar a Luhnnow durante el viaje que no podría ocuparme del libro.

Su respuesta por cable fue: «Determinando usted las condiciones, ¿volvería a ocuparse del proyecto?»

«Pero no a su costa. Si usted consiguiera que alguna universidad me invitara como profesor visitante, podría ocuparme entonces del tema.»

«¿Qué universidades le atraerían más?»

Todo esto por cable.«Chicago», dije, donde había empezado a tratar del tema con Henry Simons, y también mencioné que aún no había estado en la Costa Oeste, nombrando Stanford como una posibilidad. En menos de tres semanas había recibido invitaciones de los rectores de tres universidades. Arreglamos la cosa para dividir un semestre entre Chicago y Stanford.

Q<sub>6</sub>: ¿Qué pasó con el proyecto de escribir una versión americana de *The Road to Serfdom*?

Hayek: Casi había convencido a Henry Simons de hacerlo, bajo la condición de que Aaron Director, que por entonces trabajaba en Washington, trabajara con él.

Q<sub>6</sub>: ¿En Chicago? ¿Aaron Director no era cuñado de Milton Friedman?

Hayek: Sí. Aunque solía vivir en Chicago, Aaron había aceptado un trabajo en Washington durante la guerra, y allí es donde se encontraba en ese momento; por eso negociaba yo a través de Henry Simons. Pero todo se fue al traste cuando Aaron no quiso aceptar el trabajo de ayudar a Henry. Cuando éste falleció de repente, estando yo ya en Stanford para seguir con mi trabajo, ocurrió algo curioso, y es que Aaron se sintió en la obligación de continuar como buen amigo lo que no había querido hacer antes. De modo que Aaron Director se trasladó a Chicago con el dinero de la Volker con el encargo oficial de escribir un«Road to Serfdom»para los Estados Unidos, algo que nunca hizo. Estos fueron mis comienzos con Luhnów. No tuve ningún otro contacto directo con él después, salvo al asistir a algunos seminarios de debate organizados por él. Pero tengo motivos para sospechar que, cuando poco después John Nef comenzó a intentar persuadir a Hutchins para que me contratara en Chicago, Luhnów estaba detrás. En primera instancia me propusieron a la facultad de económicas, pero ahí no quisieron admitirme (...).

Quien quiera que fuese quien me quisiera allí fue desde luego persistente, pues redirigió sus esfuerzos hacia el Comité sobre Pensamiento Social. Un lugar en último término mucho más atractivo para mí, que después de haber estado enseñando teoría económica durante veinte años me encontraba algo cansado del tema. Las invitaciones procedentes del Comité sobre Pensamiento Social sugerían que podría impartir docencia sobre cualquier disciplina limítrofe con las ciencias sociales y que, si por un tiempo prefería no enseñar, no se me exigiría hacerlo. Esto, junto a un salario más elevado, resultaba irresistible. Por eso me fui a Chicago.

Los capítulos sobre historia de las ideas que recoge *The Counter-Revolution of Science*, esto es, los ensayos sobre los saint-simonianos y Comte escritos en Londres en 1940, representan mi incursión más ambiciosa en un campo que durante mucho tiempo ha despertado mi interés. A él pertenecen los distintos ensayos biográficos sobre economistas (Gossen, Wieser, Cantillon, Menger y, en particular, sobre Henry Thornton, mi ensayo favorito) que he escrito en diversos momentos. En concreto, el trabajo sobre los saint-simonianos me condujo a dedicar muchísimo más tiempo del esperado a John Stuart Mill, siendo así que éste nunca me había atraído en particular; el caso es que sin

pretenderlo adquirí la reputación de ser uno de los mejores expertos en él. Todo empezó al advertir, rastreando la influencia de los saint-simonianos en Inglaterra, cómo una gran parte de la correspondencia de John Stuart Mill que resultaba iluminadora al respecto sólo era asequible bien en forma ampliamente dispersa entre muchas publicaciones, a menudo difíciles de encontrar, bien sólo en forma manuscrita.

Un repaso de la correspondencia inédita disponible reveló una tal riqueza de contenido de este tipo —en particular, la fascinante correspondencia de Mill con su última esposa— que sentí la tentación de comenzar su colección sistemática e incluso de publicar el material más interesante. La casualidad de que me encontrara con este material en un momento de la guerra en que disponía tanto de tiempo libre como de un ayudante capaz y en otras circunstancias difícilmente contratable (el Dr. Bosch) me tentó a profundizar mucho más en el proyecto que había emprendido. Pero después de publicar la correspondencia entre John Stuart Mill y Harriet Taylor [1951] y de poner todo mi material a disposición de Michael Packe, reconocido biógrafo de Mill, descargué mi cúmulo de transcripciones de las cartas de Mill sobre el Dr. Francis Mineka, de la Universidad de Cornell, quien, estaba seguro, realizaría la tarea editorial mucho mejor de lo que yo podría nunca hacerlo.

Mi trabajo sobre Mill dio un fruto imprevisto pero muy agradable. Al editar la correspondencia con su mujer, había tenido que omitir la mayoría de las largas cartas que Mill le había dirigido cuando se encontraba durante su largo viaje que, por motivos de salud, había realizado por Italia y Grecia en el invierno y primavera de 1854-55. Se me ocurrió que podría resultar interesante repetir el viaje exactamente cien años más tarde con el fin de elaborar una edición totalmente anotada de las cartas. Conseguí persuadir a la Fundación Guggenheim para que me concediera una ayuda importante para financiar el viaje, y mi mujer y yo pudimos así pasar siete meses deliciosos viajando en coche, primero por el oeste y sur de Francia, luego a través de Italia hasta Nápoles, y desde ahí, rodeando Sicilia, a Corfú y Atenas, que sirvieron de centro para nuestras visitas a Eubea, Delfos y la mayor parte del Peloponeso. Dado que al ir en coche podíamos viajar más rápido de lo que lo hacía Mill una vez se bajaba del tren, y aunque en general intentábamos estar en cada sitio en las fechas en que Mill lo había estado, ahorramos el tiempo suficiente como para desde Nápoles realizar un viaje lateral a Egipto y pronunciar allí, invitado por el Banco de Egipto, unas conferencias sobre «The Political Ideal of the Rule of Law».

Estas conferencias, junto con mi preocupación constante por el pensamiento de Mill, trajeron consigo el que a nuestro regreso a Chicago, en el otoño de 1955, apareciera de repente ante mí con toda claridad el plan de *The Constitution of Liberty* [Los fundamentos de la libertad]. Hay una historia que contar a este respecto, y voy a hacerlo. Mill describe en su *Autobiography* cómo la idea para su *On Liberty* le vino mientras ascendía los escalones del capitolio en Roma. Al repetir esa ascensión en el día apropiado cien años más tarde no me vino, empero, ninguna inspiración. Como más

tarde advertí, no había razón para esperarla, porque Mill había mentido: sus cartas reflejan que la idea de escribir esa obra la tenía ya antes de su llegada a Roma. Con todo, poco después de la conclusión de nuestro viaje tenía ante mí el plan definido de un libro sobre la libertad basado en las conferencias de El Cairo. En los tres años posteriores esboqué cada una de las tres partes de *Los fundamentos de la libertad* a razón de una por año, revisando el conjunto en el invierno de 1958-59, lo que me permitió entregar el manuscrito definitivo a mis editores americanos el día de mi sesenta cumpleaños, el ocho de mayo de 1959. (La producción del libro se terminó en diciembre de ese año, pero para fecha oficial de publicación se eligió el nueve de febrero de 1960.)

Poco después de la aparición de *Los fundamentos de la libertad* caí, en mayo de 1960, en una profunda depresión que duró exactamente un año. Entonces la atribuí a haber dejado de fumar (por una falsa alarma provocada por mi dentista, que me había descubierto una zona inflamada en el paladar), pues salí de ella casi instantáneamente al volver a mi pipa al cabo de un año. Ahora tiendo más bien a verla como un ataque prematuro del mismo tipo de depresión que en estos momentos sufro [marzo de 1972] y que va ya para dos años [y que persistió hasta poco antes de la concesión del premio Nobel en 1974]. El primer ataque se pasó mientras pasábamos parte de la primavera de 1961 en la Universidad de Virginia en Charlottesville, una visita en su mayor parte ensombrecida por la propia depresión.

Cada vez me inclino más a pensar que el estado tan miserable en que me encontraba a principios de los setenta se debió principalmente —superados ciertos problemas iniciales con el corazón en 1969— al erróneo tratamiento contra la diabetes que me había impuesto mi doctor de Salzburgo. Personalmente me caía estupendamente y le tenía en alta consideración, pero me había recetado una medicación para disminuir el contenido de azúcar en sangre que era la causa principal de ese «temblor interior»—así denominaba yo a ese estado— que me incapacitaba intelectualmente. Con posterioridad me enteraría de que esa descripción que había inventado resultaba familiar a los médicos como síntoma de un bajo contenido de azúcar en sangre. Explicación que apoyo en que mi nivel de azúcar permaneció bajo incluso después de haber abandonado la medicación; algo, me parece, bastante improbable en una persona con propensión a la diabetes (si bien podría deberse también a haber disminuido el peso de unos ochenta y nueve kilos a poco más de setenta).

Por mucho que disfrutara del ambiente intelectual que ofrecía la Universidad de Chicago, el caso es que nunca llegué a sentirme en los Estados Unidos tan en casa como me había sentido en Inglaterra. También me preocupaba, y mucho, la inadecuada provisión que esa posición ofrecía para nuestra vejez, la de mi mujer y la mía: una suma residual a una edad de jubilación relativamente temprana (los sesenta y cinco años). Cuando en el invierno de 1961-62 recibí la inesperada oferta de una cátedra en la Universidad de Friburgo de Brisgovia que no sólo contemplaba una jubilación a los

sesenta y ocho sino también me aseguraba a mí al menos una moderada pensión vitalicia, no dudé lo más mínimo en aceptar el ofrecimiento y jamás me he arrepentido del cambio. Los ocho años que pasamos allí fueron muy satisfactorios en muchos sentidos. Una vez más hube de convertirme en economista, pero pude concentrarme en impartir docencia sobre problemas de política económica, algo sobre lo que aún pensaba que tenía algo importante que decir. Tuvimos mucha suerte al encontrar una vivienda atractiva, disfrutando en particular del encantador entorno de la Selva Negra.

Tuve también la suerte de conservar intactas casi hasta el final de ese periodo en Friburgo mis energías, salud y capacidad de trabajo. Y si bien después de cumplir los setenta mis fuerzas comenzaron a declinar visiblemente y aún no he completado el trabajo que emprendí durante esos años, éstos fueron en su conjunto un tiempo muy fructífero. También viajamos más que nunca: cuatro visitas a Japón (con escapadas a Taiwan e Indonesia) y, para terminar, de vuelta de una estancia de cinco meses en la Universidad de California en Los Angeles, un vuelo sobre el Pacífico Sur (Tahití, Fiji, Nueva Caledonia, Sidney y Ceilán).

Poco después de instalarnos en Friburgo comencé a trabajar en lo que creció hasta convertirse en el proyecto de una obra bastante ambiciosa sobre la ley, la legislación y la libertad (*Law, Legislation and Liberty [Derecho, legislación y libertad]*, 3 vols., 1973-79), que pretendía ser una especie de suplemento a *Los fundamentos de la libertad*. Buena parte de lo que publiqué durante el periodo de Friburgo se encuadra dentro de ese proyecto. Cuando al cabo de ocho años abandonamos Friburgo, yo había completado (con la excepción de un capítulo conclusivo) un manuscrito excesivamente extenso. Si bien sigo pensando que contiene algunas ideas importantes, en su forma presente no me parece apto para publicación.

Q<sub>5</sub>: Recuerdo que en una ocasión me mencionó cierto proyecto. Si no recuerdo mal, se trataba de conseguir el respaldo de la Ford Foundation para restablecer la Universidad de Viena; creo que fue en los años cincuenta.

Hayek: Bueno, para restablecer su tradición. Mi idea era crear algo así como un instituto de estudios avanzados y trasladar a todos los refugiados que aún se encontraban en activo de vuelta a Viena: gente como Schrödinger, Popper y ¡tenía toda una lista maravillosa! Creo que podríamos haber constituido un centro excelente de haber conseguido financiación. Pero lo que de ahí salió fue el actual Ford Institute de Viena, dedicado por entero a las matemáticas, la economía y la estadística, algo que no es que me agrade en particular. Me parece que el plan se fastidió, en no pequeña medida, porque la Universidad de Viena no demostró especial entusiasmo ante la idea.

Uno de los principales beneficios que obtuve con el éxito de *Camino de servidumbre* fue que gracias a las diversas giras de conferencias a que condujo, o bien mediante la correspondencia que suscitó, entré en contacto con muchas más personas que abrigaban ideas similares sobre los temas tratados en la obra de las que había pensado existían. No sólo en los Estados Unidos, sino también en varios países del Continente existían

individuos o pequeños grupos que aún participaban de la gran tradición liberal pero que, al intentar restablecerla y defenderla, se sentían tan aislados como nuestro pequeño grupo en la London School of Economics, donde no sólo mi íntimo amigo Lionel Robbins, sino también otros colegas como Arnold Plant, Frank Paish y Frederic Benham estaban de acuerdo con lo esencial de mis ideas.

Aprendí tantísimo y en tan diversos lugares de la discusión con hombres de mentalidad similar a la mía —como Henry Simons y su grupo de Chicago, Wilhelm Röpke en Ginebra, y un grupo alemán encabezado por Walter Eucken—, que se despertó en mí el deseo de acercarlos y de constituir un grupo internacional para debatir los problemas que suscitaban sus esfuerzos de revivir la tradición liberal. Sólo dentro de un grupo que compartiera la misma filosofía básica, me parecía, sería posible discutir estos problemas de manera fructuosa. Todos teníamos mucho que aprender de los otros. Además, el que cada cual hubiera dirigido sus intentos de desarrollar los ideales básicos en una dirección diferente había conducido a que en muchos otros aspectos la mayoría hubiéramos acabado aceptando inevitablemente algunas ideas entonces al uso que, en el fondo, eran realmente incompatibles con los principios liberales.

Aunque en los años inmediatamente posteriores a la guerra pensé y hablé mucho sobre la idea, probablemente hubiera permanecido un sueño de no haber sido porque encontré en Suiza a un hábil organizador que puso mis planes en práctica. Ciertamente Dr. Albert Hunold de Zurich había recogido algunos fondos para que Röpke pudiera editar una publicación periódica liberal, pero alguna que otra fricción entre ambos acabó tornando impracticable la idea. Ahora bien, el Dr. Hunold obtuvo, tanto de los donantes como de Röpke, el consentimiento para emplear los fondos ya reunidos en Suiza para financiar la conferencia que yo había propuesto. Conferencia que fue posible organizar en la primavera de 1947, cuando conseguí financiación adicional de un admirador americano de *Camino de servidumbre*. Pude determinar personalmente tanto quiénes participarían como el programa, ocupándose Hunold del resto de las labores organizativas. A la conferencia de diez días de duración en Mont Pèlerin, cerca de Vevey, en el Lago Ginebra, asistieron treinta y seis académicos y hombres de prensa de los Estados Unidos, Inglaterra y varios países del Continente, y tuvo tal éxito que se acordó convertirla en una asociación permanente que llevaría el nombre del lugar en que se celebró ese primer encuentro.

Con la ayuda del Dr. Hunold pude organizar en diferentes lugares una reunión casi anual durante los doce años siguientes, actuando yo como presidente de la sociedad. En ese tiempo creció rápidamente el número de miembros, hice muchos amigos y escuché muchas ideas interesantes. Pero las ambiciones mundanas que desarrolló Hunold, en quien había delegado todo el trabajo de organización, acabó haciendo imposible la colaboración, y hube de insistir en la necesidad de la dimisión de ambos para dar entrada a un nuevo equipo directivo. Miembros más jóvenes secundaron la iniciativa y,

tras un periodo crítico de uno o dos años, la sociedad retomó sus programas y sigue aún floreciente, casi veinticinco años después. Aunque ahora, en 1971, después de un periodo en que sus ideales parecían extenderse por el mundo, éstos se encuentran de nuevo amenazados por una creciente tendencia hacia el colectivismo.

Con frecuencia he envidiado a esos hombres que poseen su conocimiento, que de tal forma lo tienen almacenado —ordenado y fácilmente reproducible— que en todo momento son capaces no sólo de reconstruir las secuencias argumentales que una vez aprendieron o elaboraron por sí mismos, sino también de hacerlo casi con las mismas palabras con que por primera vez se familiarizaron con ellas. Son los hombres de respuestas rápidas, los profesores eficaces, y me parece que también los buenos escritores. Todo ello exige la capacidad de ver el tema como un todo y ser constantemente consciente de en qué parte de la larga cadena de razonamientos se encuentra uno en cada momento.

Pero no estoy seguro de si los hombres de este tipo, cuya memoria les brinda un dominio rápido de su conocimiento, son tan capaces de hacer contribuciones originales como aquellos cuya mente no sigue tan fácilmente caminos ya trillados. Por lo que a mí respecta, estoy seguro de que debo la mayoría de las ideas originales que alguna vez haya tenido al hecho de *no* tener listas respuestas convencionales a preguntas bien conocidas, de tener que elaborarlas trabajosamente desde cero cada vez, y de descubrir en ese proceso los fallos e inadecuaciones de las opiniones generalmente sostenidas.

Al comparar mis propias capacidades y métodos de trabajo con los de mis colegas y amigos, soy cada vez más consciente de que existen dos tipos mentales muy diferentes, siendo yo mismo representante bastante extremo de uno de ellos. Difieren estos tipos sobre todo en la función que cumplen, en las cadenas de razonamiento, la memoria precisa y la reproducción fácil en la propia formación intelectual. Mi capacidad de reproducir de memoria un fragmento que haya leído o escuchado es verdaderamente reducida. Incluso de joven, aunque tenía una memoria a corto plazo bastante buena, y cada argumento que siguiera o cada historia que oyera dejara efectos permanentes en mi pensamiento, rara vez era capaz de recomponerlos.

Era como si instantáneamente entraran a formar parte de una fotografía compuesta, una contribución a mi concepción del mundo, pero no un relato del mundo que pudiera volver a usar como tal.

Las ideas originales que haya podido efectivamente tener no proceden de un proceso de razonamiento ordenado. Siempre me he considerado una refutación viviente de la posición que sostiene que todo pensamiento acontece en palabras o, más en general, en el lenguaje. Estoy tan convencido como cabe estarlo de haber sido a menudo consciente de tener la solución a un problema —de estar«viéndola»ante mí— mucho antes de poder expresarla en palabras. De hecho, más que éstas, en mis procesos mentales probablemente desempeñe un papel mucho mayor alguna forma de imaginación visual de estructuras simbólicas abstractas (que no tanto de representaciones concretas). Me

parece que un tipo de memoria fuertemente visual y la falta de memoria verbal suelen ir conectados.

Siempre me ha atraído la idea de las fotografías compuestas (que resultan de superponer, unas sobre otras, fotografías de varias caras diferentes), de moda en una época anterior a la mía y de las que quizá nunca llegara a ver ninguna. Pero me parece que ejemplifican bien una propiedad característica de mi mente: aunque no recuerde un argumento, de algún modo absorbo parte del mismo en lo que ya sé. Me supondría un esfuerzo enorme apropiarme de un argumento de modo tal que pudiera reproducirlo, si bien quizá sería más fácil con un tema del que antes no supiera absolutamente nada; desde luego, casi imposible con una cuestión sobre la que haya pensado con anterioridad por mi cuenta. Incluso al estudiar algún tema nuevo el resultado de leer un primer manual es siempre borroso e indistinto. Suelo preferir no trabajar el mismo texto de nuevo, sino leer algún otro sobre el mismo tema.

Las cosas se van poniendo en su sitio gradualmente, y aunque haya adquirido la ganancia de haber trabajado en mi mente la respuesta a las cuestiones más relevantes, sigo sin tener una visión sinóptica del conjunto en mi mente, o bien soy incapaz de exponer el asunto de la misma forma dos veces seguidas.

Por la época en que me trasladé a Cambridge, sobre todo al encontrarme en la nueva compañía de la High Table del King's College, me deprimí bastante ante mi creciente incapacidad para seguir de cerca las conversaciones en inglés. Hube de esperar a después de la guerra, al visitar de nuevo países de habla alemana, para descubrir que lo que se había deteriorado notablemente no era mi comprensión del inglés sino mi capacidad auditiva. Desde hacía mucho era sordo del oído izquierdo (creía yo que a consecuencia de la explosión de una mina durante la guerra, aunque los médicos decían que era por cierta infección de mi infancia), pero hasta casi los cuarenta la audición por la derecha era tan buena como para compensar esa deficiencia. Desde entonces me he visto privado de modo creciente del placer de la conversación en sociedad y casi completamente de disfrutar del teatro, uno de mis pasatiempos habituales en alguna época. Aunque mi capacidad auditiva no se haya deteriorado tanto como en cierta ocasión llegué a temer, sin duda es en gran medida responsable de que parezca mucho más insociable de lo que en realidad soy.

Fue también durante los años en Cambridge cuando más disfruté con mi afición a coleccionar antiguos libros de economía. Había empezado a hacerlo en Viena, en conexión con un libro que entonces planeaba escribir sobre la historia de la teoría y política monetarias; una colección especial, que vendí en 1939 al Bank for International Settlements de Basilea para incrementar la entrada que pagué por la casa que entonces compré. Las visitas a Oxford, Cambridge y Edimburgo, y a algunos otros sitios de la región, ofrecían todavía en los años treinta amplia oportunidad de adquirir obras de los siglos XVIII y XIX. Y aunque no cupiera siquiera intentar emular las grandes colecciones de generaciones anteriores, me parece que la colección que finalmente logré reunir (y que

en 1969 vendí a la Universidad de Salzburgo) era tan buena como la que cualquiera de los colegas de mi generación hubiera podido reunir. Añadí libros continuamente mediante compras por catálogo hasta después de la guerra, cuando prácticamente se secó su fuente (o al menos se volvió imposible su precio), y en una ocasión conseguí equilibrar lo que en un principio era una colección principalmente inglesa comprando a la viuda de mi relativamente viejo colega vienés Ewald Schams una buena colección de literatura económica francesa del sigloXVIII.

Aparte los deportes del montañismo y del esquí y, en mis primeros años en Austria, la afición por reconstruir la historia familiar, desgraciadamente no he cultivado otras aficiones, algo que lamento muchísimo ahora, en los años de vejez.

Q<sub>6</sub>: ¿No era el montañismo algo más que una afición para usted?

Hayek: Quizás ampliara mi comprensión de la atmósfera intelectual inglesa del sigloXIX. La combinación de trabajo intelectual y montañismo es perfecta, como ejemplifica el libro de Leslie Stephen sobre montañismo. En mi caso, la afición a la montaña estaba relacionada con la botánica. Conocía bien la literatura montañera inglesa, lo que me ayudó a encajar en la atmósfera del país.

Q<sub>6</sub>: ¿No fue a través del montañismo como conectó con el economista Pigou?

Hayek: Ambos residimos en Cambridge durante la guerra. Él enseñaba el curso de economía elemental y yo el avanzado. No caí en el porqué de su repentino interés por mí, sin embargo, hasta que tropecé con cierta obra de Richard Deacon, que es un pseudónimo. Deacon sugiere que a Pigou le atraía la gente capaz de cruzar fronteras. Se me había olvidado que en 1939 quise visitar Austria, y no deseaba que alguien pudiera pensar que tenía privilegios con los alemanes. De hecho, iba a visitar a la que ahora es mi mujer. Poco después Pigou se interesó por mí, y el contraste entre su repentino interés y el rápido abandono del trato, después de haberme pedido ir con él al Lake District a escalar juntos, cuadra perfectamente con la historia de Deacon. Tan cerca ya de la guerra como en julio o agosto de 1939 fui a Austria, perfectamente seguro de que podía arriesgarme, porque —aunque era probable que la guerra estallara en cualquier momento— yo conocía sus montañas tan bien como para, de ser preciso, salir a pie del país.

Q<sub>6</sub>: Su plan era atravesar las montañas hasta la Carintia, ¿no?

Hayek: Conocía bien el lugar, mejor incluso que el paso entre Voralberg y Suiza. Las montañas del oeste, las suizas, son montañas glaciares recientes, donde podría resultar algo difícil ir solo. Yo tenía muchos amigos en esa región.

Aunque me haya convertido en un académico tan puro como quepa imaginar y no desee ahora otra forma de vida, no es esto lo que yo esperaba ni pensaba sería lo mejor para mí. Fueron en gran medida las circunstancias externas de vivir en países extranjeros —y la mayor parte del tiempo como un extraño, menos familiarizado con la vida cotidiana que la mayoría de mis iguales— las que me mantuvieron al margen de

cualquier participación activa en la vida pública, e incluso me alejaron, ya como académico, de lo más concreto y empírico, dirigiéndome hacia los aspectos más abstractos del trabajo científico, único ámbito donde podía confiar en tener alguna ventaja sobre otros. De haber permanecido en mi país natal, o incluso si hubiera continuado en Inglaterra después de mi completa asimilación (efecto producido sobre todo por haber pasado la guerra en Inglaterra, estando todas mis simpatías de su lado), casi de seguro habría acabado siendo arrastrado hacia actividades públicas y políticas, o hacia trabajos en la Administración. Esto último no es que especialmente me gustara, aunque mi suposición de no servir para ello no era del todo cierta. Cuando la necesidad me lo impuso, me parece que cumplí con mi obligación cuando menos con competencia.

Con frecuencia he sido agudamente consciente de que mi pensamiento, más que el de muchos otros, ha estado siempre completamente orientado hacia el futuro; me parece que perdí muy pronto la capacidad de disfrutar con calma del presente. Son mis planes para el futuro los que me hacen la vida interesante; para mí, la satisfacción consiste sobre todo en haber hecho lo planeado, y la mortificación, en no haber podido ejecutar mis planes. Como no era excesivamente ambicioso ni sobrestimaba mis capacidades, tuve éxito casi siempre, y la mayor parte de mi vida la he vivido relativamente contento, siempre y cuando tuviera alguna tarea que realizar.

Q<sub>5</sub>: Escribió usted un libro de psicología, me parece recordar [*The Sensory Order*].

Hayek: Aún me parece una de mis contribuciones más importantes al avance del conocimiento. Curiosamente, los psicólogos parecen estar descubriendo la obra ahora.

Q<sub>5</sub>: Sí, he visto algunas referencias en el último año o así.

Hayek: La obra tiene ahora veinticinco años, y la idea, cincuenta por lo menos.

Q<sub>5</sub>: ¿Podría explicarla brevemente?

Hayek: Lo que me parece importante al respecto, algo que no pude hacer cuando por primera vez tuve la idea, es formular el problema que intentaba resolver en lugar de la respuesta que quería obtener. El problema es: ¿qué es lo que determina la diferencia entre las distintas cualidades sensoriales? Intenté reducirlo a un sistema de conexiones causales, o de asociaciones, podría decirse, en el que la cualidad de una sensación particular (el atributo de azul, o lo que sea) viene dado por su posición en un sistema de conexiones potenciales encaminadas a acciones.

Se podría, en teoría, reproducir una especie de mapa de cómo un estímulo evoca otros estímulos, y éstos otros a su vez, y reproducir así en principio todos los procesos mentales. Digo «en principio» porque es demasiado complicado como para que realmente se pueda hacer. Esto me condujo, de paso, a la distinción entre una explicación de principio y una explicación de detalle —una «predicción tipo», como ahora la llamo— que desarrollé primero en mis trabajos de psicología y después apliqué a la economía.

Q<sub>5</sub>: Si, creo que las «predicciones tipo» son un concepto importante que muchos

economistas en cierto modo aún desconocen.

Hayek: Tiene que ver con la teoría de hasta qué punto cabe explicar fenómenos complejos allí donde no podemos realizar predicciones precisas. No conocemos ninguna ley, pero todo nuestro conocimiento lo es de un cierto tipo, esencialmente.

\* \* \*

Q<sub>6</sub>: ¿No ha mencionado a Schrödinger alguna vez en relación con *The Sensory Order* ?

Hayek: Para enorme sorpresa mía, Schrödinger parece haber sido el único en haber entendido plenamente *The Sensory Order*, aunque también es cierto que andaba investigando precisamente ese tipo de problema. Le conocí cuando estaba en el Gymnasium. Su padre era un botanista aficionado, y también un industrial. Formaba parte del círculo de mi padre, que regularmente se reunía en nuestra casa. Algunas veces el joven Schrödinger también venía; tenía cinco o seis años más que yo. Luego se mudó a Londres, claro.

\* \* \*

Q<sub>6</sub>: Le veo como un hombre en la tradición intelectual de Kant y el movimiento kantiano. También Mises dijo serlo —su lenguaje indicaba que lo era—, y sin embargo disentían ustedes en epistemología. Eso siempre me ha confundido. Ambos son kantianos, contemplados en perspectiva, y sin embargo usted le tacha de utilitarista. ¿Cómo distingue ambas tradiciones?

Hayek: Una historia compleja, una vez más. Usted conoce el libro de John Gray sobre mí [*Hayek on Liberty*, 1984]. Evidentemente, interpreta que soy un kantiano. En un primer momento me sentí inclinado a decir: «Exagera usted la influencia. Nunca he estudiado a Kant en detalle.» Pero el hecho es que a la crucial edad de, me parece, veinte o veintiún años, fui fascinado por la obra de un contemporáneo mío kantiano llamado Alois Riehl, quien escribió un gran libro sobre crítica y dos introducciones más o menos divulgativas. Supongo que casi todo lo que sé sobre la filosofía kantiana lo he aprendido de un kantiano. Por eso dije a Gray en un primer momento que no lo era, que sabía demasiado poco de Kant por mis estudios como para que pudiera ser así, pero finalmente tuve que admitir que indirectamente sí que sabía bastante.

Q<sub>6</sub>: Desde su propia perspectiva, entonces, usted no es un utilitarista.

Hayek: No ahora, desde luego. Para empezar, creo que fue el propio Mises quien me familiarizó con el utilitarismo, y en mis primeras etapas lo estudié detenidamente. Tanto que, de hecho, al analizar los papeles de Jeremy Bentham en el University College descubrí que Bentham había sido muy buen economista, que había escrito un notable

trabajo sobre teoría monetaria.

Por entonces había comenzado la muy urgente tarea de ordenar los papeles de Bentham, que estaban absolutamente liados. Tuve que dejarlo cuando el primer comité del University College sobre Bentham, que yo había puesto en marcha, se disolvió durante la guerra, y el esfuerzo definitivo encaminado a la edición sólo se realizó una vez que ya había dejado Londres. Si aún hubiera seguido en Londres, sin duda que el University College me hubiera pedido que volviera para terminar lo que empecé, pero el caso es que yo ya me había marchado a los Estados Unidos. No tuve nada que ver con la gran edición de las obras de Bentham, y desde entonces me he vuelto algo escéptico, porque he llegado a la conclusión de que sobre él pesaba mucho más la influencia de la tradición francesa del sigloXVIIIque la inglesa o, mejor, escocesa...

Q<sub>6</sub>: Los racionalistas escoceses.

Hayek: Yo había descubierto en los escoceses, en Ferguson y los otros escoceses, la raíz real de mis ideas, y advertido que existía un conflicto muy particular entre esa tradición y la benthamita. Además, mis muchos años de estudio de la obra de John Stuart Mill acabaron por debilitar mi admiración hacia alguien de quien había pensado era una gran figura, y de quien ahora tengo una opinión realmente muy crítica.

\* \* \*

Q<sub>6</sub>: ¿Podría explicar por qué sostiene que la teoría de la evolución se originó en las humanidades?

Hayek: El modelo que dio a conocer de modo generalizado la idea de evolución a comienzos delXIXfue el descubrimiento de las relaciones entre los lenguajes indoeuropeos por Sir William Jones. Por esa época todo el mundo conocía los procesos evolutivos.

Q<sub>6</sub>: No conocía ese ejemplo. Sabía que la lingüística databa de esa época, pero no había caído en tal conexión.

Hayek: Había lingüistas, contemporáneos de Darwin, que hasta decían:«¡Pero si somos darwinianos mucho antes que Darwin!»Tiene razón en que no me parece que el ejemplo se haya puesto antes. Pero está claro que ahí tenemos un relato completo de la evolución de tipos diferentes a partir de uno original.

Q<sub>6</sub>: ¿Se enfrentó alguien alguna vez a Jones apelando a la Torre de Babel u otros argumentos sacados de la Biblia?

Hayek: No creo que los teólogos intervinieran, o que se diera algo ni de lejos parecido a la oposición teológica que encontró Darwin.

\* \* \*

Hayek: Me estoy volviendo un *whig* burkeano.

Q<sub>6</sub>: ¡Vaya combinación!

Hayek: Supongo, creo que Burke fue sobre todo *whig*; incluso Adam Smith, me parece, lo fue. Curiosamente, Mrs. Thatcher... Creo que no se lo he dicho todavía. Cuando la vi por última vez me dijo: «Ya me he enterado de que usted quiere convertirme en *whig*; pero, no, yo soy *tory*.» Ya ve, lo tenía muy claro.

\* \* \*

Q<sub>2</sub>: Ha escrito usted un libro extraordinariamente difícil sobre teoría del capital [*The Pure Theory of Capital*, 1948]. Un libro difícil, en mi opinión. ¿Qué mensaje quería transmitir?

Hayek: Por decirlo brevemente, creo que si bien Böhm-Bawerk tenía razón en lo esencial, su exposición en términos de un periodo de producción medio estaba tan simplificada como para inducir a confusión en la práctica. Si queremos reconstruir la idea de Böhm-Bawerk, hemos de introducir supuestos mucho más complejos. Una vez hecho esto, el asunto se complica tan endiabladamente que es casi imposible de seguir.

Q<sub>2</sub>: ¿Tenía idea de que el trabajo se le complicaría tanto cuando lo emprendió?

Hayek: No, en absoluto. No tenía la menor idea. Gradualmente me fui convenciendo de que todo cambiaba de aspecto si no se podía expresar en la forma simplificada que permitía sustituir la serie de periodos de inversión por un periodo de producción medio. El periodo de producción medio es el primer modelo que sigue un principio, pero resulta casi inaplicable a situaciones reales. Por supuesto que el capital que existe nunca se ha acumulado de modo sistemático a partir de un conjunto de expectativas dado, sino por la constante reinversión de activos de capital real acumulados que se destinan a nuevos fines no previstos. El proceso dinámico aparece así de un modo muy diferente.

Me parece que es en la obra de Lachmann sobre el capital donde en realidad se encuentran las conclusiones más útiles que extraje de mi trabajo. Como tantas cosas que he intentado en economía, me temo que este trabajo sobre teoría del capital muestra más la barrera con que nos tropezamos al intentar ofrecer explicaciones eficientes de lo que de hecho ofrece explicaciones precisas.

Cuanto he enfatizado —la complejidad de los fenómenos en general, lo desconocido de los datos, etc.— apunta más a los límites de nuestro posible conocimiento que a nuestras contribuciones que permiten formular predicciones específicas.

Esta es, dicho sea de paso, otra de las razones por la que mis ideas se han vuelto impopulares: en este tiempo se ha tornado dominante una concepción del método científico que valora las disciplinas científicas en función de la concreción de sus predicciones. Ahora bien, las predicciones que la economía puede hacer son muy

limitadas; caben, como mucho, las del tipo que en ocasiones he denominado «predicciones tipo» o predicciones de principio. Algo decepcionante, casi no científico, a los habituados a la simplicidad de la física o la química. Para esta nueva concepción, el objetivo de la ciencia consiste en la predicción concreta —matemáticamente demostrable, a ser posible—, algo imposible de obtener si se aplica a fenómenos complejos. Algo que a muchos parecía equivaler a negar la posibilidad de la ciencia. Mi objetivo real, por supuesto, era destacar que los objetivos posibles de la ciencia debían ser mucho más limitados al pasarse de la ciencia de los fenómenos simples a la de los complejos. Muchos se resintieron de que pudiera llamar a la física ciencia de fenómenos simples, lo que en parte es un malentendido. Porque si bien la teoría física se formula finalmente en términos de ecuaciones muy simples, cosa bien distinta es que éstas tengan que aplicarse a fenómenos extremadamente complejos. Los modelos de la teoría física son de hecho muy simples.

Lo de los ámbitos de la probabilidad es otro asunto. En el ámbito intermedio, que es el propio de las ciencias sociales, los elementos que se han de tener en cuenta no son ni tan pocos que se conozcan todos, ni numéricamente tantos que quepa sustituir la nueva información por probabilidades. El ámbito de los fenómenos intermedios es difícil. Es con el que nos topamos en biología y en las ciencias sociales. Y son complejos. Se convierten, me parece, en una barrera absoluta a la concreción de las predicciones obtenibles. Mientras la gente no aprenda por sí misma que esos fines son inalcanzables, seguirán intentando alcanzarlos, y creerán que quienes están convencidos de que esa concreción es inalcanzable son simplemente vejestorios que no entienden nada de la ciencia moderna.

Q<sub>2</sub>: John Hicks escribió algo sobre usted, que quisiera citar: «Cuando finalmente se escriba la historia definitiva del análisis económico durante los años treinta, uno de los personajes principales del drama —porque fue un drama— será el profesor Hayek. Hubo un tiempo en que las nuevas teorías de Hayek rivalizaban con las nuevas teorías de Keynes.» ¿A qué achaca el que sus teorías perdieran ante las de Keynes?

Hayek: Hay dos cuestiones que considerar. Una es que, así como Keynes fue discutido —y mucho— mientras vivió, una vez difunto fue elevado a los altares. Y en parte porque era muy dado a cambiar de opinión, sus alumnos desarrollaron una ortodoxia a la que a uno se le permitía, o no, pertenecer.

Sería más o menos por esa época cuando me desacredité ante la mayoría de mis colegas economistas al escribir *Camino de servidumbre*, obra que disgustó a muchos. No sólo se debilitó mi influencia teórica, sino que la mayoría de los departamentos me cogieron tirria; tanta, que aún hoy la percibo. Los economistas tendieron con fuerza a tratarme como un advenedizo, como alguien que se ha desacreditado al escribir un libro como *Camino de servidumbre*, obra en cualquier caso encuadrada hoy dentro de la teoría política.

Recientemente —y Hicks probablemente sea el síntoma más sobresaliente— ha

revivido el interés por los problemas que a mí me interesan. Durante cerca de veinte años, empero, lamenté amargamente el haber mencionado a mi mujer, a la muerte de Keynes, que ahora que Keynes había muerto yo era seguramente el economista vivo mejor conocido. Diez días después hasta eso dejó de ser verdad: Keynes se había convertido en la gran figura y yo fui, como economista, gradualmente cayendo en el olvido.

En parte puede deberse, como sabe, a que después de eso apenas si me ocupé circunstancialmente en trabajos de economía. Sospecho que aún hay otra cuestión. Nunca sentí simpatía por la macroeconomía o la econometría, que en esa época estuvieron muy de moda gracias a la influencia de Keynes. El caso de la macroeconomía es claro. Pero es que ni el propio Keynes sentía especial estima —más bien lo contrario— por la econometría. Su insistencia en los agregados, en el ingreso agregado y la demanda agregada, sin embargo, en parte impulsó el trabajo tanto en macroeconomía como en econometría. Así, muy en contra de sus propios deseos, se convirtió en el padre espiritual de ese desarrollo hacia una economía matemática y econométrica. Que siempre haya expresado mis dudas sobre ésta me hizo impopular entre la generación de economistas reinante, que me tomaba simplemente por un anticuado que no simpatizaba con las ideas modernas, o algo así.

\* \* \*

Q<sub>6</sub>: ¿Cree usted que su estancia en Chicago pudo influir sobre la Escuela de Chicago?

Hayek: En Simons hubiera depositado grandes esperanzas, por lo que su muerte supuso una catástrofe. Los otros siguen una misma orientación metodológica: son macroeconomistas, no microeconomistas. Stigler, el que menos; Friedman, muchísimo. Algo que me plantea problemas continuos, porque Milton y yo coincidimos en casi todo, con la excepción de la política monetaria. En este sentido, el viejo grupo que sigue tal ética procede de la creación, por Wesley Clair Mitchell, del Institute of National Economic Research [National Bureau of Economic Research], dirigido por Arthur Burns (otro amigo personal con quien difiero en economía), y de hecho son todos ellos, desde el punto de vista metodológico, positivistas lógicos. Creen que cabe explicar los fenómenos económicos como macrofenómenos, esto es, que cabe determinar causas y efectos a partir de magnitudes agregadas y valores estadísticos. Aunque en cierto sentido esto pueda parecer verdadero, el caso es que no existe conexión necesaria. Por lo que a mí respecta, preferiría demostrar históricamente que todo periodo de inflación termina en una crisis, pero la demostración histórica no prueba que siempre tenga que ser así. La razón por la que ocurre no puede proporcionarse acudiendo al análisis macroeconómico.

Dicho lo cual, Milton Friedman simplemente se muestra desdeñoso, mientras que

Stigler, si se le saca el tema, advierte el problema. Del resto de la Escuela de Chicago, uno de los más talentados es Gary Becker, quien también es el pensador teóricamente más sofisticado. El caso es que Friedman tiene una capacidad expositiva magnífica y, en general, en la mayoría de los problemas del mercado es firme. Le quiero de mi lado. Ya sabe usted que una de las cosas que siempre he manifestado públicamente es que una de las cosas que más lamento es no haber retomado la crítica del tratado de Keynes. Pero he de decir que esto es no menos cierto de Milton y sus [*Essays in*] *Positive Economics*, que en cierto sentido es un libro no menos peligroso.

\* \* \*

Q<sub>2</sub>: Los acontecimientos económicos desde que escribió su teoría del ciclo, ¿han tendido a fortalecer sus ideas sobre la teoría austriaca del ciclo económico, o más bien a debilitarlas?

Hayek: En conjunto, las han fortalecido, aunque claramente advierto que lo que hay es un esquema muy general pendiente de dibujar en detalle. La forma particular que le di estaba relacionada con el mecanismo del patrón-oro, que permitía sólo hasta cierto punto la expansión crediticia, haciendo siempre posible una cierta marcha atrás. Siempre supe que en principio no existía límite temporal al periodo en que cabe estimular dicha expansión mediante una rápida aceleración de la inflación. Pero di por supuesto que existía un freno incorporado en la forma del patrón-oro, lo que hizo que mi diagnosis de los acontecimientos posteriores a la guerra estuviera un tanto equivocada. Sabía que la expansión terminaría por venirse abajo, pero nunca pensé que podría tardar tanto en hacerlo como de hecho tardó. No anticipé que podía mantenerse una expansión de tal tipo, inflacionaria, durante veinte años.

Mientras que nada más terminar la guerra nunca creí que fuera a haber una depresión inminente, como sí esperaban muchos de mis amigos, sí que anticipé una expansión inflacionaria. Mi suposición era que ésta habría de durar unos cinco o seis años, como había venido ocurriendo históricamente, olvidando que en esos casos su terminación estaba ligada al patrón-oro. Pero sin éste cabía continuar la inflación por mucho más tiempo, lo que hacía difícil predecir su duración. Evidentemente duró mucho más de lo que yo había supuesto. Pero el resultado final fue el mismo.

Q<sub>2</sub>: La teoría austriaca del ciclo económico depende fuertemente de que las expectativas empresariales resulten frustradas. En su opinión, ¿qué base tiene un economista para afirmar que las expectativas sobre el futuro por lo general se verán frustradas?

Hayek: El hecho general, me parece, es de que las expansiones se hayan presentado siempre de mano de un gran incremento de la inversión, gran parte de la cual se haya demostrado equivocada. Lo que encaja con la idea de que se realizó la oferta de un

capital en realidad inexistente. La combinación del estímulo para invertir a gran escala con un periodo posterior de aguda escasez de capital cuadra con la idea de que la errónea orientación seguida se debió a influencias monetarias. Sigo creyendo que este esquema general es correcto.

Lo que no significa que no sea susceptible de innumerables modificaciones; en particular, en relación con el destino del dinero adicional. Otro punto que al pensarlo lo hice atendiendo demasiado a lo que era verdad en las condiciones anteriores a la guerra, cuando toda la expansión crediticia, o casi toda, iba a inversiones privadas bajo la forma de capital industrial. Desde entonces, gran parte de la expansión crediticia ha ido a donde el gobierno la ha dirigido, hasta el punto de que su errónea orientación no implica actualmente de modo necesario un exceso de inversión en capital industrial, sino que puede tomar otras formas. En realidad hay que estudiar por separado cada fase concreta y cada situación. El típico ciclo económico ha dejado de existir, me parece, si bien se mantienen fenómenos muy similares con todo tipo de variantes.

Q<sub>2</sub>: Ya ha contado algo sobre su implicación en el debate sobre el cálculo socialista. ¿Qué efectos cree que tuvo tal debate sobre la teoría del socialismo?

Hayek: Unos efectos inmediatos. Cuando Mises comenzó el debate, la idea dominante era que no había necesidad alguna de calcular en términos de valor. Apareció entonces la idea de que era posible sustituir los valores por cálculos matemáticos, y luego la de que era posible la competencia socialista. Ideas que fueron sucesivamente rebatidas. Como lo veo ahora, sin embargo, la razón por la que Mises no ganó del todo estuvo en su uso del término «cálculo». La gente seguía sin ver por qué era necesario algún tipo de cálculo.

Quiero decir que cuando contemplo la discusión de entonces y Mises afirma que el cálculo es imposible, entiendo la réplica: ¿y por qué hemos de calcular nada? Tenemos los datos técnicos y sabemos lo que queremos. ¿Calcular? ¿Para qué? Si Mises, en lugar de limitarse a decir que sin mercado el cálculo es imposible, hubiera dicho que sin mercado la gente no sabría qué producir, cuánto o cómo, quizás le hubieran entendido. Pero nunca se expresó así. Supuso que le entenderían. Al parecer, sin embargo, no le entendieron.

Q<sub>2</sub>: ¿En qué medida cree que ese debate ha contenido el avance de la planificación económica nacional en el mundo occidental?

Hayek: Bueno, la verdad es que la planificación parece revivir, y eso que estaba casi muerta. Cuando hace dos años [1976] se presentó en los Estados Unidos el proyecto planificador del Senador Humphrey y aparecieron la agitación de Leontief y toda esta gente, me quedé estupefacto de que la gente se tragara de nuevo ideas que suponía definitivamente refutadas. Está claro que Leontief aún cree firmemente en la planificación. Me parece que nunca tuvo la menor idea de economía, pero ese es otro asunto.

Q<sub>2</sub>: ¿Hasta qué punto piensa que el análisis del equilibrio general ha contribuido a la creencia de que cabe la planificación económica nacional?

Hayek: Sin duda que ha contribuido. Hasta qué punto, no es tan fácil decirlo. Nunca he dudado de la importancia directa que el análisis del equilibrio ha tenido en la explicación de los acontecimientos que observamos. Pensaba que era un concepto muy útil para explicar un tipo de orden hacia el que el proceso de la economía tiende sin llegar nunca a alcanzar. Estoy intentando formular ahora una idea de la economía como corriente más que como fuerza equilibrante; del mismo modo que deberíamos pensar, casi literalmente, en términos de factores que determinan el movimiento del flujo del agua en un lecho muy irregular. Eso nos daría una idea mucho más aproximada de lo que ocurre.

En último término parece claro que todo se puede remontar al supuesto que los economistas denominan con el pleonasma de «datos dados», esa idea ridícula de que, suponiendo la ficción de que se conocen todos los datos, la conclusión derivable puede aplicarse directamente al mundo. Todo mi pensamiento sobre el tema se originó con mi viejo amigo Freddy Benham y su broma de que los economistas hablan de datos dados sólo para autoconvencerse de que lo dado está realmente dado. Para nosotros es evidente que los datos no están dados a nadie. El economista supone que los datos le están dados a él, pero eso es una ficción. De hecho, nadie conoce todos los datos o el proceso total, y eso es lo que me condujo en los años treinta a la idea de que todo el problema estaba en la utilización de una información dispersa entre miles de personas y que nadie en particular posee. Una vez que se contempla de este modo, está claro que el concepto de equilibrio en modo alguno ayuda a planificar, porque sólo cabría planificar si se conocieran todos los hechos conocidos por todos. Pero como esto no es posible, todo es en vano y una equivocación en parte inspirada por la idea de que existen datos definidos que todos conocen.

Q<sub>2</sub>: ¿Cree que las matemáticas desempeñan una función importante en la teoría económica?

Hayek: Sí, pero no la cuantitativa sino la algebraica. El álgebra y la matemática son modos bellos de describir ciertas estructuras con relativa independencia de las magnitudes. Un gran matemático dijo en cierta ocasión que «la esencia de las matemáticas es la elaboración de estructuras», pero el economista matemático habitualmente sabe tan poco de matemáticas que piensa que la matemática fuerte debe ser cuantitativa y numérica. En cuanto se admite esta creencia, todo se vuelve muy confuso. Confuso, al menos, por lo que toca a la teoría general. No niego que la información estadística sea muy útil para informarnos sobre el estado actual de una cuestión, pero no creo que pueda contribuir mucho a la explicación teórica de los procesos.

Q<sub>2</sub>: ¿Qué opinión le merece la teoría de los juegos?

Hayek: No quiero resultar descortés con mi viejo amigo, el difunto Oskar Morgenstern. Pero así como pienso que su obra es un gran logro matemático, el primer capítulo que dedica a la economía me parece simplemente equivocado. No creo que la teoría de los juegos haya realizado ninguna contribución importante a la economía, pero es sin duda una disciplina matemática muy interesante.

\* \* \*

Q<sub>7</sub>: ¿En qué medida le gustaría que se pudiera dar marcha atrás en los desarrollos de los últimos treinta años?

¿Qué clase de sociedad cree que puede evolucionar a partir del momento presente?

Hayek: Seguiría apelando a una eliminación total de todas las interferencias directas en el funcionamiento del mercado; que todos los servicios gubernamentales fueran claramente realizados en su totalidad fuera del mercado, incluyendo toda provisión de un mínimo vital para quienes no pudieran obtener un ingreso adecuado en el mercado. [No se trataría tanto de] un intento de controlar los procesos del mercado, cuanto de proveer desde fuera de éstos un mínimo igual para todos. Esto implica, efectivamente, eliminar completamente su aspecto de justicia social, esto es, la redistribución deliberada más allá de asegurar un mínimo constante para todo aquel que no pueda ganar más que ese mínimo en el mercado. Todos los demás servicios de un estado de bienestar son más una cuestión de grado, del modo en que están organizados. No me opongo a que el gobierno proporcione un cierto número de servicios, sino en todo caso a que detente cualquier monopolio. En la medida en que sólo el gobierno pueda proporcionar un servicio, vale, pero habría que permitir el que otros también pudieran intentar prestarlo.

Q<sub>7</sub>: ¿No se opone, entonces, a que el gobierno produzca servicios, por ejemplo, con tal de que no impida su producción privada?

Hayek: Exactamente. Claro que existe una gran dificultad. Si el gobierno lo hace proveyéndolo por debajo de su coste de producción, no hay modo de que la competencia privada pueda intervenir. Quisiera que se forzara al gobierno, en la medida en que venda un servicio, a que lo hiciera a su coste de producción.

Q<sub>7</sub>: Incluso si está implicado en financiar también la demanda. Dice que permitiría que el gobierno proveyera de un mínimo, de una base. ¿Está pensando también en las funciones especiales, particulares, del tipo servicios sanitarios, o sólo en términos de un ingreso básico?

Hayek: Simplemente en términos de ingreso mínimo. Lo que conozco del National Health Service británico no ha hecho sino incrementar mis dudas y mi escepticismo. Sin duda que a corto plazo proporciona servicios a gente que de otro modo no podría obtenerlos, pero no me cabe la menor duda de que también impide el progreso de los

servicios sanitarios; de que ahí, como en cualquier otro lugar, la competencia es condición esencial de progreso. Y es particularmente perjudicial porque, siendo así que a la mayoría de los británicos no les gusta, sin embargo piensan que nunca se podrá dar marcha atrás.

Q<sub>7</sub>: Pero el punto esencial es si existe o no competencia, no tanto si el gobierno está involucrado en tales actividades o no.

Hayek: Exactamente. Pero usted sabe que yo extiendo la competencia incluso al dinero.

Q<sub>7</sub>: Cierto. Iba a sacarle ahora mismo el tema. Hace poco ha vuelto usted a su interés original por la teoría monetaria, un interés que tuvo por algún tiempo durante los años treinta. ¿Puedo preguntarle a qué se debe?

Hayek: Era algo que me diferenciaba casi de todos mis amigos: ellos estaban a favor de tipos de cambio flexibles, y yo tenía que justificar mi apoyo a un régimen de tipos fijos. Llegué a la conclusión de que lo quería no por el interno convencimiento de que fuera un sistema necesariamente mejor, sino porque era la única disciplina a que se sujetaban los gobiernos. Si se les dispensaba de ella, el proceso democrático —que he analizado bajo diferentes condiciones— necesariamente acabaría conduciendo a la inflación. Mi defensa del régimen de cambios fijos era, en cierto modo, limitada: a lo que me oponía era a que se abandonara únicamente porque la gente prefiriera cambios flexibles para facilitar la inflación.

Cuando el problema surgió en Alemania y Suiza, cuando la cuestión era la de protegerse frente a la inflación importada, yo mismo defendí los tipos flexibles. De hecho, en la propia Alemania argumenté que Alemania había mantenido los tipos fijos durante mucho tiempo y esto les había forzado a inflar, algo que no deberían haber hecho. Gente del *Bundesbank* alemán me confirmó que eran conscientes del problema, pero que seguían confiando en que el sistema de tipos fijos impediría que la inflación [en los Estados Unidos] causara aún más inflación, y que si incurrieron deliberadamente en el sacrificio de absorber parte de la inflación fue para impedir que ésta creciera demasiado en el resto del mundo.

Ese era en gran medida mi propio punto de vista. Lo que obviamente me condujo a la cuestión de si realmente sería ésta la mejor disciplina en materia de política monetaria, y a caer en la cuenta de que lo que había dado por supuesto —que la disciplina del patrón-oro probablemente fuera la única disciplina políticamente imponible a un gobierno— nunca podría restaurarse. Ni siquiera una restauración nominal del patrón-oro sería efectiva, pues había dejado de ser posible obligar a un gobierno a obedecer sus reglas.

Ambas cosas me obligaron [a concluir] —y la primera sugerencia la hice a modo de chiste amargo— que mientras los gobiernos siguieran con sus políticas de ahora no quedaría más elección que arrebatarles el control del dinero. Esto me condujo al fascinante problema de qué pasaría si el dinero se proveyera en condiciones de

competencia. Se abrió un capítulo completamente nuevo en teoría monetaria, y el descubrimiento de que aún quedaba tanto por investigar me quitó el interés por el tema. Aún confío en poder escribir una obra sistemática que titularé *Good Money*, que comenzaría con qué se entiende por un buen dinero (qué queremos realmente que sea el dinero) y procedería hacia la cuestión de hasta qué punto un dinero emitido en condiciones de competencia proporcionaría un dinero bueno según los criterios establecidos. (Tengo que decir, de paso, que las dos ediciones del panfleto que escribí sobre la desnacionalización del dinero las realicé mientras trabajaba en esa obra.)

Q<sub>7</sub>: No sé si coincidirá en que el paso más importante en esa dirección tendría menos que ver con la cuestión de quién emite el dinero, cuanto con separar la denominada unidad de cuenta con que contratan las partes privadas del dinero emitido por el gobierno; esto es, separar el dinero para andar circulando por ahí de los pagos o provisiones que habría que realizar en moneda de curso legal.

Hayek: Coincido, en parte. Ya sabe que comencé insistiendo contra la idea de una moneda única europea diciendo que su necesidad desaparecería simplemente con admitir que otras divisas compitieran con la propia. La gente elegiría la mejor. Esto me condujo a la extensión siguiente: ¿por qué limitarlo al dinero de otros gobiernos y no dejar que la iniciativa privada lo provea también?

Q<sub>7</sub>: Pero hay una cuestión que se extiende a otros aspectos de su trabajo —a *Derecho, legislación y libertad* también— que me gustaría sacar aquí, que me preocupa a mí y creo que a otros también. El proceso por el que los países occidentales abandonaron primero el patrón-oro y después lo que usted llama disciplina —y coincido en que lo era— de tipos de cambios fijos, ¿acaso no es un proceso evolutivo y no está usted, con sus propuestas, de hecho tratando de reconstruir racionalmente —y racionalmente contestando— uno de tales procesos?

Hayek: No, ya que es un proceso de evolución sólo dentro de los límites permitidos por los poderes del gobierno. Incluso dentro de esos controles se da un proceso evolutivo, sí; pero son tantas las elecciones excluidas por los poderes gubernamentales que no es un proceso que explore todas las posibilidades, sino limitado a las muy pocas que permite la ley vigente.

Q<sub>7</sub>: Pero usted se ha referido a la transformación del gobierno democrático en gobierno omnipotente como una tendencia, y ciertamente la evolución ha ido en ese sentido. ¿No es eso un proceso de evolución social?

Hayek: Una vez más, es consecuencia inevitable de conceder al gobierno poderes ilimitados, excluyendo así la experimentación con otras formas. La decisión deliberada de un hombre nos ha puesto en un camino sin retorno que excluye evoluciones alternativas. Por supuesto que todo gobierno monopolista limita en cierto sentido las posibilidades de evolución. Creo que menos, si se limita a hacer cumplir las reglas generales de conducta; pero podría llegar tan lejos como para decir que incluso el

mejor gobierno mundial sería una calamidad por impedir la posibilidad de intentar métodos alternativos.

Q<sub>7</sub>: ¿De cualquier tipo?

Hayek: De cualquiera.

Q<sub>7</sub>: Así que, a la pregunta de qué errores de la evolución cabría corregir, digamos, por la intervención racionalista, usted respondería diciendo que hay ciertos procesos evolutivos en los que el curso que efectivamente toman los acontecimientos ha sido dictado por...

Hayek: ... el uso de una fuerza que excluye desarrollos alternativos.

Q<sub>7</sub>: Sí. ¿Son esas las únicas situaciones en las que interferiría con los cambios espontáneos de las estructuras sociales?

Hayek: Depende de qué entienda usted por interferir. Son los únicos casos en que admitiría la intervención en el sentido de experimentar con una alternativa sin excluir lo que de hecho está ocurriendo. Incluso cabría una posibilidad para que el gobierno entrara como competidor, si es el caso, con otros desarrollos. Mi objeción es que el gobierno asume un monopolio y el derecho a excluir otras posibilidades.

Q<sub>7</sub>: Así que, en ciertos sectores en los que, por ejemplo, estuviéramos descontentos con los resultados privados, usted...

Hayek: ... dejaría que el gobierno lo intentara y compitiera con la empresa privada.

\* \* \*

Q<sub>6</sub>: ¿Qué le movió a volver a las ideas psicológicas de *The Sensory Order*?

Hayek: Me sentí tan desacreditado profesionalmente después de *Camino de servidumbre* que no quise dar más ocasión de ofensa. Quería ser aceptado en la comunidad científica, hacer algo puramente científico e independiente de mi propia visión económica. Pensé poder hacerlo en un trimestre de verano y convertirlo en una decente exposición en inglés, pero a la vista está que me llevó bastante más de tres años.

Q<sub>6</sub>: Pero *The Sensory Order* no es realmente independiente de sus ideas económicas; antes bien, las traba entre sí.

Hayek: Por supuesto. Uno lo ve más en retrospectión que en el momento de hacerlo. Debo decir que las conclusiones a que llegué —no recuerdo ahora cuándo— tanto en un primer momento en los años veinte como más tarde en los cuarenta probablemente fueran los sucesos más excitantes que jamás me hayan ocurrido, y que conformaron mi modo de pensar. Pero opera en ambos sentidos: lo hecho en economía me ha ayudado en el trabajo biológico tanto como al revés.

\* \* \*

Hayek: Me ha hecho pensar sobre el pasado. Dudo, porque suena un poco a autoloa, pero no lo es: en realidad es un auto-descubrimiento. En cierto sentido no tengo miedo; físicamente, quiero decir. No es coraje. Es más bien que nunca he sentido realmente miedo. Lo advertí durante la guerra. Ocurre con frecuencia que los jóvenes son tan temerarios que se ponen en peligro, pero nunca he tenido miedo de morir, y eso está relacionado con cierta estabilidad. Soy también extraño a esa especie de modorra que se experimenta en las alturas.

Q<sub>6</sub>: Ha debido de no sentir miedo para participar en esas expediciones aéreas durante la gran guerra, cuando servía de trazador en artillería.

Hayek: Excitación sí, pero no miedo. En una ocasión los italianos casi nos atrapan. Había uno enfrente, disparando a través del propulsor. Cuando empezaron a disparar, mi piloto, un checo, cayó en espiral. Me solté el cinturón y escalé por el raíl. Mi piloto consiguió corregir la trayectoria justo antes de tocar el suelo. Fue excitante.

Q<sub>6</sub>: Yo estaría aterrorizado.

Hayek: Podría decirlo de otra forma. Me faltan nervios. Creo que lo he heredado de mi madre. Ella era así.

Q<sub>6</sub>: Y también esa tía suya de hierro de la que me ha hablado. ¿Le importa si sigo otra conexión? Ha escrito en uno de sus libros sobre el problema de Menger, el de explicar la génesis y desarrollo de las instituciones al margen de la intencionalidad explícita. ¿Hay algo que quepa llamar el problema de Hayek? Algo que le haya interesado siempre, o que usted haya desarrollado.

Hayek: La formación de órdenes complejos. Y el reconocimiento.

Q<sub>6</sub>: ¿Cuándo empezó a ser un problema para usted?

Hayek: Es difícil decirlo. Cuando estudié los métodos de la ciencia, quedé sorprendido por la complejidad y las cuestiones de grado, y no es tan difícil aplicar los mismos principios. Supongo que el momento decisivo quizás pueda remontarse a cuando llegué a la idea de «explicación de principio».

Q<sub>6</sub>: Eso está en *The Sensory Order*, y también en el artículo «Degrees of Explanation» que usted escribió para el *British Journal for the Philosophy of Science* [1955]. Hay una estupenda convergencia en todo su trabajo, tantas líneas diferentes que convergen. ¿Tenía a comienzos de los años veinte algún problema principal que pueda identificar?

Hayek: Lo que tenía en mente en esos primeros años era una preocupación puramente práctica, la de encontrar una salida, sin ser del todo consciente de que para ello necesitaba una teoría. Andaba en pos de una teoría, sin saber realmente aún qué era una teoría.

\* \* \*

Q<sub>3</sub>: Un gran colega austriaco, el difunto Joseph Schumpeter, escribió en 1942 *Capitalismo, Socialismo y Democracia*, donde predecía el colapso del capitalismo debido no a su debilidad (como había predicho Marx) sino a su fortaleza. En concreto, la tremenda abundancia económica que florecería de la semilla capitalista produciría una era de burócratas y administrativos que acabaría por desplazar a los innovadores y empresarios que la habían hecho posible. Esto, a su tiempo, socavaría la sustancia social sobre la que descansaba todo el capitalismo: una amplia aceptación y respeto por la propiedad privada. ¿Cómo encaja la tesis de Schumpeter sobre la inherente inestabilidad política del capitalismo con sus propias teorías sobre nuestro camino de servidumbre?

Hayek: Existe alguna similitud en la naturaleza de la predicción. Pero Schumpeter disfrutaba con la paradoja. Quería impresionar a la gente diciendo que el capitalismo es mucho mejor pero no le está permitido durar, mientras que el socialismo es muy malo pero su advenimiento es inevitable. Era el tipo de paradoja que le gustaba.

A esto subyacía la idea de que determinadas corrientes de opinión —que observó correctamente— eran irreversibles. Aunque pretendiera lo contrario, realmente no creía en el poder del argumento. Dio por sentado que las circunstancias *fuerzan* a pensar de una manera particular.

Esto es fundamentalmente falso. No es fácil comprender qué fuerza a alguien bajo ciertas circunstancias a creer ciertas cosas. La evolución de las ideas sigue sus propias leyes y depende en grandísima medida de sucesos no predecibles. Quiero decir que estoy intentando orientar la opinión en una determinada dirección, pero que no me atrevería a predecir en cuál se moverá realmente. Sólo confío en poder alterarla moderadamente. Pero la actitud de Schumpeter era de completa desesperación y desilusión en el poder de la razón.

Q<sub>3</sub>: ¿Es usted optimista respecto al futuro de la libertad?

Hayek: Sí, con un optimismo matizado. Creo que está en marcha un proceso de reversión intelectual con posibilidades de que llegue a tiempo antes de que el movimiento en sentido contrario sea irreversible. Soy más optimista ahora que hace veinte años, cuando casi todos los formadores de opinión se movían en dirección al socialismo. Esto es algo que, en particular, ha cambiado en esta generación. Si el cambio llega a tiempo, aún hay esperanza.



## Publicaciones y correspondencia mencionadas en el texto

- Boring, Edwin G.: Recensión de *The Sensory Order* en *Scientific Monthly* (marzo 1953).
- Carnap, Rudolf: Carta a Karl Popper. En la correspondencia entre Popper y Hayek conservada en el archivo de la Hoover Institution, Stanford, California. (Referida por Hayek por vez primera en el prefacio a la edición de 1976 de *The Road to Serfdom*.)
- Catchings, Waddill, y William Trufant Foster: *Money*. Boston y Nueva York: Houghton Mifflin, 1923.
- Friedman, Milton: *Essays in Positive Economics*. Chicago y Londres: University of Chicago Press, 1953.
- Galbraith, John Kenneth: *A Life in Our Times*. Boston: Houghton Mifflin, 1981.
- Hayek, F. A. *Collectivist Economic Planning* (ed.): Londres: George Routledge & Sons, 1935. La contribución de Hayek aparece reimpressa como capítulos 7 y 8 en *Individualism and Economic Order*.
- The Constitution of Liberty*. Londres: Routledge & Kegan Paul; Chicago: University of Chicago Press, 1960 [trad. española: *Los fundamentos de la libertad*. Madrid: Unión Editorial, 8.ª 2008].
- The Counter-Revolution of Science*. Glencoe, Ill.: Free Press, 1952.
- Geldtheorie und Konjunkturtheorie*. Viena y Leipzig: Hölder—PichlerTernsky, 1929. Traducido al inglés por Nicholas Kaldor y H.M. Croome con el título *Monetary Theory and the Trade Cycle*. Londres: Jonathan Cape, 1933, y Nueva York: Harcourt, Brace, 1933 [trad. española: *La teoría monetaria y el ciclo económico*. Madrid: Espasa Calpe, 1936].
- Individualism and Economic Order*. Londres: Routledge & Kegan Paul; Chicago: University of Chicago Press, 1948.
- John Stuart Mill and Harriet Taylor*. Londres: Routledge & Kegan Paul; Chicago: University of Chicago Press, 1951.
- Law, Legislation and Liberty*. 3 vols. Londres: Routledge & Kegan Paul; Chicago: University of Chicago Press, 1973-79 [trad. española: *Derecho, legislación y libertad*. Madrid: Unión Editorial, 2006].
- Cartas a Karl Popper. En el archivo de la Hoover Institution, Stanford, California, 1952, 1960.
- Prices and Production*. Londres: Routledge, 1931 [trad. española: *Precios y producción*. Madrid: Unión Editorial y Ediciones Aosta, 1996].
- The Pure Theory of Capital*. Londres: Routledge & Kegan Paul; Chicago: University of Chicago Press, 1941 [trad. española: *La teoría pura del capital*. Madrid: Aguilar, 1946].
- The Road to Serfdom*. Londres: Routledge and Sons; Chicago: University of Chicago Press, 1944 [trad. española: *Camino de servidumbre*. Madrid: Unión Editorial, 2008].
- The Sensory Order*. Chicago: University of Chicago Press, 1952 [trad. española: *El orden sensorial*. Madrid: Unión Editorial, 2004].
- Studies in Philosophy, Politics, and Economics*. Chicago: University of Chicago Press, 1967. Contiene: «Degrees of Explanation», «Rules, Perception and Intelligibility» y «The Theory of Complex Phenomena» [trad. española: *Estudios de Filosofía, Política y Economía*. Madrid: Unión Editorial, 2007].
- «Das amerikanische Bankwesen seit der Reform von 1914», *Der Österreichische Volkswirt* (Viena) 17, n.º 29-32 (18 y 25 de abril, 1925; 9 y 16 de mayo, 1925).
- «Degrees of Explanation», *British Journal for the Philosophy of Science* (Edimburgo y Londres) 6, n.º 23

- (noviembre 1955), pp. 209-25.
- «Economics and Knowledge», *Economica* (Londres), n.s. 4, n.º 13 (febrero 1937), pp. 33-54. Ensayo publicado también en *Individualism and Economic Order*.
- «Gibt es einen Widersinn des Sparens?» *Zeitschrift für Nationalökonomie* (Viena) 1, n.º 3 (noviembre 15, 1929), pp. 387-429. Traducido por Nicholas Kaldor y Georg Tugendhat con el título «The Paradox of Saving», *Economica* (Londres) 11, n.º 32 (mayo 1931), pp. 125-69 [publicado en el volumen IX de las Obras Completas de F.A. Hayek. Trad. española: «La paradoja del ahorro», *Contra Keynes y Cambridge*, vol. IX de *Obras Completas de F.A. Hayek*. Madrid: Unión Editorial, 1997].
- «Das intertemporale Gleichgewichtssystem der Preise und die Bewegungen des ‘Geldwertes’», *Weltwirtschaftliches Archiv* (Jena) 28, n.º 1 (julio 1928), pp. 33-76 [trad. española: «El equilibrio intertemporal de los precios y los movimientos en el valor del dinero», en *El nacionalismo monetario y la estabilidad internacional*. Madrid: Unión Editorial/Ediciones Aosta, 1996].
- «The Sensory Order After 25 Years», en vol. 2 de *Cognition and the Symbolic Processes*, ed. Walter B. Weimer y David S. Palermo, 287-93. Hillsdale, N.J.: Lawrence Erlbaum, 1982.
- «Die Währungspolitik der Vereinigten Staaten seit der Überwindung der Krise von 1920», *Zeitschrift für Volkswirtschaft und Sozialpolitik*, n.f. 5 (1925), en dos partes, secciones 1-3, pp. 25-63, y secciones 4-6, pp. 254-317. Sección 6 traducida y reimpressa en *Money, Capital and Fluctuations: Early Essays*, ed. Roy McCloughry. Londres: Routledge & Kegan Paul, 1984. Hicks, John: *Value and Capital*. Oxford: Clarendon Press, 1939. Keynes, John Maynard: *The Economic Consequences of Mr. Churchill* [1925]. Vol. 9 de *The Collected Writings of John Maynard Keynes*. Londres: Macmillan, 1971.
- The Economic Consequences of the Peace [1919]. Vol. 2 de The Collected Writings. 1971.
- The General Theory of Employment, Interest, and Money [1936]. Vol. 7 de The Collected Writings. 1973.
- Carta a Hayek sobre *The Road to Serfdom* [28 junio, 1944]. En vol. 27 de *The Collected Writings*, pp. 385-88. 1980.
- A Tract on Monetary Reform [1923]. Vol. 4 de The Collected Writings. 1971.
- A Treatise on Money*[1930]. Vol. 5 de *The Collected Writings*. 1971 [trad. española: *Tratado del dinero*. Madrid: Ediciones Aosta, 1996].
- Lachmann, Ludwig M.: *Capital and Its Structure*. Londres: Bell, para la London School of Economics, 1956.
- Mach, Ernst: *Analysis of Sensations*.
- Menger, Carl: *Grundsätze der Volkswirtschaftslehre*. Viena: W. Braun-müller, 1871 [trad. española: *Principios de Economía Política*. Madrid: Unión Editorial, 1983; nueva ed., 1997].
- Untersuchungen über die Methode der Sozialwissenschaften und der Politischen Ökonomie insbesondere. Leipzig: Duncker und Humblot, 1883.
- Mill, John Stuart: *Autobiography of John Stuart Mill*. Nueva York: Columbia University Press, 1924.
- On Liberty*, ed. McCallum. Oxford: Oxford University Press, 1946 [trad. española: *Sobre la libertad*. Madrid, Aguilar, 1972].
- Nef, John U.: *Search for Meaning: The Autobiography of a Nonconformist*. Washington, D.C.: Public Affairs Press, 1973.
- Pigou, A.C.: *Economics in Practice*. Londres: Macmillan, 1935.
- Popper, Karl: *Logik der Forschung, zur Erkenntnistheorie der modernen Naturwissenschaft*. Viena: J. Springer, publicado en otoño de 1934 con la imprenta de «1935». Traducido como *The Logic of Scientific Discovery*. Londres: Hutchinson, 1959.
- Proust, Marcel: *Remembrance of Things Past*. Traducido por C.K. Scott, Moncrieff. Londres y Nueva York: Thomas Seltzer, 1924.
- *Swann's Way*. Edición de la Modern Library, 1934. Schlick, Moritz: *Allgemeine Erkenntnislehre*. Berlín: J. Springer,

1918.

Schumpeter, Joseph: *Capitalism, Socialism, and Democracy*. Nueva York y Londres: Harper and Bros., 1942 [trad. española: *Capitalismo, socialismo y democracia*. Madrid: Aguilar, 1968].

Spann, Othmar: *Fundament der Volkswirtschaftslehre*. Jena: G. Fischer, 1918.

Weismann, August: *Vorträge über der Deszendenztheorie*. Jena: G. Fischer, 1902.

Woolf, Virginia: «Mr. Bennett and Mrs. Brown». En vol. 1 de *Collected Essays*, ed. Leonard Woolf. Londres: Chatto & Windus, 1966. Originalmente un artículo leído a los *Heretics*, Cambridge, el 18 de mayo de 1924.